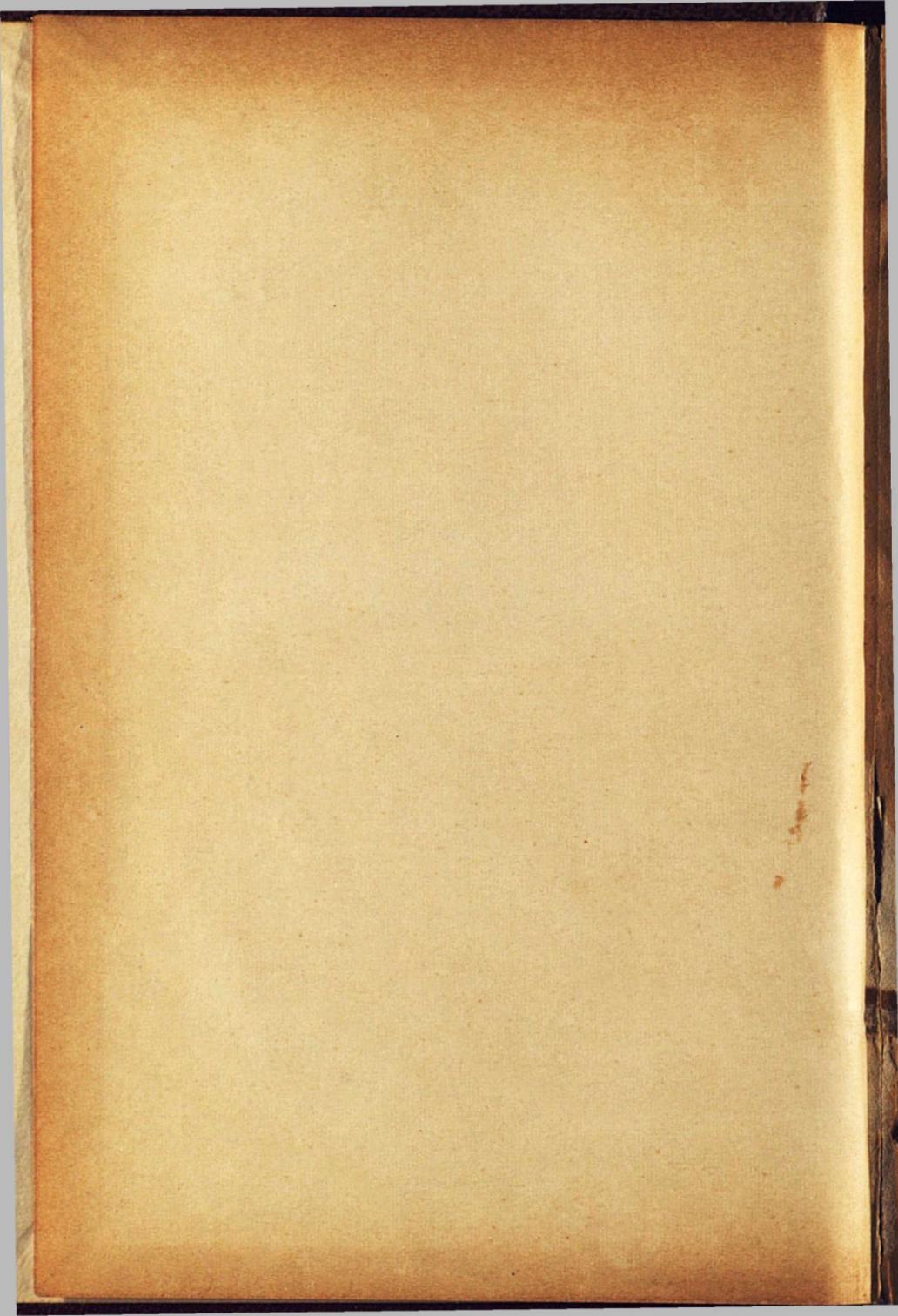


fala LX

---

696



# ELECTRA

DRAMA EN 5 ACTOS

610

POR

B. PÉREZ GALDÓS

---

Venta por mayor y menor

KIOSCO "TEATRO MAYO"

---

BUENOS AIRES

Hermenegildo Torrens, Editor

1901.

JOS  
MA  
JO

## PERSONAJES

---

**Electra** (18 años)

**Evarista** (50 años), esposa de Don Urbano

**Máximo** (35 años)

**Don Salvador Pantoja** (50 años)

**El Marqués De Ronda** (58 años)

**Don Leonardo Cuesta**, agente de Bolsa (50 años)

**Don Urbano Garcia Yuste** (55 años)

**Mariano**, auxiliar de laboratorio

**Gil**, calculista

**Balbina**, criada vieja

**Patros**, criada joven

**José**, criado viejo

**Sor Dorotea**

**Un Operario**

**La sombra de Eleuteria**

La acción en Madrid, rigurosamente contemporánea

---



## ACTO PRIMERO

---

Sala lujosa en el palacio de los señores de Garcia Yuste. A la derecha paso al jardín. Al fondo, comunicación con otras salas del edificio. A la derecha primer término, puerta de la habitación de Electra. (Izquierda y derecha se entiende del espectador).

### ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS: JOSÉ, por el fore

JOSÉ Están en el jardín. Pasaré recado.

MARQ. Aguarda. Quiero dar un vistazo á esta sala. No he visitado á los señores de Garcia Yuste desde que habitan su nuevo palacio... ¡Qué lujo!.... Hacen bien, Dios les da para todo, y esto no es nada en comparación de lo que consagran á obras benéficas. ¡Siempre tan generosos....!

JOSÉ ¡Oh, sí, señor!

MARQ. Y siempre tan retraidos.... aunque hay en la familia, según creo, una novedad muy interesante....

JOSÉ ¿Novedad?... ¡Ah! sí.... ¿lo dice por....?

MARQ. Oye, José: ¿harás lo que yo te diga?

JOSÉ Ya sabe el señor Marqués que nunca olvido los catorce años que le servi... Mande Vuecencia.



- MARQ. Pues bien: hoy vengo exclusivamente por conocer á esa señorita que tus amos han traído poco há de un colegio de Francia.
- JOSÉ La señorita Electra.
- MARQ. ¿Podrás decirme si sus tios están contentos de ella, si la niña se muestra cariñosa, agradecida?
- JOSÉ ¡Oh! si.... Los señores la quieren.... Sólo que....
- MARQ. ¿Qué?
- JOSÉ Que la niña es algo traviesa.
- MARQ. La edad....
- JOSÉ Juguetona, muy juguetona, señor.
- MARQ. Es monísima; según dicen, un ángel....
- JOSÉ Un ángel, si es que hay ángeles parecidos á los diablos. A todos nos trae locos,
- MARQ. ¡Cuánto deseo conocerla!
- JOSÉ En el jardín la tiene Vucencia. Allí se pasa toda la mañana enredando y haciendo travesuras.
- MARQ. (*Mirando al jardín*). Hermoso jardín, parque más bien: arbolado viejo, del antiguo palacio de Gravelinas....
- JOSÉ Sí, señor.
- MARQ. La magnífica casa de vecindad que veo allá ¿no es también de tus amos?
- JOSÉ. Con entrada por el jardín y por la calle. En el piso bajo tiene su laboratorio el sobrino de los señores: el señorito Máximo, primer punto de España en las matemáticas y en la.... en la....
- MARQ. Sí: el que llaman *el Mágico prodigioso* ... Le conocí en Londres .... no recuerdo la fecha .... Aún vivía su mujer.
- JOSÉ El pobrecito quedó viudo en Febrero del año pasado... tiene dos niños lindísimos.
- MARQ. No hace mucho he renovado con Máximo mi antiguo conocimiento, y aunque no frecuento su casa, por razones que yo me sé, somos grandes amigos, los mejores amigos del mundo.
- JOSÉ Yo también le quiero. ¡Es tan bueno....!
- MARQ. Y dime ahora: ¿no se arrepienten los señores de haber traído ese diablillo?
- JOSÉ (*Recelando que venga alguien*). Dire á Vucencia... Yo he notado... (*Ve venir á Don Urbano por el jardín*). El señor viene.
- MARQ. Retírate

ESCENA II

EL MARQUÉS, DON URBANO

MARQ. (*Dándole los brazos*). Mi querido Urbano....

D. URB. ¡Marqués! ¡Dichosos los ojos....!

MARQ. ¿Y Evarista?

D. URB. Bien. Extrañando mucho las ausencias del ilustre Marqués de Ronda.

MARQ. ¡Ay, no sabe usted qué invierno hemos pasado!

D. URB. ¿Y Virginia

MARQ. No está mal. La pobre, siempre luchando con sus achaques. Vive por el vigor tenaz, testarudo digo yo, de su grande espíritu.

D. URB. Vaya, vaya.... ¿Con que ....? (*Señalando al jardín*). ¿Quiere usted que bajemos?

MARQ. Luego. Descansaré un instante. (*Se sienta*). Hábleme usted, querido Urbano, de esa niña encantadora, de esa Electra, á quien han sacado ustedes del colegio.

D. URB. No estaba ya en el colegio. Vivía en Hendaya con unos parientes de su madre. Yo nunca fui partidario de traerla á vivir con nosotros; pero Evarista se encariñó hace tiempo con esa idea; su objeto no es otro que tantear el carácter de la chiquilla, ver si podremos obtener de ella una buena mujer, ó si nos reserva Dios el oprobio de que herede las mañas de su madre. Ya sabe usted que era prima hermana de mi esposa, y no necesito recordarle los escándalos de Eleuteria, del 80 al 85.

MARQ. Ya, ya.

D. URB. Fueron tales, que la familia, dolorida y avergonzada, rompió con ella toda relación. Esta niña, cuyo padre se ignora, se crió junto á su madre hasta los cinco años. Después la llevaron á las Ursulinas de Bayona. Allí, ya fuese por abreviar, ya por embellecer el nombre, dieron en llamarla *Electra*, que es grande novedad.

MARQ. Perdone usted, novedad no es; á su desdichada madre, Eleuteria Diaz, los intimos la llamábamos también *Electra*, no sólo por abreviar, sino porque á su padre, militar muy valiente, desgraciadísimo en su vida conyugal, le pusieron *Agamenón*.

- D. URB. No sabia... Yo jamás me traté con esa gente. Eleuteria, por la fama de sus desórdenes, se me representaba como un ser repugnante....
- MARQ. Por Dios, mi querido Urbano, no extreme su severidad. Recuerde que Eleuteria, á quien llamaremos *Electra I*, cambió de vida....Ello debió ser hacia el 88....
- D. URB. Por ahí.... Su arrepentimiento dió mucho que hablar. En San José de la Penitencia murió el 95 regenerada, abominando de su libertinaje horrible, monstruoso....
- MARQ. (*Cómo reprendiéndole por su severidad*). Dios la perdonó...
- D. URB. Si, si, perdón, olvido....
- MARQ. Y ustedes, ahora, tantean á *Electra II* para saber si sale derecha ó torcida. ¿Y qué resultado van dando las pruebas?
- D. URB. Resultados oscuros, contradictorios, variables cada día, cada hora. Momentos hay en que la chiquilla nos revela excelsas cualidades, mal escondidas en su inocencia; momentos en que nos parece la criatura más loca que Dios ha echado al mundo. Tan pronto le encanta á usted por su candor angelical, como le asusta por las agudezas diabólicas que saca de su propia ignorancia.
- MARQ. Exceso de imaginación quizás, desequilibrio. ¿Es viva?
- D. URB. Tan viva como la misma electricidad, misteriosa, repentina, de mucho cuidado. Destruye, trastorna, ilumina.
- MARQ. (*Levantándose*). La curiosidad me abrasa ya. Vamos á verla.

### ESCENA III

EL MARQUES, DON URBANO, CUESTA, por el fondo

- CUESTA (*Entra con muestras de cansancio, saca su cartera de negocios y se dirige á la mesa*). Marqués....¿tanto bueno por aquí....?
- MARQ. Hola, gran Cuesta. ¿Qué nos dice nuestro incansable agente....?
- CUESTA (*Sentándose. Revela padecimiento del corazón*). El incansable....¡ay! se cansa ya.
- D. URB. Hombre ¿qué me dices del alza de ayer en el Amortizable?

- CUESTA Vino de Paris con dos enteros.  
D. URB. ¿Has hecho nuestra liquidación?  
MARQ. ¿Y la mía?  
CUESTA En ellas estoy... (*Saca papeles de su cartera y escribe con lápiz*). Luego sabrán ustedes las cifras exactas. He sacado todo el partido posible de la conversión.  
MARQ. Naturalmente....siendo el tipo de emisión de los nuevos valores 79,50....habiendo adquirido nosotros á precio muy bajo el papel recogido.....  
D. URB. Naturalmente...  
CUESTA Naturalmente, el resultado ha sido espléndido.  
MARQ. La facilidad con que nos enriquecemos, querido Urbano, enciende en nosotros el amor de la vida y el entusiasmo por la belleza humana. Vámonos al jardín.  
D. URB. (*A Cuesta*). ¿Vienes?  
CUESTA Necesito diez minutos de silencio para ordenar mis apuntes.  
D. URB. Pues te dejamos solo. ¿Quieres algo?  
CUESTA (*Abstraido en sus apuntes*). No....Sí: un vaso de agua. Estoy abrasado.  
D. URB. Al momento. (*Sale con el Marqués hacia el jardín*).

#### ESCENA IV

#### CUESTA, PATROS

- CUESTA (*Corrigiendo los apuntes*). ¡Ah! sí, habia un error. A los de Yuste corresponden.... un millón seiscientos mil pesetas. Al Marqués de Ronda, doscientas veintidós mil. Hay que descontar las doce mil y pico, equivalentes á los nueve mil francos....  
(*Entra Patros con vasos de agua, azucarillos, coñac, aguarda un momento á que Cuesta termine sus cálculos*).  
PATROS ¿Lo dejo aquí, Don Leonardo?  
CUESTA Dejalo y aguarda un instante..... Un millón ochocientos.... con los seiscientos diez.... hacen..... Ya está claro. Bueno, bueno.... Con que, Patros.... (*Echa mano al bolsillo, saca dinero y se lo da*).  
PATROS Señor, muchas gracias.  
CUESTA Con esto te digo que espero de tí un favor.

- PATROS Usted dirá, Don Leonardo.  
CUESTA Pues.... (*Revolviendo el azucarillo.*) Verás....  
PATROS ¿No pone coñac? Si viene sofocado, el agua sola puede hacerle daño.  
CUESTA Si: pon un poquito..... Pues quisiera yo..... no vayas á tomarlo á mala parte.... quisiera yo hablar un ratito á solas con la señorita Electra. Conociéndome como me conoces, comprenderás que mi objeto es de los más puros, de los más honrados. Digo esto para quitarte todo escrúpulo.... (*Recoge sus papeles.*) Antes que alguien venga, ¿puedes decirme qué ocasión, qué sitio son los más apropiados.....?  
PATROS ¿Para decir cuatro palabritas á la señorita Electra? (*Meditando.*) Ello ha de ser cuando los señores despachan con el apoderado... Yo estaré á la mira ...  
CUESTA Si pudiera ser hoy, mejor.  
PATROS El señor ¿vuelve luego?  
CUESTA Volveré, y con disimulo me adviertes.....  
PATROS Si, si.... Pierda cuidado. (*Recoge el servicio y se retira.*)

## ESCENA V

CUESTA; PANTOJA, enteramente vestido de negro.

Entra en escena meditabundo, abstraído.

- CUESTA Amigo Pantoja, Dios lo guarde. ¿Vamos bien?  
PANT. (*Suspira.*) Viviendo, amigo, que es como decir: esperando.  
CUESTA Esperando mejor vida....  
PANT. Padeciendo en ésta todo lo que el Señor disponga para hacernos dignos de la otra.  
CUESTA ¿Y de salud?  
PANT. Mal y bien. Mal, porque me afligen desazones y achaques; bien, porque me agrada el dolor, y el sufrimiento me regocija. (*Inquieto y como dominado de una idea fija, mira hacia el jardín.*)  
CUESTA Ascético estás.  
PANT. ¡Pero esa loquilla....! Véala usted correteando con los chicos del portero, con los niños de Máximo y con otros de la vecindad. Cuando la dejan explayarse en las travesuras infantiles, está Electra en sus glorias.

- CUESTA ¡Adorable muñeca! Quiera Dios nacer de ella una mujer de mérito.
- PANT. De la muñeca graciosa, de la niña voluble, podrá salir un ángel más fácilmente que saldría de la mujer.
- CUESTA No le entiendo á usted, amigo Pantoja.
- PANT. Me entiendo yo.... Mire, mire cómo juegan. (*alarmado*) ¡Jesús me valga! ¿A quién veo allí? ¿Es el Marqués de Ronda ?
- CUESTA El mismo.
- PANT. Ese corrompido corruptor, Tenorio de la generación pasada, no se decide á jubilarse por no dar un disgusto á Satanás.
- CUESTA Para que pueda decirse una vez más que no hay paraíso sin serpiente.
- PANT. ¡Oh, no! ¡Serpiente ya teníamos! (*Nervioso y displicente, se pasea por la escena*).
- CUESTA Otra cosa: ¿no se ha enterado usted de la millonada que les traigo ?
- PANT. (*Sin prestar gran atención al asunto, fijándose en otra idea que no manifiesta*). Sí, ya sé..... ya..... Hemos ganado una enormidad.
- CUESTA Evarista completará su magna obra de piedad....
- PANT. (*Maquinalmente*). Sí.
- CUESTA Y usted dedicará mayores recursos á San José de la Penitencia.
- PANT. Sí.... (*Repetiendo una idea fija*). Serpiente ya teníamos. (*Alto*). ¿Qué me decía usted, amigo Cuesta?
- CUESTA Que....
- PANT. Perdone usted.... ¿Es cierto que el vecino de enfrente, nuestro maravilloso sabio, inventor y casi taumaturgo, piensa mudar de residencia?
- CUESTA ¿Quién? ¿Máximo? Creo que sí. Parece que en Bilbao y en Barcelona acogen con entusiasmo sus admirables estudios para nuevas aplicaciones de la electricidad; y le ofrecen cuantos capitales necesite para plantear estas novedades.
- PANT. (*Meditabundo*). ¡Oh!.... Capital, dentro de mis medios, yo se lo daría, con tal que.....

ESCENA VI

PANTOJA, CUESTA, EVARISTA, DON URBANO, EL MARQUÉS,  
que vienen del jardín.

EVAR. *(Soltando el brazo del Marqués). Felices, Cuesta. Pantoja, ¡cuánto me alegro, de verle hoy!..... (Cuesta y Pantoja se inclinan y le besan la mano respetuosamente. Siéntase la señora á la derecha; el Marqués, en pie, a su lado. Los otros tres forman grupo a la izquierda hablando de negocios).*

MARQ. *(Reanudando con Evarista una conversación interrumpida).* Por ese camino, no sólo pasará usted á la Historia, sino al Año Cristiano.

EVAR. No alabe usted, Marqués, lo que en absoluto carece de mérito.... No tenemos hijos: Dios arroja sobre nosotros caudales y más caudales. Cada año nos cae una herencia. Sin molestarnos en lo más mínimo ni discurrir cosa alguna, el exceso de nuestras rentas, manejado en operaciones muy hábiles por el amigo Cuesta, nos crea sin sentirlo nuevos capitales. Compramos una finca, y al año la subida de los productos triplica su valor; adquirimos un erial, y resulta que el subsuelo es un inmenso almacén de carbón, de hierro, de plomo... ¿Qué quiere decir esto, Marqués?

MARQ. Quiere decir, mi venerable amigo, que cuando Dios acumula tantas riquezas sobre quien no las desea ni las estima, indica muy claramente que las concede para que sean destinadas á su servicio.

EVAR. Exactamente. Interpretándolo yo del mismo modo, me apresuro á cumplir la divina voluntad. Lo que hoy me trae Cuesta, no hará más que pasar por mis manos, y con esto habré consagrado al Patrocinio siete millones largos, y aún haré más, para que la casa y colegio de Madrid tengan todo el decoro y la magnificencia que corresponden á tan grande instituto... Impulsaremos las obras de los colegios de Valencia y Cadiz...

- PAN. (*Pasando el grupo de la derecha*). Sin olvidar, amiga mía, la casa de enseñanzas superiores, que ha de ser santuario de la verdadera ciencia...
- EVAR. Bien sabe el amigo Pantoja que no ceso de pensar en ello.
- D. URB. (*Pasando también á la derecha*). En ello pensamos noche y día.
- MARQ. Admirable, admirable. (*Se levanta*).
- EVAR. (*A Cuesta, que también pasa a la derecha*) Y ahora, Leonardo, ¿que hacemos?
- CUESTA (*Sentándose al lado de Evarista, propone a la señora nuevas operaciones*) Nos limitaremos por hoy á emplear alguna cantidad en dobles...
- PAN. (*En pié a la izquierda de Evarista*). O á prima...
- MARQ. (*Paseando por la escena con Don Urbano*). Me permitirá usted, querido Urbano, que proclamando á gritos los méritos de su esposa, no eche en saco roto los míos, los nuestros: hablo por mi mujer y por mi. Virginia ya lleva dado á Las Esclavas un tercio de nuestra fortuna.
- D. URB. De las más saneadas de Andalucía.
- MARQ. Y en nuestro testamento se lo dejamos todo, menos la parte que destinamos á ciertas obligaciones y á la parentela pobre...
- D. URB. Muy bien... Pero, según mis noticias, no estuvo usted muy conforme, años há, con que Virginia tuviera piedad tan dispendiosa.
- MARQ. Es cierto. Pero al fin me catequizó. Suyo soy en cuerpo y alma. Me ha convertido, me ha regenerado.
- D. URB. Como á mi, mi Evarista.
- MARQ. Por conservar la paz del matrimonio, empecé á contemporizar, á ceder, y cediendo y contemporizando, he llegado á esta situación. No me pesa, no. Hoy vivo en en una placidez beatífica, curado de mis antiguas mañas. He llegado á convencerme de que Virginia no sólo salvará su alma, sino también la mía.
- D. Urb. Como yo... Que me salve.
- MARQ. Cierto que no tenemos iniciativa para nada.
- D. URB. Para nada, querido Marqués.
- MARQ. Que á las veces, hasta el respirar nos está vedado.
- D. URB. Velada la respiración...
- MARQ. Pero vivimos tranquilamente.
- D. URB. Servimos á Dios sin ningún esfuerzo.
- MARQ. Nuestras benditas esposas van delante de nosotros por el camino de la gloriosa eternidad y... Descuide usted, que no nos dejarán atrás.
- D. URB. Cierto.

- EVAR. ¿Urbano?  
D. URB. (*Acudiendo presuroso.*) ¿Qué?  
EVAR. Ponte á las órdenes de Cuesta para liquidación, y para entrega á los padres..  
D. URB. Hoy mismo. (*Se levanta Cuesta.*)  
EVAR. Otra cosa: bajas un momento y le dices á Electra que ya van tres horas de juego..  
PAN. (*Imperioso.*) Que suba. Ya es demasiado retozar.  
D. URB. Voy. (*Viendo venir á Electra.*) Ya está aquí.

## ESCENA VII

Los mismos; ELECTRA, tras ella MAXIMO

- ELEC. (*Entra corriendo y riendo, perseguida por Máximo, á quien lleva ventaja en la carrera. Su risa es de miedo infantil.*) Que no me coges... Bruto, fastídiate.  
MÁX. (*Trae en una mano varios objetos que indicará, y en la otra una ramita larga de chopo, que esgrime como un azote.*) Picara, si te cojo...!  
ELEC. (*Sin hacer caso de los que están en escena recorre ésta con infantil ligereza, y va á refugiarse en las faldas de Doña Evarista, arrodillándose á sus pies y echándole los brazos á la cintura.*) Estoy en salvo... tia; mándele usted que se vaya.  
MÁX. ¿Dónde está esa loca? (*Con amenaza jocosa.*) ¡Ah! Ya sabe dónde se pone.  
EVAR. ¿Pero, hija, cuándo tendrás formalidad? Máximo, eres tú tan chiquillo como ella.  
MÁX. (*Mostrando lo que trae.*) Miren lo que me ha hecho. Me rompió estos dos tubos de ensayo... Y luego... vean estos papeles en que yo tenía cálculos que representan un trabajo enorme. (*Muestra los papeles suspendiéndolos en alto.*) Este lo convirtió en pajarita; éste lo entregó á los chiquillos para que pintaran burros, elefantes... y un acorazado disparando contra un castillo.  
PAN. ¿Pero se metió en el laboratorio?  
MÁX. Y me indisciplinó á los niños, y todo me lo han revuelto.  
PAN. (*Con severidad.*) Pero, señorita...  
EVAR. ¡Electra!

- MARQ. ¡Deliciosa infancía! (*Entusiasmado.* Electra, niña grande, benditas sean sus travesuras. Conserve usted mientras pueda su preciosa alegría.
- ELEC. Yo no rompí los cilindros. Fué Pepito... Los papeles llenos de garabatos, si los cogí yo, creyendo que no servían para nada.
- CUESTA Vamos, haya paces.
- MAX. Paces. (*A Electra.*) Vaya, te perdono la vida, te concedo el indulto por esta vez... Toma. (*Le da la vara. Electra la coge pegándole suavemente.*)
- ELEC. Esto por lo que me has dicho. (*Pegándole con fuerza.*) Esto por lo que callas.
- MAX. ¡Si no he callado nada!
- PAN. Formalidad, juicio.
- EVAR. ¿Que te ha dicho?
- MÁX. Verdades que han de serle muy útiles... Que aprenda por sí misma lo mucho que aún ignora; que abra bien sus ojitos y los extienda por la vida humana. para que vea que no es todo alegrías, que hay también deberes, tristezas, sacrificios...
- ELEC. ¡Jesús, qué miedo! (*En el centro de la escena la rodean todos, menos Pantoja, que acude al lado de Evarista.*)
- CUESTA Conviene no estimular con el aplauso sus travesuras.
- D. URB. Y mostrarle un poquito de severidad.
- MAX. A severidad nadie me gana... ¿Verdad, niña, que soy muy severo y que tú me lo agradeces? Dí que me lo agradeces.
- ELEC. (*Azotándole ligeramente*) ¡Sabio cargante! Si esto fuera un azote de verdad, con más gana te pegaría.
- MARQ. (*Risueño y embobado*) ¡Adorable! Pégueme usted á mi Electra.
- ELEC. (*Pegándole con mucha suavidad.*) A usted no, porque no tengo confianza... Un poquito no más... así... (*Pegando á los demás.*) Y á usted... á usted... un poquito.
- EVAR. ¿Por qué no vas á tocar el piano para que te oigan estos señores?
- MÁX. ¡Si no estudia una nota! Su desidia es tan grande como su disposición para todas las artes.
- CUESTA Que nos enseñe sus acuarelas y dibujos. Verá usted, Marqués. (*Se agrupan todos junto á la mesa, menos Evarista y Pantoja que hablan aparte.*)
- ELEC. ¡Ay, sí! (*Buscando su cartera de dibujos entre los libros y revistas que hay en la mesa.*) Verán ustedes. Soy una gran artista.

- MÁX. Alábate, pandero.  
ELEG. *(Desatando las cintas de la cartera)*. Tú á deprimirme, yo á darme bombo, veremos quién puede más... Ea *(Mostrando dibujos)*, quédense pasmados. ¿Qué tienen que decir de estos magníficos apuntes de paisajes, de animales que parecen personas, de personas que parecen animales? *(Todos se embelesan examinando los dibujos, que pasan de mano en mano)*.
- EVAR. *(Que apartando su atención del grupo del centro, entabla una conversación íntima con Pantoja)*. Tiene usted razón, Salvador. Siempre la tiene, y ahora, en el caso de Electra, su razón es como un astro de la luz tan espléndida, que á todos nos obscurece.
- PAN. Esa luz que usted cree inteligencia, no lo es. Es tan sólo el resplandor de un fuego intensísimo que está dentro: la voluntad. Con esta fuerza, que debo á Dios, he sabido enmendar mis errores.
- EVAR. Después de la confianza que me hizo usted anoche, veo muy claro su derecho á intervenir en la educación de esta loquilla...
- PAN. A marcarle sus caminos, á señarsele fines elevados...  
EVAR. Derecho que implica deberes inexcusables...  
PAN. ¡Oh! Cuánto agradezco á usted que así lo reconozca, amiga del alma! ¡Yo temía que mi confianza de anoche, historia funesta que ennegrece los mejores años de mi vida, me haría perder su estimación!
- EVAR. No, amigo mio. Como hombre, ha estado usted sujeto á las debilidades humanas. Pero el pecador se ha regenerado, castigando su vida con las mortificaciones que trae el arrepentimiento, y enderezándola con la práctica de la virtud.
- PAN. La tristeza, el amor á la soledad, el desprecio de las vanidades, fueron mi salvación. Pues bien: no sería completa mi enmienda si ahora no cuidara yo de dirigir á esta niña, para apartarla del peligro. Si nos descuidamos, fácilmente se nos irá por los caminos de su madre.
- EVAR. Mi parecer es que hable usted con ella...  
PAN. A solas.  
EVAR. Eso pensaba yo: á solas. Hágale comprender de una manera delicada la autoridad que tiene usted sobre ella...  
PAN. Si, si... no es otro mi deseo. *(Siguen en voz baja)*.  
ELEG. *(En el grupo del centro, disputando con Máximo)*. Quitá, quitá. ¿Tú qué sabes? *(Mostrando un dibujo)*. Dice este bruto que el pájaro parece un viejo pensativo, y la mujer una langosta desmayada.

MARQ. ¡Oh! no... que está muy bien.

MAX. A veces, cuando menos cuidado pone, tiene aciertos prodigiosos.

CUESTA La verdad es que este paisajito, con el mar lejano, y estos troncos...

ELEC. Mi especialidad ¿no saben ustedes cuál es? Pues los troncos viejos, las paredes en ruinas. Pinto bien lo que desconozco: la tristeza, lo pasado, lo muerto. La alegría presente, la juventud, no me salen. *(Con pena y asombro)*. Soy una gran artista para todo lo que no se parece á mi.

D. URB. ¡Que gracia!

CUESTA ¡Deliciosa!

MARQ. ¡Cómo chispea! Me encanta oírlo.

MÁX. Ya vendrá la reflexión, las responsabilidades...

ELEC. *(Burlándose de Máximo)*. ¡La razón, la seriedad! Miren el sabio... fúnebre. Yo tengo todo eso el día que me dé la gana... y más que tú.

MÁX. Ya lo veremos, ya lo veremos.

PAN. *(Que ha prestado atención á lo que hablan en el grupo del centro)*. No puedo ocultar á usted que me desagrada la familiaridad de la niña con el sobrino de Urbano

EVAR. Ya la corregiremos. Pero tenga usted presente que Máximo es un hombre honradísimo, juicioso...

PAN. Sí, sí; pero... Amiga mía, en los senderos de la confianza tropiezan y resbalan los más fuertes; me lo ha enseñado una triste experiencia.

ELEC. *(En el grupo del centro)*. Yo sentaré la cabeza cuando me acomode. Nadie se pone serio hasta que Dios lo manda. Nadie dice ¡ay! ¡ay! hasta que le duele algo.

MARQ. Justo.

CUESTA Y ya, ya aprenderá cosas prácticas.

ELEC. Cierto; cuando venga Dios y me diga: «niña: ahí tienes el dolor, los deberes, la duda...»

MÁX. Que lo dirá... y pronto.

EVAR. Electra, hija mía, no tontees...

ELEC. Tía, es Máximo que... *(Pasa al lado de su tía)*

D. URB. Máximo tiene razón...

CUESTA Seguramente. *(Cuesta y Don Urbano pasan también al lado de Evarista, quedando solos á la izquierda Máximo y el Marqués.)*

MAX. ¿Puedo saber ya, señor Marqués, el resultado de su primera observación?

MARQ. Me ha encantado la chiquilla. Ya veo que no había exageración en lo que usted me contaba.

- MAX. ¿Y la penetración de usted no descubre bajo esos do-  
naires algo que...
- MARQ. Ya entiendo... belleza moral, sentido común... No hay  
tiempo aún para tales descubrimientos. Seguiré obser-  
vando.
- MAX. Porque yo, á la verdad, consagrado á la ciencia desde  
edad muy temprana, conozco poco el mundo, y los ca-  
racteres humanos son para mí una escritura que apenas  
puedo deletrear.
- MARQ. Pues en esa escritura y en otras sé yo leer de corrido.
- MAX. ¿Viene usted á mi casa?
- MARQ. Iremos un rato. Es posible que mi mujer me riña si  
sabe que he visto el taller de Electrotecnia y la fábrica  
de luz. Pero Virginia no ha de ser muy severa. Puedo  
aventurarme... Después volveré aquí, y con el pretexto  
de admirar á la niña en el piano, hablaré con ella y con-  
tinuaré mis estudios.
- MAX. (Alto.) ¿Viene usted, Marqués?
- D. URB. ¿Pero nos dejan?
- MARQ. Me voy un rato con este amigo.
- EVAR. Marqués, estoy muy enojada por sus largas ausencias,  
pero muy enojada. No podrá usted desagraviarme más  
que almorzando hoy con nosotros. Es castigo, Don Juan,  
es penitencia.
- MARQ. Yo la acepto en descargo de mi culpa, bendiciendo la  
mano que me castiga.
- EVAR. Tú, Maximo, vendrás también.
- MAX. Si me dejan libre á esa hora, vendré.
- ELEC. No vengas, hombre... por Dios, no vengas. (Con alegría  
que no puede disimular) ¿Vas á venir? di que sí. (Corri-  
giéndose.) No, no: di que no.
- MAX. ¡Ah! No te libres de mí. Chiquilla loca, tú tendrás juicio.
- ELEC. Y tú lo perderás, sabio tonto, viejo... (Le sigue con la  
mirada hasta que sale. Salen Máximo y el Marqués por el  
jardín. José entra por el foro.)

### ESCENA VIII

ELECTRA, EVARISTA, DON URBANO, PANTOJA,  
CUESTA, JOSÉ

JOSÉ (Anunciando.) La señora Superiora de San José de la  
Penitencia.

- PANT. ¡Oh, mi buena Sor Bárbara de la Cruz...!  
EVAR. Que pase aquí. (*se levanta*) No: al salón. Vamos.  
PANT. ¡Qué feliz oportunidad! Así me evita de ir al convento.  
EVAR. Hija, que estudies. (*Señalándole la estancia próxima.*)  
CUESTA (*Despidiéndose*). Yo me retiro. Volveré luego.  
EVAR. Adiós.  
CUESTA (*Aparte, por Electra*). ¿La dejarán sola?  
PANT. (*Acudiendo á Electra*). Cultive usted, Electra, con discernimiento ese arte sublime. Consagre usted todo su talento al gran Bach... para que se vaya asimilando al estilo religioso. (*Vanse todos menos Electra.*)

ESCENA IX

ELECTRA; al poco rato CUESTA

- ELEC. (*Entonando una salmodia de Iglesia, recoge los dibujos y los ordena*). Bach... para que me asimile... ¡qué gracioso el estilo religioso. (*Canta*).
- CUESTA (*Entra por el foro recatándose*). ¡Sola!
- ELEC. (*Canta algunas notas litúrgicas. Ve avanzar á Cuesta*). ¿Pero no se había marchado usted, Don Leonardo?
- CUESTA (*Con timidez*). Sí; pero he vuelto, hija mía. Tengo que hablar con usted.
- ELEC. (*Un poquito asustada*) ¡Conmigo!
- CUESTA El asunto es delicado, muy delicado.... (*Con fatiga y dificultad de respiración*) Perdóne usted.... padezco del corazón.... no puedo estar en pie. (*Electra le aproxima una silla. Se sienta.*) Sí: tan delicado es el asunto que no sé por donde empezar,
- ELEC. Por Dios, ¿qué es?
- CUESTA (*animándose*). Electra, yo conocí á su madre de usted.
- ELEC. ¡Ah! Mi madre fué muy desgraciada.
- CUESTA ¿Qué entiende usted por desgraciada?
- ELEC. Pues.... que vivió entre personas malas que no le permitían ser tan buena como ella quería.
- CUES. ¡Oh! sin saberlo ha dicho usted una gran verdad.... ¿Recuerda usted á su madre?.... ¿Piensa usted en ella?

- ELEC. Mi madre es para mí un recuerdo vago, dulcísimo; una imagin que nunca me abandona.... Viva la guardo en mi corazón, que no es todavía más que una gran memoria, y en esta gran memoria la están buscando siempre mis ojos ansiosos de verla. ¡Pobre madre mía! (*Se lleva el pañuelo a los ojos. Cuestas suspira.*) Dígame, Don Leonardo: cuando trataba usted á mi madre ¿era yo muy chiquita?
- CUESTA Era usted una monada. Le hacíamos á usted cosquillas para verla reír, su risa me parecía el encanto, la alegría de la Naturaleza.
- ELEC. Vea usted por qué he salido tan loca, tan traviesa y destornillada.... Y alguna vez me cogeria usted en brazos.
- CUESTA Muchísimas.
- ELEC. (*Sonriendo sin acabar de secar sus lagrimas*) ¿Y no le tiraba yo de los bigotes?
- CUESTA A veces con tanta fuerza, que me hacía usted daño.
- ELEC. Me pegaría usted en las manos.
- CUESTA ¡Vaya!
- ELEC. ¿Pues sabe usted que creo que todavía me duelen....?
- CUESTA (*Impaciente por entrar en materia*). Pero vamos al caso. Advierto á usted, Electra, que esto es reservadísimo. Queda entre los dos.
- ELEC. ¡Oh! me da usted miedo, Don Leonardo.
- CUESTA No es para asustarse. Vea usted en mí un amigo, el mejor de los amigos; vea en este acto el interés más puro, el sentimiento más elevado....
- ELEC. (*Confusa*) Sí, sí: no dudo... pero...
- CUESTA Vea usted por qué doy este paso... Aunque no soy muy viejo, no me siento con cuerda vital para mucho tiempo. Viudo hace veinte años, no tengo más familia que mi hija Pilar, ya casada, y ausente. Casi estoy solo en el mundo, con el pie en el estribo para marchar á otro... y mi soledad ¡ay! parece como que quiere echarme más pronto... (*Con gran dificultad de expresión.*) Pero antes de partir... (*Pausa.*) Electra, he pensado mucho en usted antes que la trajeran á Madrid, y al verla ¡Dios mío! he pensado, he sentido... que se yo... un dulce afecto, el más puro de los afectos, mezclado con alaridos de mi conciencia.
- ELEC. (*Aturdida.*) ¡La conciencia! ¡Qué cosa tan grave debe ser! La mía es como un niño que está todavía en la cuna.
- CUESTA (*Con tristeza.*) La mía es vieja, memoriosa. Me repite, me señala sin cesar los errores graves de mi vida.

- ELEC. ¡Usted... errores graves, usted tan bueno!
- CUESTA Si, si: bueno, bueno... y pecador... En fin dejemos los errores y vamos á sus consecuencias. Yo no quiero, no, que usted viva desamparada. Usted no posee bienes de fortuna. Es dudoso que la protección de Urbano y Evarista sea constante. ¿Cómo he de consentir yo que se encuentre usted pobre y desvalida el día de mañana?
- ELEC. (*Con penosa lucha entre su conocimiento y su inocencia.*) No sé si lo entiendo... no sé si debo entenderlo.
- CUESTA Lo más delicado será que lo entienda sin decírmelo, y que acepte mi protección sin darme las gracias. Juntos van el deber mio y el derecho de usted. Gracias á mi, Electra, no se verá roto el hilo que une á cada criatura con las criaturas que fueron, y con las que aún viven.. Y si hoy me determino á plantear esta cuestión, es porque... porque hace tiempo que me asedia el temor de las muertes repentinas. Mi padre y mi hermano murieron como heridos del rayo. La lesión cardiaca, destructora de la familia, ya la tengo aqui (*señalando al corazón*): es un triste reloj que me cuenta las horas, los días... No puedo aplazar esto. No me sorprenda la muerte dejando á esta preciosa existencia sin amparo. No puedo, no debo esperar... Concluyo, hija mia, manifestando á usted que tenga por asegurado un bienestar modesto...
- ELEC. ¡Un bienestar modesto... yo...!
- CUESTA Lo suficiente para vivir con independencia decorosa...
- ELEC. (*Confusa.*) ¿Y yo... qué méritos tengo para...? Perdóne usted... No acabo de convencerme... de....
- CUESTA Ya vendrá, ya vendrá el convencimiento...
- ELEC. ¿Y por qué no habla usted de ese asunto á mis tíos..?
- CUESTA (*Preocupado.*) Porque... A su tiempo se les dirá. Por de pronto, sólo usted debe saber mi resolución.
- ELEC. Pero....
- CUESTA (*Con emoción, levantándose.*) Y ahora, Electra, ¿querrá usted á este pobre enfermo, que tiene los días contados?
- ELEC. Si... ¡Es tan fácil para mí querer! Pero no hable usted de morir, Don Leonardo.
- CUESTA Me consuela mucho saber que usted me llorará.
- ELEC. No me haga usted llorar desde ahora....
- CUESTA (*Apresurando su partida para vencer su emoción.*) Adiós, hija mia.
- ELEC. Adiós... (*Reteniéndole.*) ¿Y qué nombre debo darle?
- CUESTA El de amigo no más. Adiós. (*Arrancándose á partir. Sale por el foro. Electra le sigue con la mirada hasta que desaparece.*)

ESCENA X

ELECTRA, EL MARQUÉS

- ELEC. (*Meditabunda.*) Dios mio, ¿qué debo pensar? Sus medias palabras dicen más que si fuesen enteras. ¡Madre del alma! (*El Marqués, que entra por el jardín, avanza despacio.*) ¡Ah!.. Señor Marqués.
- MARQ. ¿Se asusta usted?
- ELEC. Nada de eso: me sorprendo no más. Si viene usted á oirme tocar, ha perdido el viaje. Hoy no estudio.
- MARQ. Me alegró. Así podremos hablar... Apenas presentado á usted, entro de lleno en la admiración de sus gracias, y conocida una parte de su carácter, deseo conocer algo más... Usted extrañará quizás esta curiosidad mía y la creerá impertinente.
- ELEC. ¡Oh! No, señor. También yo soy curiosilla, señor Marqués, y me pormito preguntarle: ¿es usted amigo de Máximo?
- MARQ. Le quiero y admiro grandemente.... Cosa rara, ¿verdad?
- ELEC. A mi me parece muy natural.
- MARQ. Es usted muy niña, y quizás no pueda hacerse cargo de las causas de mi amistad con *el Mágico prodigioso*... A ver si me entiende.
- ELEC. Explíquemelo bien.
- MARQ. La sociedad que frecuento, el círculo de mi propia familia y los hábitos de mi casa, producen en mí un efecto asfixiante. Casi sin darme cuenta de ello, por puro instinto de conservación me lanzo á veces en busca del aire respirable. Mis ojos se van tras de la ciencia, tras de la Naturaleza... y Máximo es eso.
- ELEC. El aire respirable, la vida, la... ¿Pues sabe usted, Marqués, que me parece que lo voy entendiendo?
- MARQ. No es tonta la niña, no. También ha de saber usted que siento por ese hombre un interés inmenso.
- ELEC. Le quiere usted, le admira por sus grandes cualidades...
- MARQ. Y le compadezco por su desgracia.
- ELEC. (*Sorprendida.*) ¡Desgraciado Máximo?

- MARQ. ¿Qué mayor desgracia que la soledad en que vive? Su viudez prematura le ha sumergido en los estudios más honrados, y temo por su salud.
- ELEC. Sus hijos le consuelan, le acompañan. Hoy les ha visto usted. ¡Qué lindas criaturas! El mayor, que ahora cumple cinco años, es un prodigio de inteligencia. En el pequeñito, de dos años, veo ya toda la gracia del mundo. Yo les adoro; sueño con ellos, y me gustaria mucho ser su niñera.
- MARQ. El pobre Máximo, aferrado a sus estudios, no puede atenderlos como debiera.
- ELEC. Claro: eso digo yo.
- MARQ. Es de toda evidencia: Máximo necesita una mujer. Pero... aquí entran mis dificultades y mis dudas. Por más que miro y busco, no encuentro la mujer digna de compartir su vida con la del grande hombre.
- ELEC. No la encontra usted. Es que no la hay, no la hay. Como que para Máximo debe buscarse una mujer de mucho juicio.
- MARQ. Eso es: de mucha juicio.
- ELEC. Todo lo contrario de mí, que no tengo ninguno, ninguno, ninguno.
- MARQ. No diría yo tanto.
- ELEC. Otra cosa: cuando usted me oye decirle tonterías y llamarle bruto, viejo, sabio, tonto, no vaya á creer que lo digo en serio. Todo eso es broma, señor Marqués.
- MARQ. Si, si: ya lo he comprendido.
- ELEC. Bromas impertinentes quizás, porque Maximo es muy serio... ¿Cree usted, señor mío, que debo yo volverme muy grave?
- MARQ. ¡Oh! no. Cada criatura es como Dios ha querido formarla. No hay que violentarse, señorita. No necesitamos ser graves para ser buenos.
- ELEC. Pues mire usted, Marqués, yo que no sé nada, habia pensado ese mismo. (*Aparece Pantoja por el foro*)
- PANT. (*Aparte en la puerta*) Este libertino incorregible...este veterano del vicio se atreve á poner su mirada venenosa en esta flor. (*Avanza lentamente*).
- MARQ. (*Aparte*) ¡Vaya! Se nos ha interpuesto la pantalla obscura, y ya no podemos seguir hablando.
- ELEC. El señor Marqués ha venido á oirme tocar; pero estoy muy torpe. Lo dejamos para otro día.
- MARQ. Ya sabe usted que el gran Beethoven es mi pasión. Me habian dicho que Electra le interpreta bien, y esperaba

- oirle la *Sonata Patética*, la *Clair de Lune*....pero nos hemos entretenido charlando, y pues ya no es ocasión...
- PANT. (Con desabrimiento) Si: ha pasado la hora de estudio.  
MARQ. (Recobrando su papel social.) Otro día será. Amigo mío Virginia y yo tendremos mucho gusto en que usted no honre con sus consejos para cuanto se refiere al Beaterio de Las Esclavas.
- PANT. Si si: esta tarde iré a ver a Virginia y hablaremos.  
MARQ. En el Beaterio la tiene usted toda la tarde. Y pues estoy de más aquí... (En ademán de retirarse).
- ELEC. No. Usted no estorba, señor Marqués.  
MARQ. Me voy con la música...al taller de Máximo.  
PANT. Si, si: allí se distraerá usted mucho.  
MARQ. Hasta luego, mi reverendo amigo.  
PANT. Dios le guarde. (Vase el Marqués hacia el jardín.)

## ESCENA XI

### ELECTRA, PANTOJA

- PANT. (Vivamente.) ¿Qué decía? ¿Qué contaba ese corruptor de la inocencia?  
ELEC. Nada: historias, anécdotas para reír...  
PANT. ¡Ay, historias! Desconfíe usted de las anécdotas jocosas de los narradores amenos, que esconden entre jazmines el aguijón ponzoñoso... La noto a usted suspensa, turbada como cuando se ha sentido el roce de un reptil entre los arbustos.  
ELEC. ¡Oh, no!  
PANT. La inquietud que producen las conversaciones inconvenientes, se calmará con los conceptos míos, bienhechores saludables.  
ELEC. Es usted un poeta, señor de Pantoja, y me gusta oírle.  
PANT. (Le señala una silla: se sientan los dos.) Hija mía, voy a darle a usted la explicación del cariño intenso que habrá notado en mí. ¿Lo ha notado?  
ELEC. Sí, señor.  
PANT. Explicación que equivale a revelar un secreto.  
ELEC. (Muy asustada.) ¡Ay. Dios mío, ya estoy temblando!..

- PANT. Calma hija mía. Oiga usted primero lo que es para mi más doloroso. Electra, yo he sido muy malo.
- ELEC. ¡Pero si tiene usted opinión de santo!
- PANT. Fui malo, digo, en una ocasión de mi vida. (*Suspirando fuerte.*) Han pasado algunos años.
- ELEC. (*Vivamente*) ¿Cuántos? ¿Puedo yo acordarme de cuando usted fué malo, Don Salvador?
- PANT. No. Cuando yo me envilecí, cuando me encenagué en el pecado, no había usted nacido.
- ELEC. Pero nació...
- PANT. (*Después de una pausa.*) Cierto...
- ELEC. Nació... Por Dios, señor de Pantoja, acabe usted pronto..
- PANT. Su turbación me indica que debemos apartar los ojos de lo pasado. El presente es para usted muy satisfactorio.
- ELEC. ¿Por qué?
- PANT. Porque en mi tendrá usted un amparo, un sostén para toda la vida. Inefable dicha es para mi cuidar de un sér tan noble y hermoso, defender á usted de todo daño, guardarla, custodiarla, dirigirla, para que se conserve siempre incólume y pura; para que jamás la toque ni la sombra ni el aliento del mal. Es usted una niña que parece un ángel. No me conformo con que usted lo parezca: quiero que lo sea.
- ELEC. (*Friamente.*) Un angel que pertenece á usted... ¿Y en esto debo ver un acto de caridad extraordinaria, sublime?
- PANT. No es caridad: es obligación. A mi deber de ampararte, corresponde en tí el derecho de ser amparada.
- ELEC. Esa confianza, esa autoridad...
- PAN. Nace de mi cariño intensísimo, como la fuerza nace del calor. Y mi protección, obra es de mi conciencia.
- ELEC. (*Se levanta con grande agitación. Alejándose de Pantoja, exclama aparte:*) ¡Dos, Señor, dos protecciones! Y ésta quiere oprimirme. ¡Horrible confusión! (*Alto.*) Señor de Pantoja, yo le respeto á usted, admiro sus virtudes. Pero su autoridad sobre mí no la veo clara, y perdone mi atrevimiento. Obediencia, sumisión, no debo más que á mi tía.
- PAN. Es lo mismo. Evarista me hace el honor de consultarme todos sus asuntos. Obedeciéndola, me obedeces á mi.
- ELEC. ¿Y mi tía quiere también que yo sea ángel de ella, de usted...?
- PAN. Angel de todos, de Dios principalmente. Convéncete de que has caído en buenas manos, y déjate, hija de mi alma, déjate criar en la virtud, en la pureza.

- ELEC. (*Con displicencia*). Bueno, señor: purifiquenme. ¿Pero soy yo mala?
- PAN. Podrías llegar á serlo. Prevenirse contra la enfermedad es más cuerdo y más fácil que curarla después que invade el organismo.
- ELEC. ¡Ay de mí! *Elevando los ojos y quedando como en éxtasis, da un gran suspiro. Pausa.*
- PAN. ¿Por qué suspiras así?
- ELEC. Deje usted que aligere mi corazón. Pesan horriblemente sobre él las conciencias ajenas.

## ESCENA XII

ELECTRA, PANTOJA; EVARISTA por el foro.

- EVAR. Amigo Pantoja, la Madre Bárbara de la Cruz espera á usted para despedirse y recibir las últimas órdenes.
- PAN. ¡Ah! no me acordaba.... Voy al momento. (*Aparte á Evarista.*) Hemos hablado. Vigile usted. Temamos las malas influencias.  
(*Antes de salir Pantoja por el foro, entran el Marqués y Máximo por la derecha.*)

## ESCENA XIII

ELECTRA, EVARISTA, EL MARQUÉS, MÁXIMO

- MARQ. He tardado un poquitín.
- EVAR. No por cierto. ¿Estuvo usted en el estudio de Máximo?  
(*Se forman dos grupos: Electra y Máximo á la izquierda; Evarista y el Marqués á la derecha.*)
- MARQ. Sí, señora. Es un prodigio este hombre. (*Sigue ponderando lo que ha visto en el laboratorio.*)

- ELEC. (*Suspirando.*) Si, Máximo: tengo que consultar contigo un caso grave.
- MAX. (*Con vivo interés.*) Dimelo pronto.
- ELEC. (*Recelosa mirando al otro grupo.*) Ahora no puede ser.
- MAX. ¿Cuándo?
- ELEC. No sé... no sé cuándo podré decírtelo... No es cosa que se dice en dos palabras.
- MAX. ¡Ah, pobre chiquilla! Lo que te anuncié... ¿Apuntan ya las seriedades de la vida, las amarguras los deberes?
- ELEC. Quizás.
- MÁX. (*Mirándola fijamente, con vivo interés.*) Noto en tu rostro una nube de tristeza, de miedo... gran novedad en ti.
- ELEC. Quieren anularme, esclavizarme, reducirme á una cosa... angelical... No lo entiendo.
- MÁX. (*Con mucha viveza.*) No consientas eso, por Dios... Electra defiéndete.
- ELEC. ¿Qué me recomiendas para evitarlo?
- MÁX. (*Sin vacilar.*) La independencia.
- ELEC. ¡La independencia!
- MAX. La emancipación... más claro, la insubordinación.
- ELEC. Quieres decir que podré hacer cuanto me dé la gana, jugar todo lo que se me antoje, entrar en tu casa como en país conquistado, enredar con tus hijos, y llevármelos al jardín ó á donde quiera.
- MAX. Todo eso, y más.
- ELEC. ¡Mira lo que dices...!
- MAX. Sé lo que digo.
- ELEC. ¡Pero si me has recomendado todo lo contrario!
- MAX. (*Mirándola fijamente.*) En tu rostro, en tus ojos, veo cambiadas radicalmente las condiciones de tu vida. Tu temes, Electra.
- ELEC. Si (*Medrosa.*)
- MAX. Tú... (*Dudando que verbo emplear. (Va á decir amar y no se atreve)*) deseas algo con vehemencia.
- ELEC. (*Con efusión*) Si. (*Pausa.*) Y tú me dices que contra temores y anhelos... insubordinación.
- MAX. Si: corran libres tus impulsos, para que cuanto hay en tí se manifieste, y sepamos lo que eres.
- ELEC. ¡Lo que soy! ¿Quieres conocer...?
- MAX. Tu alma....
- ELEC. Mis secretos....
- MAX. Tú alma... En ella está todo.
- ELEC. (*Advirtiendo que Evarista la vigila.*) Chitón... Nos miran.

ESCENA XIV

Los mismos; DON URBANO, PANTOJA por el fondo

D. URB. ¿Almorzamos?

(A Evarista, sofocado, viendo á Electra con Máximo.) ¿Pero, hija, la deja usted sola con Mefistófeles?

EVAR. No hay motivo para alarmarse, amigo Pantoja.

MARQ. (Riendo.) ¡Claro: si este Mefistófeles es un santo! (Da el brazo á Evarista.)

PANT. (Imperiosamente, cogiendo de la mano á Electra para llevarse.) ¡Conmigo! (Electra, andando con Pantoja, vuelve la cabeza para mirar á Máximo.)

MAX. (Mirando á Electra y á Pantoja.) ¿Contigo...? Ya se verá con quién. (Máximo y Don Urbano salen los últimos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



o.) ¿Pe-  
el bra-  
ra lle-  
vuelve  
se verá  
os.)

## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración.

### ESCENA PRIMERA

EVARISTA, DON URBANO, sentados junto á la mesa despachando asuntos; BALBINA, que sirve á la señora una taza de caldo.

D. URB. (*Preparándose á escribir.*) ¿Qué se le dice al señor Rector del Patrocinio?

EVAR. (*Con la taza en la mano.*) Ya lo sabes. Que nos parece bien el plano y presupuesto, y que ya nos entenderemos con el contratista.

D. URB. No olvides que la proposición de éste asciende á... (*Le-  
yendo un papel*) trescientas veintidós mil pesetas. . .

EVAR. No importa. Aún nos sobra dinero para la continuación del Socorro. (*A Balbina que recoge la taza.*) No olvides lo que te encargué.

BALB. Ya vigilo, señora. Este juego de la señorita Electra creo yo que no trae malicia. Si recibe cartas y billetes de tanto pretendiente, es por pasar el rato y tener un motivo más de risa y fiesta.

EVAR. ¿Pero cómo llegan á casa. . .?

BALB. ¿Las cartas de esos barbilindos? Aún no lo sé. Pero yo vigilo á Patros, que me parece. . .

EVAR. Mucho cuidado y entérame de lo que descubras. . .

BALB. Descuide la señora. (*Vase Balbina.*)

ESCENA II

Los mismos; MAXIMO por el foro, presuroso, con planos y papeles.

MAXIMO ¿Estorbo?

EVAR. No, hijo. Pasa.

MAXIMO Dos minutos, tía.

D. URB. ¿Vienes de Fomento?

MAXIMO Vengo de conferenciar con los bilbainos. Hoy es para mí un día de prueba. Trabajo excesivo, diligencias mil y por añadidura la casa revuelta.

EVAR. ¿Pero qué te pasa? Me ha dicho Balbina que ayer despediste á tus criadas.

MAXIMO Me servían detestablemente, me robaban. . .  
Estoy solo con el ordenanza y la niñera.

EVAR. Vente á comer aquí.

MAXIMO ¿Y dejo á los chicos allá? Si les traigo, molestan á usted y le trastornan toda la casa,

EVAR. No me los traigas, no. Adoro á las criaturas; pero á mi lado no las quiero. Todo me lo revuelven, todo me lo ensucian. El alboroto de sus pataditas, de sus risotadas, de sus berrinches, me enloquece. Luego, el temor de que se caigan, de que les arañen los gatos, de que se mojen, de que se descalabren. . .

MAXIMO Yo prefiero que me mande usted una cocinera. . .

EVAR. Irá la Enriquetilla. Encárgate, Urbano; no se nos olvide.

MAXIMO Bueno. (*Disponiéndose á partir.*)

EVAR. Aguarda. Según parece, tus asuntos marchan. Ya sabes lo que te he dicho: si el *Mágico prodigioso* necesita más capital para la implantación de sus inventos, no tiene más que decirnoslo. . .

MAXIMO Gracias, tía. Tengo á mi disposición cuanto dinero pueda necesitar. . .

D. URB. Dentro de pocos años *el Mágico* será más rico que nosotros.

MAXIMO Bien podría suceder.

D. URB. Fruto de su inteligencia privilegiada. . .

MAXIMO (*Con modestia.*) No: de la perseverancia, de la paciencia laboriosa...

EVAR. ¡Ay, no me digas! Trabajas brutalmente.

MAXIMO Lo necesario, tía, por obligación, y un poco más por goce, por recreo, por entusiasmo científico.

D. URB. Es ya una monomanía, una borrachera.

EVAR. (*Con tonillo sermonario.*) ¡Ah! No: es la ambición, la maldita ambición, que á tantos trastorna y acaba por perderlo.

MAXIMO Ambición muy legítima, tía. Fijese usted en que...

EVAR. (*Quitándole la palabra de la boca.*) El afán, la sed de riquezas para saciar con ellas el apetito de goces. Gozar, gozar, gozar: esto quereis y por esto vivis en continuo ajeteo, comprometiendo en la lucha vuestra naturaleza: estómago, cerebro, corazón. No pensáis en la brevedad de la vida, ni en la vanidad de los afanes por cosa temporal; no acabáis de convenceros de que todo se queda aquí.

MAXIMO (*Con gracia, impaciente por retirarse.*) Todo se queda aquí, menos yo, que me voy ahora mismo.

JOSÉ (*Anunciando.*) El señor Marqués de Ronda.

MAXIMO (*Deteniéndose.*) ¡Ah! Pues no me voy sin saludarle.

EVARIS. (*Recogiendo papeles.*) No quiere Dios que trabajemos hoy.

D. URB. Me figuro á qué viene.

EVAR. Que pase, José, que pase. (*Vasé José.*)

MAX. Viene á invitar á ustedes para la inauguración del nuevo Beaterio de *La Esclavitud*, fundado por Virginia. Anoche me lo dijo.

EVAR. ¡Ah! sí... ¿Pero es hoy?

### ESCENA III

EVARISTA, DON URBANO, MAXIMO, EL MARQUÉS

MARQ. (*Saludando con rendimiento.*) Ilustre amiga... Urbano. (*A Máximo.*) ¿Qué tal? No creía yo encontrar aquí al *mágico*...

MAXIMO El *mágico* saluda á usted y desaparece.

MARQ. Un momento, amigo. (*Reteniéndole.*)

EVAR. Pues sí, Marqués: iremos.

MARQ. ¿Ya sabía usted...?

- D. URB. ¿A qué hora?
- MARQ. A las cinco en punto. (*A Máximo.*) A usted no le invite: ya sé que no le sobra tiempo para la vida social.
- MAXIMO Así es, por desgracia. Hoy no le espero a usted.
- MARQ. ¿Cómo, si estamos de fiesta religiosa y mundana? Pero esta noche no se libra usted de mí,
- EVAR. (*Ligeramente burlona.*) Ya hemos notado... celebrándolo, qué duda tiene... la frecuencia de las visitas del señor Marqués a los talleres del gran nigromántico.
- MAXIMO El Marqués me honra con su amistad y con el interés que pone en mis estudios.
- MARQ. Me ha entrado súbitamente el delirio por la maquinaria y por los fenómenos eléctricos... Chifladuras de la ancianidad.
- D. URB. (*A Máximo.*) Vaya, que sacarás un buen discípulo.
- EVAR. Sabe Dios... (*Maliciosa*) sabe Dios quién será el maestro y quién el alumno.
- MARQ. A propósito del maestro: siento que por estar presente, me vea yo privado de decir de él todas las perrerías que se me ocurren.
- EVAR. Vete, Máximo; vete para que podamos hablar mal de ti.
- MAXIMO Me voy. Despáchense a su gusto las malas lenguas. (*Al Marqués.*) Abur. Siempre suyo. (*A Evarista.*) Adiós, tía.
- EVAR. Anda con Dios, hijo.
- MARQ. (*A Máximo, que sale.*) Hasta la noche... si me dejan. (*A Evarista.*) ¡Hombre extraordinario! De fama le admiré; tratándole ahora y apreciando por mi mismo sus altas prendas, sostengo que no ha nacido quien pueda igualarsele.
- EVAR. En el terreno científico.
- MARQ. Y en todos los terrenos, señora. ¿Pues qué...?
- EVAR. Cierto que como inteligencia...
- MARQ. (*Con entusiasmo.*) Y como corazón. ¿Pues quién hay más noble, mas sincero...?
- EVAR. (*No queriendo empeñarse en una discusión delicada.*) Bueno, Marqués; bueno... (*Variando de conversación.*) ¿Con que... decía usted... que hemos de estar allí a las cinco?
- MARQ. En punto. Cuento con ustedes y con Electra.
- EVAR. No sé si debemos llevarla...
- MARQ. ¡Oh! Traigo el encargo especialísimo de gestionar la presencia de la niña en esta solemnidad. Y ya me di tono de buen diplomático asegurando que lo conseguiría. Virginia desea conocerla.

D. URB. En ese caso....

MARQ. ¿Me prometen ustedes no dejarme mal?

EVAR. ¡Oh! Cuente usted con Electra.

MARQ. Tendremos mucha y buena gente. (*Se levanta para retirarse.*)

D. URB. El acto resultará brillantísimo.

MARQ. Hasta luego, pues. Yo tengo que venir á casa de Otumba. Pasaré por aquí. (*Oyese la voz de Electra por la izquierda con alegre charla y risa. Detiéndose el Marqués al oírla.*)

#### ESCENA IV

Los mismos: ELECTRA

ELEC. (*Dentro.*) Ja, ja... Rica, otro beso... Tonta tú, tonta yo; pero ya nos entendemos (*Aparece por la izquierda con una preciosa muñeca grande, á la que besa y zarandea. Detiéndose como avergonzada.*)

EVAR. Niña, ¿qué haces?

MARQ. No la riñe usted.

ELEC. *Mademoiselle* Lulú y yo pasamos el rato contándonos cositas.

D. URB. (*Al Marqués*) Hoy está desatinada.

ELEC. *Alejándose, habla con la muñeca sigilosamente. Los demás la observan.* Lulú, ¡qué linda eres! Pero él es más bonito. ¡Que feliz será mi amor contigo, y yo con los dos!

MARQ. ¿Sigue tan juguetona, tan...?

EVAR. Desde ayer notamos en ella una tristeza que nos pone en cuidado.

MARQ. Tristeza, idealidad...

EVAR. Y ahora, ya ve usted...

MARQ. (*Cariñoso, acudiendo á ella.*) Electra, niña preciosa...

ELEC. (*Aproximando la cara de la muñeca á la del Marqués.*) Vaya, *Mademoiselle*, no seas huraña: da un besito á este caballero. (*Antes que el Marqués bese á la muñeca, Electra le dá un ligero coscorrón con la cabeza de la misma.*)

MARQ. ¡Ah, picara! Me pega. (*Acariciando la barbilla de Electra.*) Lulú no se enfadará si digo que su amiguita me gusta más.

EVAR. Una y otra tienen el mismo seso.

- D. URB. ¿Y qué hablas con tu muñeca?  
ELEC. A ratos le cuento mis penas.  
EVAR. ¡Penas tú!  
ELEC. Sí, penas yo. Y cuando nos ve usted tan calladitas, es que pensamos en cosas pasadas...  
MARQ. Le interesa lo pasado. Señal de reflexión.  
EVAR. ¿Pero qué dices? ¿Cosas pasadas?  
ELEC. Del tiempo en que nací. (*Con gravedad.*) El día en que yo vine al mundo fué un día muy triste, ¿verdad? ¿Alguno de ustedes se acuerda?  
EVAR. ¡Pero cuánto disparates, hija! ¿No te avergüenzas de que el señor Marqués te vea tan destornillada....?  
ELEC. Crea usted que los tontos más tontos, y los niños más niños, no hacen sus simplezas sin alguna razón.  
MARQ. Muy bien.  
EVAR. ¿Y qué razón hay de este juego impropio de tu edad?  
ELEC. (*Mirando al Marqués que sonríe á su lado*) Ahora no puedo decirlo.  
MARQ. Eso es decir que me vaya.  
EVAR. ¡Niña!  
MARQ. Si ya me iba. Siento que mis ocupaciones no me dejen tiempo para recrearme en los donaires de esta criatura. Adiós, Electra; vuelvo á las cinco para llevarmela á usted.  
ELEC. ¡A mí!  
D. URB. Sí, hija: vamos á la inauguración de Las Esclavas.  
ELEC. ¿Yo también?  
EVAR. Ya puedes irte arreglando.  
ELEC. (*Asustada.*) Habrá mucha gente. ¡Ay! la gente me causa miedo. Me gusta la soledad.  
MARQ. ¡Si estaremos como en familia...! Vaya, no me detengo más.  
EVAR. Hasta luego, Marqués.  
MARQ. (*A Electra.*) A las cinco, niña; y que aprendamos la puntualidad. (*Se va por el fondo con Don Urbano.*)

## ESCENA V

EVARISTA, ELECTRA

- EVAR. Explicame ahora por qué estás tan juguetona y tan dislocada.  
ELEC. Verá usted, tia: yo tengo una duda ¿cómo diré? un problema.

- EVAR. ¡Problemas tñ!
- ELEC. Eso; en plural. problemas.... porque no es uno solo.
- EVAR. ¡Anda con Dios!
- ELEC. Y trato de que me los resuelva, con una ó con pocas palabras....
- EVAR. ¿Quién?
- ELEC. (*Suspirando*). Una persona que no está en este mundo.
- EVAR. ¡Niña!
- ELEC. Mi madre.... No se asombre usted.... Mi madre puede decirme.... y luego aconsejarme.... ¿No cree usted que las personas que están en el otro mundo pueden venir al nuestro? (*Gesto de incredulidad de Evarista*). ¿Usted no lo cree? Yo sí. Lo creo porque lo he visto. Yo he visto á mi madre.
- EVAR. ¡Virgen del Carmen, cómo está esa pobre cabeza!
- ELEC. Cuando yo era una chiquilla de este tamaño....
- EVAR. ¿En las Ursulinas de Bayona?
- ELEC. Sí... mi madre se me aparecía.
- EVAR. En sueños, naturalmente.
- ELEC. No, no: estando yo tan despierta como estoy ahora. (*Deja la muñeca sobre una silla*).
- EVAR. Electra, mira lo que dices....
- ELEC. Cuando estaba yo muy triste, muy solita ó enferma; cuando alguien me lastimaba dándome á entender mi desairada situación en el mundo, venia mi madre á consolarme. Primero la veía borrosa, desvanecida, confundiendo con los objetos lejanos, con los próximos. Avanzaba como una claridad... temblando... así... Luego no temblaba, tia... era una forma quieta, quieta, una imagen triste; era mi madre: no podia yo dudarlo. Al principio la veía vestida de gran señora, elegantísima. Llegó un día en que la vi con el traje monjil. Su rostro entre las tocas blancas; su cuerpo, cubierto de las estameñas obscuras, tenían una majestad, una belleza que no puede imaginar quien no la vió....
- EVAR. ¡Pobre niña, no delires!....
- ELEC. Al llegar cerca de mi, alargaba sus brazos como si quisiera cogermc. Me hablaba con una voz muy dulce, lejana, escondida.... no sé cómo explicarlo. Yo le preguntaba cosas, y ella me respondía... (*Mayor incredulidad de Evarista*). ¿Pero usted no lo cree?
- EVAR. Sigue, hija, sigue.
- ELEC. En las Ursulinas tenía yo una muñeca preciosa á quien llamaba también Lulú; y mire usted qué misterio, tia: siempre que andaba yo por la huerta, al caer la tarde

solita, con mi muñeca en brazos, tan melancólica y como ella, mirando mucho al cielo, era segura, infalible, la visión de mi madre.... primero entre los árboles, como figura que formaban los grupitos de hojas; después.... dibujándose con claridad y avanzando hacia mí por entre los troncos oscuros....

EVAR. ¿Y ya mayorcita, cuando vivias en Hendaya... también....?

ELEC. Los primeros años nada más. Jugaba yo entonces con muñecas vivas: los pequeñuelos de mi prima Rosaura, niño y niña; que no se separaban de mí: me adoraban, y yo a ellos. De noche, en la soledad de mi alcoba, los niños dormiditos, aquí ellos.... yo aquí. (*Señala el sitio de las dos camas*). Por entre las dos camas pasaba mi madre, y llegándose á mí,...

EVAR. ¡Oh! no sigas, por Dios. Me da miedo... Pero esas visiones, hija, se concluyeron cuando fuiste entrando en edad ..

ELEC. Cuando dejé de tener á mi lado muñecas y niños. Pero eso quiero yo volverme ahora chiquilla, y me empeño en retroceder á la edad de la inocencia, con la esperanza de que siendo lo que entonces era, vuelva mi madre á mí, y hablemos, y me responda á lo que deseo preguntarle... y me dé consejo...

EVAR. ¿Y qué duda tienes tú para...?

ELEC. (*Mirando al suelo*). Dudas... cosas que una no sabe y quiere saber...

EVAR. ¡Qué tontería! ¿Y qué asunto tan grave es ese sobre el cual necesitas consulta, consejo...

ELEC. ¡Ah! una cosa... (*Vacila: casi está á punto de decirlo*).

EVAR. ¿Qué? dimelo.

ELEC. Una cosa... (*Con timidez infantil, manoseando la muñeca sin atreverse á declarar su secreto*). Una cosa...

EVAR. (*Severa y afectuosa*). Ea, ya es intolerable tanta puerilidad. (*Le quita la muñeca*). ¡Ay! Electra, niña boba y discreta, eres un prodigio de inteligencia y gracia, cuando no el modelo de la necedad; tu alma se la disputan ángeles y demonios. Hay que intervenir, hija; hay que mediar en esa lucha, dando muchos palos á los demonios, sin reparar en que puedan caer sobre ti y causarte algún dolor... (*La besa*). Vaya, formalidad. Necesitas ocuparte en algo, distraer tu imaginación... No olvides que ya son las cinco... Vete arreglando ya..

ELEC. Sí, tía.

EVAR. Tiempo de sobra tienes: tres cuartos de hora.

ELEC. No faltaré.  
EVAR. Y pocas bromas, Electra... ¡Cuidado!... (*Vase por el foro; lleva la muñeca cogida de un brazo, colgando*).

ESCENA VI

ELECTRA, PATROS

ELEC. (*Mirando á la muñeca*). ¡Pobre Lulú, cómo cuelga! (*Imitando la postura de la muñeca, y tentándose el hombro dolorido*). ¡Y cómo duele, ay! (*Sientase meditando*). ¡Y aquél esperandome...! ¡Qué triste fué la separación! Lloraba echándome los brazos... yo le prometí volver.

PATROS (*Asomándose cautelosa por la izquierda*). Señorita, señorita...

ELEC. Entra.

PATROS (*Avanzando con precaución*) ¿Hay alguien?

ELEC. Estamos solas.

PATROS No hay ocasión como ésta, señorita. Ahora ó nunca.

ELEC. ¿Vienes de allá?

PATROS De allá vengo... Muchos señores que dicen números... millones y *cuatrollones*... Adentro, nadie.

ELEC. (*Vacilando*) ¿Nos atrevemos?

PATROS Fuera miedo.

ELEC. ¡Virgen del Carmen, protégeme! (*Dirigiéndose á la salida que da al jardín. Detiènese Electra asustada*). Espera. ¿No será mejor que salgamos por el otro lado? ¿Estará mi tía asomada á la ventana del comedor?

PATROS Podría ser. Demos la vuelta por aquí. (*Por la izquierda*).

ELEC. Por aquí. ¡Animo, valor y miedo! (*Salen corriendo por la izquierda*).

ESCENA VII

DON URBANO, JOSÉ, que entran por el foro á punto que salen las muchachas.

D. URB. ¿Quién sale por ahí?

JOSÉ Es Patros, señor.

D. URB. Con que.... cuéntame.

- JOSÉ Ya son cinco los que hacen el oso á la señorita: cinco vistos por mí. ¡Sabe Dios los que habrá por bajo cuerda!
- D. URB. ¿Y qué hacen? ¿Rondan la casa?
- JOSÉ Dos por la mañana, dos por la tarde, y el más chiquitín de sol á sol.
- D. URB. ¿Has observado si hay comunicación entre la ventana del cuarto de Electra y la calle, por medio de cestilla ó cuerda telefónica?
- JOSÉ No he visto nada de eso. Pero yo que los señores, pondría á la señorita en las habitaciones de allá. (*Por la izquierda*).
- D. URB. ¿Y alguno de esos mequetrefes suele colarse al jardín?
- JOSÉ ¡No le daría yo mal estacazo!
- D. URB. Bien: continúa vigilando. (*Entra Cuesta por el foro*).

### ESCENA VIII

DON URBANO; CUESTA con papeles y cartas.

- D. URB. Leonardo, gracias á Dios.
- CUESTA Ya te dije que no vendría por la mañana. (*A José dándole una carta*) Que certifiquen esto.... Pronto. Luego llevaréis más cartas. (*Vase José*).
- D. URB. (*Tomando un papel que le da Cuesta*). ¿Qué es esto?
- CUESTA El resguardo de los cien mil y pico.... Firmame ahora un talón de sesenta y siete mil....
- D. URB. Ya: para el envío á Roma.
- CUESTA ¿Y Evarista?
- D. URB. Vistiéndose.
- CUESTA Ya sé que vais á la inauguración de *La Esclavitud*, y que lleváis á Electra.
- D. URB. Por cierto que de esta niña no debemos esperar nada bueno. Cada día nos va manifestando nuevas extravagancias, nuevas ligerezas....
- CUESTA (*Con viveza*). Que no significan maldad.
- D. URB. Lo son como sintoma. fíjate, como sintoma. Por esto Evarista, que es la misma previsión, ha pensado someterla á un régimen sanitario en *San José de la Penitencia*.
- CUESTA Permíteme, querido Urbano, que disienta de vuestras opiniones. Dirás tú que quién me mete á mí...

- cinc). URB. Al contrario... Como buen amigo de la casa, puedes darnos tu parecer, aconsejarnos...
- UESTA Eso de arrastrar á la vida claustral á las jovencitas que quitu no han demostrado una vocación decidida, es muy grave... Y no debéis extrañar que alguien se oponga..
- na de). URB. ¿Quién?
- cuer). URB. ¡Qué sé yo! Alguien. Hay en la vida de esa joven un factor desconocido... El mejor día... podrá suceder... no aseguro yo que suceda... el mejor día, cuando vosotros tiréis de la cuerda para encerrar á la niña contra su voluntad, saldrá una voz diciendo: «Alto, señores de Yuste, alto...»
- lin?). URB. Y nosotros responderemos: «Bueno, señor incógnito factor... Ahí la tiene usted. Nos libra de una tutela enojosa, molestísima.»
- UESTA (*Sintiendo gran fatiga, se sienta.*) Esto es un decir, Urbano, un suponer...
- . URB. ¿Te sientes mal? ¿Necesitas algo?
- UESTA No... Este maldito corazón no se lleva bien con la voluntad.
- . URB. Descansa, hombre. ¿Por qué no te echas un rato?...
- UESTA ¿Pero tú sabes lo que tengo que hacer? (*Sacando papeles.*) Por de pronto, dos cartas urgentísimas, que han de salir hoy.
- . URB. Escríbelas aquí. (*Escogiendo un sitio en la mesa, y retirando libros y papeles.*)
- leva). URB. Si... Aquí me instalo.
- . URB. Yo también estoy atareadísimo. Tengo mil menudencias...
- hon). URB. No te ocupes de mí. (*Escribiendo.*)
- . URB. Perdona, Leonardo. Evarista no tardará en salir.
- UESTA (*Sin mirarle.*) Hasta luego... (*Vase Don Urbano por el foro.*)

ESCENA IX

- que
- nada
- ava). URB. ELECTRA, PATROS, que asoman por la puerta de la izquierda, como reconociendo el terreno.
- Eva-
- la). ELECTRA Cuidado, Patros... Por aquí es difícil que podamos pasarlo.
- tras). PATROS (*Reconociendo á Cuesta, á quien ven de espalda escribiendo.*) ¡Don Leonardo!

ELECTRA Chist.. Lo más seguro es dejarle en tu cuarto hasta noche. ¡Vaya, que tener yo que ir á esa maldita inaración!

CUESTA (*Sintiendo las voces, se vuelve.*) ¡Ah! Electra...

ELECTRA ¿Estorbamos, Don Leonardo?....

CUESTA No, hija mia. Me hará usted el favor de esperar un quito.... hasta que yo termine esta carta. Tengo hablar con usted...

ELECTRA Aquí estaré, señor. (*Aparte á Patros.*) ¡Qué fastidioso! No veníamos más que á buscar un papel y un para que Patros apuntara.... (*Coge de la mesa lapapel. Aparte á Patros.*) ¡Cuidamele bien, por Dios! qué monísimo está durmiendo! ¡El hociquito, y aquimanos sucias, y aquellas uñitas tan negras, de andar carbando la tierra...! ¡Ay, me lo comerá!

PATROS ¡Y el pelito rizado, y las patitas...!

ELECTRA (*Con efusión de cariño.*) Me vuelvo loca. Que le cuPatros; mira que....

PATROS Ahora le llevaré dos bollitos.

ELECTRA No, no: que eso ensucia el estomago.... Le llevarásopita....

PATROS ¿Y cómo llevo eso?

ELECTRA Es verdad. ¡Ah! Pides para mí una taza de leche.

PATROS Eso. Y se la doy en cuanto despierte.

ELECTRA Aquí tienes el papel y el lápiz para que haga sus batitos... Es lo que más le entretiene... Luego, esta che, aprovechando una ocasión, le traeremos á mí to y dormirá conmigo.

CUESTA (*Cerrando la carta.*) Ya he concluido.

ELECTRA Perdone un momento, Don Leonardo. (*Aparte á Patros.*) No te separes de él... Mucho cuidado. Si Don Leonardo no me entretiene mucho, antes de vestirme iré á un besito.

CUESTA Patros....

PATROS Señor....

CUESTA Que lleven esta carta al correo.

PATROS Ahora mismo. (*Vase.*)

ESCENA X

CUESTA, ELECTRA

ESTA (*Cogiéndole las manos.*) Mujercita juguetona, ven aquí.

¡Qué dicha tan grande verte!

ELECTRA ¿Me quiere usted mucho, Don Leonardo? ¡Si viera usted cuánto me gusta que me quieran!

ESTA Lo que más importa, hija mía, es que tengamos formalidad... que las personas timoratas no hallen nada que censurar... Me han dicho... creo yo que habrá exageración... me han dicho que hormigean los novios...

ELECTRA ¡Ay, si ya casi no acierto á contarlos. Pero yo no quiero más que á uno.

ESTA ¡A uno! ¿Y es...?

ELECTRA ¡Oh! Mucho quiere usted saber.

ESTA ¿Le conozco yo?

ELECTRA ¡Ya lo creo!

ESTA ¿Ha hecho su declaración de una manera decorosa?

ELECTRA ¡Si no ha hecho declaración!... No me ha dicho nada... todavía.

ESTA Tembido es el mocito. ¿Y á eso llama usted novio?

ELECTRA No debo darle tal nombre.

ESTA ¿Y usted le ama, y sabe ó sospecha que es correspondida?

ELECTRA Eso... lo sospecho... No puedo asegurarlo.

ESTA ¿Y no podrá decirme... á mi, que...?

ELECTRA ¡Ay, no!

ESTA Por Dios, tenga usted confianza conmigo.

ELECTRA Ahora no puedo. Tengo que vestirme.

ESTA Bueno: ya hablaremos.

ELECTRA (*Medrosa, mirando al foro.*) ¿Vendrá mi tía?

ESTA Vístase usted.... y mañana...

ELECTRA Si, mañana. Adiós. (*Corre hacia la derecha. Movida de una repentina idea, da media vuelta.*) Antes tengo que... (*Aparte.*) No puedo vencer la tentación. Quiero darle otro besito. (*Vase corriendo por la izquierda. Cuesta la sigue con la vista. Suspira.*)

ESCENA XI

CUESTA, DON URBANO, EVARISTA; después ELECTRA

- CUESTA *(Recogiendo sus papeles.)* ¡Qué felicidad la mía si pudiera quererla públicamente!
- EVAR. *(Vestida para salir.)* Perdona usted el plantón, Leonora. Ya me ha dicho éste que preparamos una operación extensa.
- D. URB. *(Dando á Cuesta un talón.)* Toma.
- EVAR. No me asombraré de verle á usted entrar con otra cantidad de dinero... Dios lo manda, Dios lo recibe... *(Alza la voz.)* ¡Electra por la puerta de la izquierda. Al ver á su tía, no se atreve á pasar. Arrancase al fin, tratando de cabullirse. Evarista la ve y la detiene.) ¡Ah, pícaro! ¿no te has vestido? ¿Dónde estabas?
- ELEC. En el cuarto de la plancha. Fui á que Patros me cambiara un peto...
- EVAR. ¡Y te estás con esa calma! *(Observando que en uno de los bolsillos del delantal de Electra asoma una carta.)* ¿Tienes aquí? *(La coge.)*
- ELEC. Una carta.
- CUESTA ¡Cosas de chicos!
- EVAR. No puede usted figurarse, amigo Cuesta, lo incomprensible que me tiene esta niña con sus chiquilladas, que nosotros tan inocentes, no. *(Da la carta á su marido.)* Lee tú.
- CUESTA Veamos.
- D. URB. *(Lee.)* «Señorita: Tengo para mí que en su rostro hay un cero...»
- EVAR. *(Burlándose.)* ¡Qué bonito! *(Electra contiene difícilmente la risa.)*
- D. URB. «Que en su rostro hechicero ha escrito el Supremo Poderoso el problema del... del...» *(Sin entender la palabra siguiente.)*
- ELEC. *(Apuntando.)* «Del cosmos.»
- D. URB. Eso es: «del cosmos, simbolizando en su luminosa claridad, en su boca divina, el poderoso agente físico que...»
- EVAR. *(Arrebatando la carta.)* ¡Qué indecorosas necesidades!
- D. URB. *(Descubriendo otra carta en el otro bolsillo.)* Pues hay otra. *(La coge.)*

ESTA ¡A ver, á ver esa?

AR. Hija, tu cuerpo es un buzón.

ESTA (*Leyendo.*) «Despiadada Electra, ¿con qué palabras expresare mi desesperación, mi locura, mi frenesi...?»

AR. Basta... Eso ya no es inocente. (*Incomodada, registrando le los bolsillos.*) Apostaría que hay más.

ESTA Evarista, indulgencia.

EC. Tía, no se enfade usted...

AR. ¡Que no me enfade! Ya te arreglaré, ya. Corre á vestirtirte.

URB. (*Mirando su reloj.*) Casi es la hora.

EC. En un instante estoy...

AR. Anda, anda. (*Gozosa de verse libre, corre Electra a su habitación.*)

## ESCENA XII

CUESTA, DON URBANO, EVARISTA, PANTOJA

AR. (*Con tristeza y desaliento.*) Ya ve usted, Leonardo...

ESTA La tranquilidad con que se ha dejado sorprender sus secretos revela que hay en todo ello poca ó ninguna malicia.

AR. ¡Ay! no opino lo mismo, no, no....

T. (*Por el foro algo sofocado.*) Aquí están....y también Cuesta, para que no pueda uno hablar con libertad....

AR. (*Gozosa de verla.*) Al fin parece usted.... (*Se forman dos grupos: a la izquierda, Cuesta sentado, Don Urbano en pie; a la derecha, Pantoja y Evarista sentados.*)

T. Vengo á contar á usted cosas de la mayor gravedad.

AR. (*Asustada.*) ¡Ay de mí! Sea lo que Dios quiera.

T. (*Repitiendo la frase con reservas.*) Sea lo que Dios quiera... si.... Pero queramos lo que quiere Dios, y apliquemos nuestra voluntad á producir el bien, cueste lo que cueste.

AR. La energia de usted fortifica mi ánimo.... Bueno.... ¿y qué....?

T. Hoy en casa de Requesens, han hablado de la chiquilla en los términos más desvergonzados. Contaban que acosada indecorosamente del enjambre de novios, se deleita recibiendo y mandando cartitas á todas horas del día.

- EVAR. Desgraciadamente, Salvador, las frivolidades de la son tales, que aun queriéndola tanto, no puedo su su defensa.
- PANT. (*Angustiado.*) Pues oiga usted más, y entérese de malicia humana no tiene limites: Anoche el Marquis Ronda, en la tertulia de su casa, delante de Virginia santa esposa, y de otras personas de grandisimo rango no cesaba de encomiar las gracias de Electra en nosotros tanto mundanos, repugnantes.
- EVAR. Tengamos paciencia, amigo mio....
- PANT. Paciencia....si, paciencia; virtud que vale muy no se avalora con la resolución. Determinémonos de la ga del alma, á poner á Electra donde no vea ejemplo de liviandad, ni oiga ninguna palabra con dejos maliciosos.
- EVAR. Donde respire el ambiente de la virtud austera....
- PANTOJA Donde no la trastorne el zumbido de los venenosos tendientes sin pudor... En la critica edad de la formación del carácter, debemos preservarla del peligro, señora, del inmenso peligro..
- EVAR. ¿Cuál es?
- PANTOJA El hombre. No hay nada más malo que el hombre... cuando no es bueno. Lo sé por mi mismo, he sido mi propio maestro. Mi desvario, de que carece la gracia de Dios, y después mi triste convalecencia enseñaron la medicina de las almas... Déjeme, usted... Yo salvaré á la niña... (*Le interrumpe Don Urbano, que pasa al grupo de la derecha*)
- D. URB. (*Dando interés á sus palabras.*) ¿Saben lo que me ha pasado? Cuesta? Pues que entre la cáfila de novios hay uno que me ha ferido. Electra misma se lo ha confesado.
- EVAR. ¿Y quién es? (*Pasa de la derecha á la izquierda, que pasa á la derecha Pantoja y Urbano.*)
- D. URB. (*A Pantoja.*) Este podria cambiar los términos del problema.
- PANTOJA (*Malhumorado.*) ¿Pero esa preferencia qué significa? un afecto puro, ó una pasioncilla inmoderada, febril? éstas que son el sintoma más grave de la locura del siglo? (*Muy excitado, alzando el tono.*) Porque yo no quiero saberlo, Urbano, hay que saberlo.
- D. URB. Lo sabremos...
- PANTOJA (*Pasando junto á Cuesta.*) Y usted, amigo Cuesta, ¿la interrogó?...
- EVAR. (*En el centro á Don Urbano.*) Tú procura enterarte...

- de la UESTA. (*Algo molesto ya, contestando á Pantoja.*) Parece que  
edo s despliegan ustedes un celo extremado y contraprodu-  
cente.  
e de ANTOJA (*Con suavidad que no oculta su altanería.*) El celo mío,  
Marqu queridísimo Leonardo, es lo que debe ser.  
Virgil UESTA (*Un poco herido.*) Yo, como amigo de familia, crei...  
no re ANTOJA (*Llevándose á Don Urbano hacia la derecha.*) Cuesta se  
en l mete demasiado en lo que no le importa.  
UESTA (*A Evarista, sin cuidarse de que le oiga Pantoja.*) Nuestro  
nuy l buen Pantoja se introduce con demasiada libertad en el  
ionos VAR. (*Sin saber qué explicación darle.*) Es que..\* como amigo  
jemp nuestro muy antiguo y leal..  
malic UESTA Yo también lo soy.  
t.... URB. (*Mirando al foro.*) Ya está aquí el Marqués.  
enos  
de l  
del

### ESCENA XIII

Los mismos; el Marqués.

- hom  
i mis  
e cu  
ecen  
me, VAR.  
de D  
ie m  
ay t  
a, q  
rmin  
gnifi  
a, fel  
loc  
ue h  
Cues  
erari
- ARQ. ¡Cuánto bueno por aquí!  
ANTOJA (*Aparte.*) ¡Cuánto malo llega!  
ARQ. (*Después de saludar á Evarista.*) ¿Y Electra?  
VAR. Enseguida saldrá.  
ARQ. (*Saludando á todos.*) No nos sobra tiempo.  
URB. Es la hora. (*Pantoja, impaciente, espera á Electra en la  
puerta del cuarto de ésta. Cuesta habla con Don Ur-  
bano.*)

### ESCENA XIV

Los mismo; ELECTRA

- ANTOJA (*Con alegría anunciándola.*) Ya está aquí. (*Entra Electra  
por la derecha, vestida con elegantísima sencillez y dis-  
tinción.*)  
ARQ. (*Gozoso y encomiástico.*) ¡Oh, qué elegantel  
LECT. (*Satisfecha, volviéndose para que la vean por todos lados.*)  
Caballeros, ¿qué tal?

CUESTA ¡Divina!  
MARQ. ¡Ideall  
EVAR. Muy bien, hija...  
PANTOJA (*Displicente por los elogios que tributan á Electra.*)  
vamos? (*Prepáranse á salir.*)

ESCENA XV.

Los mismos; BALBINA, que interrumpe bruscamente la escena entrando por la izquierda presurosa y sofocada.

BALB. ¡Señora, señora! (*Alarma general.*)  
          TODOS (*menos Electra.*)  
          ¿Qué?  
BALB. ¡Ay, lo que ha hecho la señorita!  
ELECT. (*Aparte, dando una patadita.*) Me han descubierto.  
BALB. ¡Jesús, Jesús!... ¡Qué diabluras se le ocurren..! (*Rita*)  
          ¡Vaya que...! En el nombre del Padre...  
EVAR. (*Impaciente.*) Acaba...  
ELECT. Confesaré si me dejan. Ha sido que...  
BALB. Fué á casa de Don Máximo, y le robó... porque ha  
          como un robo... muy salado, eso sí.  
D. ÚRB. ¿Pero qué?...  
BALB. El niño chiquitin. (*Miran todos á Electra, que pronto*  
          *repone del susto, y adopta una actitud severa y grave.*)  
EVAR. ¡Pero, hija...!  
PANT. ¡Niña, niña!  
BALB. Estaba en su casa dormidito. Entraron de puntilla  
          señorita y esa loca de Patros... cargaron con él, y acá  
          le han traído.  
EVAR. Es absurdo.  
PANT. (*Disimulando su irritación*) Además, poco decente.  
ELEC. (*Con efusión*) ¡Tía, le quiero tanto...! ¡y el á mil  
MARQ. (*Entusiasmado.*) ¡Qué chiquilla!  
CUESTA Merece indulgencia.  
EVAR. Máximo estará furioso....  
BALB. José corrió á enterarse. Pronto sabremos...  
D. ÚRB. ¿Y el crío, dónde está?  
BALB. En el cuarto de Patros le escondió la señorita con el  
          pósito de llevárselo por la noche á su cuarto, y ten

consigo. (*Risas de los caballeros, menos Pantoja, que frunce el ceño.*) Despertó el chiquillo hace poco, y Patros le dió un bizcocho para que se entretuviera... Yo que lo oigo... acudo allá, y me le veo... ¡Virgen...! Quiero cogerle, él no se deja... tengo que darle azotes...

ELEC. (*Corriendo hacia la izquierda con instintivo impulso.*) ¡Alma mía!

PANT. (*Quiere detenerla.*) No.

EVAR. (*La coge por un brazo.*) Aguarda.

BALB. (*En la puerta de la izquierda.*) Desde aquí se oyen sus chillidos.

ELEC. ¡Pobrecito mío!

escen. EVAR. Que le lleven á su casa.

ELEC. Nadie le toque... Es mío. (*Forcejeando se desprende de Evarista y Pantoja, que quieren sujetarla, y con veloz carrera se vapor la izquierda.*)

### ESCENA XVI

Los mismos; JOSÉ

PANT. (*Airado, retirándose á la derecha.*) Qué falta de juicio, de dignidad!

JOSÉ. (*Presuroso, por el jardín.*) Señora...

EVAR. ¿Qué dice Máximo?

JOSÉ. No sabía nada. Está con unos señores... Cuando se lo conté se echó á reír... Pues tan tranquilo... Dice que la señorita cuidará de la criatura.

D. URB. ¡Vaya una calma!

EVAR. (*A José.*) Vas á llevarle á su casa. Así aprender esa tontuela...

MARQ. Voto porque se le deje disfrutar de un juguete tan lindo.

### ESCENA XVII

Los mismos, ELECTRA, por la izquierda con el niño en los brazos. El niño es de dos años, poco más ó menos

ELEC. ¡Hijo de mi alma!

EVAR. Niña, por Dios, déjale y vámonos.

- D. URB. (*Dando prisa.*) Que llegamos tarde.  
CUESTA (*Al Marqués.*) Es un rasgo de maternidad. Yo lo aplaudo.  
MARQ. Y yo lo tengo por divino.  
EVAR. (*Queriendo quitarle el niño.*) Vamos mujer.  
ELEC. (*Con paso muy ligero se aparta de los que quieren quitar el chiquillo. Este se agarra al cuello de Electra.*) No, no, no puedo dejarlo, no, no.  
EVAR. Cógelo, Balbina.  
ELEC. No... que no. (*Pasa de un lado a otro, buscando refugio.*)  
D. URB. Dámele á mi.  
ELEC. No.  
PANT. (*Imperioso, a José*) Usted, recójale.  
ELEC. Que no... Es mio.  
EVAR. ¡Pero, hija, que tenemos que irnos...!  
ELEC. Váyanse. (*Le molesta el sombrero, que tropieza en la frente del niño, al besarle; con rapido movimiento se lo quita y lo arroja lejos. Sigue paseando al niño, huyendo de los que quieren quitárselo.*)  
EVAR. Basta ya. ¿Vienes ó no?  
ELEC. (*Sin hacer caso, hablando con el pequeñuelo, que le hecha los brazos al cuello y la besa.*) Amor mio, duérmete. No temas, hijo... No te suelto.  
EVAR. ¿Pero vamos ó no?  
ELEC. Yo no voy... ¿Tienes hambre, sol mio? ¿tienes sed? Ve cómo á mi se agarra el pobrecito pidiéndome que no abandone. ¡Egoistas! ¿No sabeis que no tiene madre?  
PANT. Pero alguien tendrá que le cuide....  
EVAR. (*Imperiosa, a los criados.*) Ea, basta. Llévadle pronto su casa.  
ELEC. (*Con resolución, sin dejarse quitar el chiquillo.*) ¡A casa, casa! (*Con paso decidido y sin mirar a nadie, corre hacia el jardín, y sale. Todos la miran suspensos, sin atreverse a dar un paso hacia ella.*)  
PANT. ¡Qué escándalo!  
EVAR. ¡Qué falta de sentido!  
MARQ. (*Aparte.*) Sentido le sobra. Ha encontrado su camino.

FIN DEL SEGUNDO ACTO



## ACTO TERCERO

---

Laboratorio de Máximo. Al fondo, ocupando gran parte del muro, rompimiento con un mamparo de madera en la parte inferior, de cristales en la parte superior, el cual separa la escena de un local grande en que hay aparatos para producir energía eléctrica. La puerta practicable en el zócalo de este mamparo comunica con la calle.

A la derecha, primer término, un pasadizo que comunica con el jardín de García Yuste. En último término, una puerta que comunica con las habitaciones privadas de Máximo y con la cocina. Entre la puerta y pasadizo un estante de libros.

A la izquierda, puerta que conduce á la estancia donde trabajan los ayudantes. Junto á dicha puerta, un estante con aparatos de física y objetos de uso científico.

En el fondo, á los lados del rompimiento y en el zócalo de madera, estanterías con frascos de substancias diversas, y libros. En el ángulo de la derecha un aparador pequeño.

A la izquierda de la escena, la mesa del laboratorio con los objetos que en el diálogo se indican. Formando ángulo con ella, la balanza de precisión en un soporte de fábrica.

En el centro, una mesa pequeña para comer. Cuatro sillas.

ESCENA PRIMERA

MÁXIMO, trabajando en un cálculo, con gran atención en su tarea.  
ELECTRA en pie ordenando los múltiples objetos que hay sobre la mesa: libros, cápsulas, tubos de ensayo, etc. Viste con sencillez casera y lleva delantal blanco.

MAX. Para mi, Electra, la doble historia que me has contado esa supuesta potestad de dos caballeros, es un hecho que carece de valor positivo (*Sin levantar la vista del papel.*

ELEC. (*Suspirando*) Dios te oiga.

MAX. Todo se reduce á dos paternidades platónicas sin ningún efecto legal.... hasta ahora. Lo peor del caso es la autoridad que quiere tomarse el señor de Pantoja.

ELEC. Autoridad que me abruma, que no me deja respirar. Yo te suplico que no hablemos de ese asunto. Se me amarga la alegría que siento en esta casa.

MAX. ¿De veras?

ELEC. Sí. Y hay más: me pongo en ese estado singularísimo de mi cabeza y de mis nervios, que.... Ya te conté que en ciertas ocasiones de mi vida se apodera de mi un deseo intenso de ver la imagen de mi pobre madre como la veía en mi niñez.... Pues en cuanto arrecia la tiranía de Pantoja, ese anhelo me llena toda el alma, y con él siento la turbación nerviosa y mental que me anuncia....

MAX. ¿La visión de tu madre? Chiquilla, eso no es propio de un espíritu fuerte. Aprende á dominar tu imaginación.... Ea, á trabajar. El ocio es el primer perturbador de nuestra mente.

ELEC. (*Muy animada.*) Sigo lo que me habías encargado. (*Coge unos frascos de substancias minerales, y los lleva a uno de los estantes.*) Esto á su sitio.... Así no pienso en el furor de mi tía cuando sepa....

MAX. (*Atento a su trabajo.*) ¡Contenta se pondrá! Como si no fuera bastante la locura de ayer, cuando te llevaste al chiquillo, y al devolvérmelo te estuviste aquí más de lo regular, hoy, para enmendarla, te has venido á mi casa, y aquí te estás tan fresca. Da gracias á Dios por la ausencia de nuestros tíos. Invitados por los de Requenses

al reparto de premios y al almuerzo en Santa Clara, ignoran el saltito que ha dado la muñeca de su casa á la mía.

ELEC. Tú me aconsejaste que me insubordinara.

MAX. Si tal: yo he sido el instigador de tu delito, y no me pesa.

ELEC. Mi conciencia me dice que en esto no hay nada malo.

MAX. Estás en la casa y en la compañía de un hombre de bien.

ELEC. *(Siempre en su trabajo, hablando sin abandonar la ocupación.)* Cierto. Y digo más: estando tú abrumado de trabajo, solo, sin servidumbre, y no teniendo yo nada que hacer, es muy natural....

MAX. Que vengas á cuidar de mí y de mis hijos.... Si eso no es lógica, digamos que la lógica ha desaparecido del mundo.

ELEC. ¡Pobrecitos niños! Todo el mundo sabe que les adoro: son mi pasión, mi debilidad.... *(Maximo, abstraído en una operación, no se entera de lo que ella dice.)* Y hasta me parece.... *(Se acerca a la mesa llevando unos libros que estaban fuera de su sitio.)*

MAX. *(Saliendo de su abstracción.)* ¿Qué?

ELEC. Que su madre no les quería más que yo.

MAX. *(Satisfecho del resultado de un calculo, lee en voz alta una cifra.)* Cero, trescientos diez y ocho... Hazme el favor de alcanzarme las *Tablas de resistencias*... aquel libro rojo....

ELEC. *(Corriendo al estante de la derecha)* ¿Es esto?

MAX. Más arriba.

ELEC. Ya, ya... ¡qué tonta! *(Cogiendo el libro, se le lleva.)*

MAX. Es maravilloso que en tan poco tiempo conozcas mis libros y el lugar que ocupan.

ELEC. No dirás que no le he puesto muy arregladito.

MAX. ¡Gracias á Dios que veo en mi estudio la limpieza y el orden!

ELEC. *(Muy satisfecha)* ¿Verdad, Máximo, que no soy absolutamente, absolutamente inútil?

MAX. *(Mirandola fijamente.)* Nada existe en la creación que no sirva para algo. ¿Quién te dice á ti que no te crió Dios para grandes fines? ¿Quién te dice que no eres tú....?

ELEC. *(Ansiosa.)* ¿Qué?

MAX. ¿Un alma grande, hermosa, nobilísima, que aún está medio ahogada.... entre el serrín y la estopa de una muñeca?

- ELEC. (*Muy gozosa.* ¡Ay, Dios mío, si yo fuera eso....! (*Max. no se levanta, y en el estante de la izquierda coge una barras de metal y las examina.*) No me lo digas, que me vuelvo loca de alegría.... ¿Puedo cantar ahora?
- MAX. Si, Chiquilla, si (*Tarareando. Electra repite el andante de una sonata.*) La buena música es como espuela de las ideas perezosas que no afluyen fácilmente; es también como el gancho que saca las que están muy agarradas al fondo del magin.... Canta, hija, canta. (*Continúa atento a su ocupación.*)
- ELEC. (*En el estante del foro.*) Sigo arreglando esto. Los meta- loides van á este lado. Bien los conozco por el color de las etiquetas.... ¡Cómo me entretiene este trabajito! Aquí me estaría todo el santo día...
- MAX. (*Jovial.*) ¡Eh, compañera!
- ELEC. (*Corriendo a su lado.*) ¿Qué manda el *Magico prodigioso*?
- MAX. No mando todavía: suplico. (*Coge un frasco que contiene un metal en limaduras ó virutas.*) Pues la jugue- tona Electra quiere trabajar á mi lado, me hará el favor de pesarme treinta gramos de este metal.
- ELEC. ¡Oh, si....!
- MAX. Ayer aprendiste á pesar en la balanza de precisión.
- ELEC. (*Gozosa, preparándose.*) Si, si... dame, dejame. (*Al verte el metal en la capsula, admira su belleza.*) ¡Que bonito! ¿Qué es esto?
- MAX. Aluminio. Se parece á ti. Pesa poco...
- ELEC. ¿Qué peso poco?
- MAX. Pero es muy tenaz. (*Mirándole el rostro.*) ¿Eres tú muy tenaz?
- ELEC. En algunas cosas, que me reservo, soy tenaz hasta la barbarie, y creo que, llegado el caso, lo sería hasta el martirio. (*Sigue pesando sin interrumpir la operación.*)
- MAX. ¿Qué cosas son esas?
- ELEC. A ti no te importan.
- MAX. (*Atendiendo al trabajo.*) Mejor.... En seguidita me pesa setenta gramos de cobre. (*Presentándole otro frasco.*)
- ELEC. El cobre serás tú....No, no, que es muy feo.
- MAX. Pero muy útil.
- ELEC. No, no: compárate con el oro, que es el que vale más.
- MAX. Vaya, vaya, no juguemos. Me contagias, Electra; me desmoralizas....
- ELEC. Déjame que me recree con las cualidades de este metal bonito, que es mi semejante. ¡Soy tenaz...no me rompo....! Pues bien, puedes decirselo á Evarista y á Urbano.

- que en el sermón que me echaron hoy dijéronme como unas cuarenta veces que soy... frágil.... ¡Frágil, chico!
- MAX. No saben lo que dicen
- ELEC. Claro: ¡qué saben ellos..!
- MAX. Cuidado, Electra: con la conversación no te me equivoques en el peso.
- ELEC. ¡Equivocarme yo! ¡Que tonto! Tengo yo mucho tino, más de lo que tú crees.
- MAX. Ya, ya lo voy viendo. (*Dirigese a uno de los estantes en busca de un crisol*). Pues tu tia se enojará de veras, y nos costará mucho trabajo convencerla de tu inocencia.
- ELEC. Dios, que ve los corazones, sabe que en esto no hay ningún mal. ¿Por qué no han de permitirme que esté aquí todo el día, cuidándote, ayudándote...?
- MAX. (*Volviendo con el crisol que ha elegido*). Porque eres una señorita, y las señoritas no pueden permanecer solas en la casa de un hombre por muy decente y honrado que éste sea.
- ELEC. ¡Pues estamos divertidas, como hay Dios, las pobres señoritas! (*Terminando el peso, presenta las dos porciones de metal en capsulas de porcelana*) Ea, ya está.
- MAX. (*Coge las capsulas*) ¡Y qué bien! ¡Qué primor, qué limpieza de manos...! ¡Qué pulso, chiquilla, y qué serenidad en la atención para no embarullar el trabajo! Estás atinadísima.
- ELEC. Y sobre todo, contenta. Cuando hay alegría todo se hace bien.
- MAX. Verdad, clarísima verdad. (*Vierte los dos cuerpos en el crisol*).
- ELEC. ¿Eso es un crisol?
- MAX. Sí, para fundir estos dos metales.
- ELEC. Nos fundimos tú y yo... Nos peharemos en medio del fuego, y... (*Tararea la sonata*).
- MAX. Hazme el favor de llamar á Mariano.
- ELEC. (*Corriendo á la puerta de la izquierda*) ¡Mariano!
- MAX. Que venga también Gil.
- ELEC. Gil... pronto... Que os llama el maestro. (*Dándoles prisa*). Vamos...

ESCENA II

ELECTRA, MÁXIMO, MARIANO, GIL: el primero vestido de operario, con blusa; el segundo con traje usual, manguitos y la pluma en la oreja.

- GIL. (*Mostrándole un cálculo*). Este es el valor obtenido.  
MAX. (*Lee rápidamente la cifra*) 0,158,073... Está equivocado. (*Seguro de lo que dice y con cierta severidad*). No es posible que pa ra un iámetro de cable menor de cuatro milímetros obtengamos un circuito mayor, según tu cálculo. La verdadera distancia debe ser inferior á doscientos kilómetros.
- GIL. Pues no sé... Señor, yo... (*Confuso*)  
MAX. Está mal. Sin duda te has distraído.  
ELEC. No ponéis la atención debida... una atención serena...  
MAX. Es que mientras hacéis los cálculos, estáis pensando en las musarañas.  
ELEC. (*Riéndole*). Y hablando de toros, de teatros, de mil tonterias. Asi sale ello.
- GIL. Rectificaré las operaciones.  
MAX. Mucho tino, Gil.  
ELEC. Y sobre todo mucha paciencia, aplicando los cinco sentidos... De otro modo, no adelantamos nada.
- GIL. Voy...  
ELEC. Y pronto... No descuidarse... ¡Vaya! (*Vase Gil*).  
MAX. (*A Mariano, entregándole los metales unidos*). Aquí tienes  
MAR. Para fundir...  
MAX. ¿Habéis preparado el horno?  
MAR. Sí, señor.  
MAX. Ponto inmediatamente, y en cuanto esté en punto de fusión, me avisas. Con esta aleación haremos un nuevo ensayo de conductibilidad... Espero llegar á los doscientos kilómetros con pérdidas escasisima.
- MAR. ¿Haremos el ensayo esta tarde?  
MAX. (*Atormentado de una idea fija*). Si... No abandono este problema. (*A Electra*). Es mi idea fija, que no me deja vivir.  
ELEC. Idea fija tengo yo también, y por ella vivo ¡Adelante con ellal  
MAX. (*A Electra*) Adelante. (*A Mariano*) Adelante siempre.

- MAR. ¿Manda usted otra cosa?  
MAX. Que active la fusión.  
ELEC. Que active usted la fusión, Mariano... que queden los metales bien juntitos.
- MAR. Los dos en uno, señorita..., (*Vase Mariano llevándose el metal*).
- ELEC. Dos en uno.  
MAX. (*Como preparándole otra ocupación*). Ahora, mi graciosa discipula...
- ELEC. Perdone usted, señor *mágico*. Tengo que ver si han despertado los niños.  
MAX. Es verdad ¿Cuánto hace que comieron?  
ELEC. Tres cuartos de hora. Deben dormir media hora más. ¿Está bien dispuesto así?  
MAX. Si, hija mía. Todo lo que tú determinas, está muy bien.  
ELEC. ¡Tú mira lo que dices...!  
MAX. Sé lo que digo.  
ELEC. Que está bien todo lo que yo determino.  
MAX. (*Mirándola cariñoso*). Todo, Todo...  
ELEC. Que conste... Ea, voy y vuelvo volando. (*Con suma ligereza, cantando, se va por la puerta de la derecha, hacia el interior de la casa. A punto que ella sale entra el Operario por el fondo*).

### ESCENA III

MAXIMO, el OPERARIO

- MAX. ¡Qué hay!  
OPER. Señor, hoy ha vuelto ese caballero... el señor Marqués de Ronda.  
MAX. ¿Y como no ha pasado?  
OPER. Me preguntó si podría ver á usted.. Responidle que tenia visita... Y él, así como si fuera de casa, sin picardia dijo: «Ya sé... la señorita Electra. No me parece bien pasar ahora...» Y se fué.  
MAX. (*Vivamente*). Lo siento. ¿Por qué no le anunciaste? ¡Pero qué tonto!  
OPER. Dijo que volveria.  
MAX. Pues si vuelve, aunque esté aqui la señorita Electra, y mejor aún si está, le dejas paso franco.  
OPER. Bien, señor. (*Se va por el fondo*).

ESCENA IV

MAXIMO, ELECTRA

- ELEC. (*Volviendo de lo interior.*) Dormiditos están como unos ángeles. Allá les dejo media hora más reponiendo en el sueño sus cuerpecitos fatigados.
- MAX. Hija, debemos mirar por nuestros cuerpecitos...ó nuestros corpachones. ¿Comemos?
- ELEC. Cuando quieras. Todo lo tengo pronto. (*Dirigese al aparador donde tiene la vajilla, cubiertos, mantel y servilletas, frutero.*)
- MAX. Eso me gusta. Todo á punto. Así se llega siempre á donde se quiere ir.
- ELEC. (*Extiende el mantel*) De eso trato... Pero con todo mi tino no llegaré, ¡ay!
- MAX. Déjame que te ayude á poner la mesa. (*Electra le va dando platos y cubiertos, el vino el pan.*) Si llegarás....
- ELEC. ¿Lo crees tú?
- MAX. Tan cierto como.... como que tengo un hambre de cincuenta caballos.
- ELEC. Me alegro. Ahora falta que te guste la comida que te han hecho estas pobres manos.
- MAX. Traela y veremos.
- ELEC. Al instante. (*Corre al interior de la casa.*)

ESCENA V

MÁXIMO, GIL

- MAX. ¡Singular caso! Cada palabra, cada gesto, cada acción de esta preciosa mujercita, en la libertad de que goza, son otros tantos resplandores que arroja su alma inquieta, noblemente ambiciosa, ávida de mostrarse en los afectos grandes y en las virtudes superiores. (*Con ardor.*) ¡Bendita sea ella que trae la alegría, la luz, á este escondrijo de la

ciencia, triste, obscuro, y con sus gracias hace de esta aridez un paraíso! ¡Bendita ella que ha venido á sacar de su abstracción á este pobre Pausto, envejecido á los treinta y cinco años, y á decirle: «no se vive sólo de verdades...» (*Le interrumpe Gil que ha entrado poco antes; se acerca sin ser visto.*)

GIL (*Satisfecho mostrando el cálculo.*) Ya está. Creo haber obtenido la cifra exacta.

MAX (*Coge el papel y lo mira vagamente sin fijarse.*) ¡La exactitud!... ¿Pero crees tú que se vive sólo de verdades?... Saturada de ellas, el alma apetece el ensueño, corre hacia el sin saber si va de lo cierto á lo mentiroso, ó del error á la realidad. (*Lee maquinalmente sin hacerse cargo.*) 0,318.73... Mirándolo bien, Gil, nuestras equivocaciones en el cálculo son disculpables.

GIL Sí, señor... se distrae uno fácilmente pensando en...

MAX. En cosas vagas, indeterminadas, risueñas, y los números se escapan, se van por los aires...

GIL Y cualquiera los coge. Distráido yo, confundí la cifra de la potencial con la de resistencia... Pero ya rectifiqué. Dígame si está bien...

MAX. (*Lee.*) 0,318.73... (*Con repentina transición á un gozo expansivo.*) Y si no lo estuviera, Gil; si por refrescar tu mente con ideas dulces, con imágenes sonrosadas, poéticas, te hubieras equivocado, ¿qué importaba? Nuestra maestra, nuestra tirana, la exactitud, nos lo perdonaría.

GIL ¡Ah! señor, esa no perdona. Es muy severa. Nos agobia, nos esclaviza, no nos deja respirar.

MAX. Hoy no; hoy es indulgente. La maestra, de ordinario tan adusta, hoy nos sonríe con rostro placentero. ¿Ves esa cifra?

GIL (*Diciéndola de memoria muy satisfecho.*) 0.318.73.

MAX. Pues dí que los primeros poetas del mundo, Homero y Virgilio, Dante, Lope, Calderón, no escribieron jamás una *estrofa* tan inspirada y poética como lo es para mí, esos pobres números... Verdad que la armonía, el encanto poético no están en ellos: están en... Vete... Puedes irte á comer.: Déjame, déjanos. (*Le empuja para que se vaya.*) No me conozco: yo también confundo... Lucido estoy con esta inquietud, con esta pérdida de mi serenidad... Es ella la que... (*Desde el punto conveniente de la escena mira al interior.*) Allí está la imaginación, allí el ideal, allí la divina muñeca, entre pucheros... (*Vuelve al proscenio.*) ¡Oh! Electra, tú, juguetona y risueña, ¡cuán

llena de vida y de esperanzas, y la ciencia qué yerta,  
qué solitaria, qué vacía!

ESCENA VI

MAXIMO, ELECTRA

- ELEC. (*Entrando con una cazuela humeante.*) Aquí está lo bueno.  
MAX. ¿A ver, á ver que has hecho? ¡Arroz con menudillos! La traza es superior. (*Se sienta.*)  
ELEC. Elógialo por adelantado, que está muy bien.... Verás. (*Se sienta.*)  
MAX. Se me ha metido en mi casa un angelito cocinero....  
ELEC. Llámame lo que quieras, Máximo; pero ángel no me llames.  
MAX. Ángel de cocina.... (*Rien ambos.*)  
ELEC. Ni eso. (*Haciéndole el plato.*) Te sirvo.  
MAX. No tanto.  
ELEC. Mira que no hay más. He creído que en estos apuros, vale más una sola cosa buena que muchas medianas. (*Empiezan á comer.*)  
MAX. Acertadísimo.... ¿Sabes de qué me río? ¡Si ahora viniera Evarista y nos viera, comiendo, así, solos...!  
ELEC. ¡Y cuando supiera que la comida está hecha por mí!....  
MAX. Chica, ¿sabes que este arroz está muy bien, pero muy bien hecho...?  
ELEC. En Hendaya, una señora valenciana fué mi maestra: me dió un verdadero curso de arroces. Sé hacer lo menos siete clases, todas riquísimas.  
MAX. Vaya, chiquilla, eres un mundo que se descubre...  
ELEC. ¿Y quién es mi Colón?  
MAX. No hay Colón. Digo que eres un mundo que se descubre solo....  
ELEC. (*Riendo.*) Pues por ser yo un mundito chiquito, que se cree digno de que lo descubran, ¡pobre de mí! determinarán hacerme monja, para preservarme de los peligros que amenazan á la inocencia.  
MAX. (*Después de probar el vino, mira la etiqueta.*) Vamos, que no has traído mal vino.  
ELEC. En tu magnífica bodega, que es como una biblioteca de riquísimos vinos, he escogido el mejor Burdeos, y un Jerez superior.

- MAX. Muy bien. No es tonta la bibliotecaria.  
 ELEC. Pues sí. Ya sé lo que me espera: la soledad de un convento....
- MAX. Me temo que sí. De ésta no escapas.  
 ELEC. (*Asustada.*) ¿Cómo?  
 MAX. (*Rectificándose.*) Digo; sí: te escapas.... te salvaré yo....  
 ELEC. Me has prometido ampararme.  
 MAX. Si, sí... Pues no faltaba más....  
 ELEC. (*Con gran interés.*) Y ¿qué piensas hacer? dimelo...  
 MAX. Ya verás....la cosa es grave....  
 ELEC. Hablas con la tía.... y.... ¿qué más?  
 MAX. Pues.... hablo con la tía....  
 ELEC. ¿Y qué le dices, hombre?  
 MAX. Hablo con el tío....
- ELEC. (*Impaciente.*) Bueno: supongamos que has hablado ya con todos los tíos del mundo.... Después....  
 MAX. No te importe el procedimiento. Ten por seguro que te tomaré bajo mi amparo, y una vez que te ponga en lugar honrado y seguro, procederé al exámen y selección de novios. De esto quiero hablar contigo ahora mismo.  
 ELEC. ¿Me reñirás?  
 MAX. No: ya me has dicho que te hastía el juego de muñecos vivos, ó llámanse novios.
- ELEC. Buscaba en ello la medicina de mi aburrimiento, y á cada toma me aburría más....  
 MAX. ¿Ninguno ha despertado en tí un sentimiento.... distinto de las burlas?  
 ELEC. Ninguno.  
 MAX. ¿Todos se te han manifestado por escrito?  
 ELEC. Algunos... por el lenguaje de los ojos, que no siempre sabemos interpretar. Por eso no los cuento.
- MAX. Si: hay que incluirlos á todos en el catálogo, lo mismo á los que tiran de pluma que á los que foguean con miraditas. Y henos aquí frente al grave asunto que reclama mi opinión y mi consejo. Electra, debes casarte, y pronto.  
 ELEC. (*Bajando los ojos, vergonzosa.*) ¿Pronto?.... Por Dios, ¿qué prisa tengo?  
 MAX. Antes hoy que mañana. Necesitas á tu lado un hombre, un marido. Tienes alma, temple, instintos y virtudes matrimoniales. Pues bien: en la caterva de tus pretendientes, forzoso será que elija yo uno, el mejor, el que por sus cualidades sea digno de tí. Y el colmo de la felicidad será que mi elección coincida con tu preferen-

- cia, porque no adelantariamos nada, fijate bien, si no consiguiera yo llevarte á un matrimonio de amor.
- ELEC. (Con suma espontaneidad.) ¡Ay, sí!
- MAX. A la vida tranquila, ejemplar, fecunda, de un hogar dichoso....
- ELEC. ¡Ay, qué preciosidad! ¿Pero merezco yo eso?
- MAX. Yo creo que sí.... Pronto se ha de ver. (Concluyen de comer el arroz.)
- ELEC. ¿Quieres más?
- MAX. No, hija: gracias. He comido muy bien.
- ELEC. (Poniendo el frutero en la mesa.) De postre no te pongo más que fruta. Sé que te gusta mucho.
- MAX. (Cogiendo una hermosa manzana.) Sí, porque esto es la verdad. No se ve aquí mano del hombre... más que para cogerla.
- ELEC. Es la obra de Dios. ¡Hermosa, espléndida, sin ningún artificio!
- MAX. Dios hace estas maravillas para que el hombre las coja y se las coma.... Pero no todos tienen la dicha ó la suerte de pasar bajo el árbol... (Monda una manzana.)
- ELEC. Si pasan, si pasan.... pero algunos van tan abstraídos mirando al suelo, que no ven el hermoso fruto que les dice: «Cógeme, cómeme.» Y bastaría que por un momento se apartasen de sus afanes, y alzarán los ojos...
- MAX. (Contemplándola.) Como alzar los ojos, yo.... ya miro, ya....

## ESCENA VII

- ELECTRA, MAXIMO, MARIANO, por la izquierda
- MAR. Señor....
- MAX. ¿Qué?
- MAR. ¡Al rojo vivo!
- ELEC. ¡Ah, la fusión!
- MAX. Cuando esté al blanco incipiente, me avisas.
- MAR. (A punto de marcharse.) Está bien.
- MAX. Oye. Que nos preparen en la fábrica la batería Bunsen. Advierte que antes de dar luz necesito el dinamo grande para un ensayo.
- MAR. Bien. (Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

ELECTRA, MÁXIMO; después el OPERARIO

ELEC. (*Con tristeza.*) Pronto tendrás que ocuparte de la fusión, y yo...

MAX. Y tú... naturalmente, volverás á tu casa...

ELECT. (*Suspirando*) ¡Ay! no quiero pensar en la que se armará cuando yo entre...

MAX. Tú oyes, callas y esperas...

ELECT. ¡Esperar, esperar siempre! (*Concluyen de comer. Electra se levanta y retira platos.*) ¡Ay! si tú no miras por esta pobre huérfana, pienso que ha de ser muy desgraciada... ¡Es mucho cuento, Señor! Evarista y Pantoja empeñados en que yo he de ser ángel, y yo... vamos, que no me llama Dios por el camino angelical.

MAX. (*Que se ha levantado y parece dispuesto á proseguir sus trabajos.*) No temas. Confía en mí. Yo te reclamaré como protector tuyo, como maestro...

ELECT. (*Aproximándose á él suplicante.*) Pero no tardes. Por la salud de tus hijos, Máximo, no tardes. Oye lo que se me ocurre: ¿por qué no me tomas como á uno de tus niños, y me tienes como ellos y con ellos?

MAX. (*Con seriedad muy afectuoso.*) ¿Sabes que es una excelente idea? Hay que pensarlo... Dejame que lo piense.

OPER. (*Por el foro.*) El señor Marqués de Ronda.

ELECT. (*Asustada.*) ¡Oh! debo marcharme...

MAX. No, hija: si es nuestro amigo, nuestro mejor amigo... Ya verás... (*Al Operario.*) Que pase. (*Pase el Operario.*)

ELECT. Pensará tal vez....

MAX. No pensará nada malo. ¿Has hecho café?

ELECT. Iba á còlarlo ahora... un café riquísimo... Sé hacerlo á maravilla.

MAX. Tráelo.... Convidamos al Marqués.

ELECT. Bueno, bueno. Pues tú lo mandas... Voy por el café. (*Vase gozosa, con paso ligero.*)

ESCENA IX

MÁXIMO, el MARQUÉS, ELECTRA; al fin de la escena MARIANO

- MAX. Adelante, Marqués.  
MARQ. Ilustre, simpático amigo. (*Desconsolado, mirando á todos lados.*) ¿Y Electra?  
MAX. En la cocina.  
MARQ. ¡En la cocina!  
MAX. Volverá al instante. Hemos comido, y ahora tomaremos café.  
MARQ. ¡Han comido! (*Observando la mesa.*)  
MAX. Un arroz delicioso, hecho por ella.  
MARQ. ¡Bendita sea mil veces! (*Muy desconsolado.*) ¡Pero, hombre! ¡No haberme convidado! Vamos, no se lo perdono á usted.  
MAX. ¡Si esto ha sido una improvisación! ¿Por qué no pasó usted antes, cuando estubo en la fábrica...?  
MARQ. Es verdad... Mia es la culpa.  
MAX. Tomaremos café. Y perdone, querido Marqués, que le reciba y le obsequie en esta pobreza estudiantil.  
MARQ. Ya lo he dicho: no acabo de comprender que usted, hombre acaudalado, teniendo arriba tan magnificas habitaciones...  
MAX. Es muy sencillo... La ciencia y el hábito del estudio me recluyen en esta madriguera. He puesto á mis hijos en los aposentos bajos para tenerlos cerca de mí, y aqui vivo, como un ermitaño.  
MARQ. Sin acordarse de que es rico...  
MAX. Mi opulencia es la sencillez, mi lujo es la sobriedad, mi reposo el trabajo, y asi he de vivir mientras esté solo.  
MARQ. La soledad toca á su fin. Hay que determinarse. En fin, mi querido amigo, vengo, á prevenir á usted... (*Entra Electra con el café.*) ¡Oh, la encantadora divinidad casera!  
ELECT. (*Avanza cuidadosa con la bandeja en que trae el servicio, temiendo que se le caiga alguna pieza.*) Por Dios, Marqués, no me riña.  
MARQ. ¡Reñir yo!  
ELECT. Ni me haga reir. Temo hacer un destrozo. ¡Cuidado! (*El Marqués toma de sus manos la bandeja.*)  
MARQ. Aqui estoy yo para impedir cualquier catástrofe. (*Pone todo en la mesa.*) No tengo por qué reñir, hija mia: En

otra parte me asustaría esta libertad. En la morada de la honradez laboriosa, de la caballerosidad más exquisita, no me causa temor.

MAX. Gracias, señor Marqués. (*Les sirve el café.*)

MARQ. No lo aprecian del mismo modo los señores de enfrente... La noticia de lo que aquí pasa ha llegado al Asilo de Santa Clara, fundación de María Requesens. Confusión y alarma de los García Yuste. Allá está reunido todo el Cónclave.

ELECT. ¡Dios tenga piedad de mí!

MARQ. Hija mía, calma.

MAX. Tú déjate, déjanos á nosotros.

MARQ. Por mi parte, para todas las contingencias que pueda traer esta travesurilla, tienen ustedes en mí un amigo incondicional, un defensor valiente.

ELECT. (*Cariñosa.*) ¡Oh, Marqués que bueno es usted!

MAX. ¡Qué bueno!

ELECT. ¿Y qué tienen que decir de mi café?

MARQ. Que es digno de Júpiter, el papá de los Dioses. En el Olimpo no lo sirvieron nunca mejor. ¡Bendita las manos que lo han hecho! Conceda Dios á mi vejez el consuelo de repilir estas dulces sobremesas entre las dos personas... (*Muy cariñoso, tocando las manos de uno y otro*) entre los dos amigos que ahora me escuchan, me atienden y me agasajan.

ELECT. ¡Oh, qué hermosa esperanza!

MARQ. Me voy á permitir, querido Máximo, emplear con usted un signo de confianza. No lo lleve usted á mal... Mis canas me autorizan...

MAX. Lo adivino, Marqués.

MARQ. Desde este momento queda establecida la siguiente reforma... social. Le tuteo á usted, es decir, á ti.

MAX. Lo considero como una gran honra.

ELEC. ¿Y á mí por qué no?

MARQ. (*A Máximo.*) ¿Que te parece? ¿También á ella?...

MAXIMO. Sí, sí... bajo mi responsabilidad.

ELEC. (*Aplaudiendo.*) Bravo, bravo.

MARQ. (*Muy satisfecho.*) Bien, amigos míos; correspondo á Vuestra confianza participándoos que el Cónclave prepara contra vosotros resoluciones de una severidad inaudita.

ELEC. Dios mío, ¿por qué?

MARQ. Los señores de García Yuste, muy santos y muy buenos... Dios le conserve... se han lanzado á la navegación por lo infinito, y queriendo subir, subir muy alto,

- han arrojado el lastre, que es la lógica terrestre. (*Marqués hace signos de asentimiento.*)
- ELEC. No entiendo...
- MARQ. Ese lastre, ese plomo, la lógica terrestre, la lógica humana, lo recogemos nosotros.
- MAXIMO (*Riendo.*) Está bien, muy bien.
- ELEC. (*Aplaudiendo sin entenderlo.*) Lastre, plomo recogido... lógica humana.... Muy bien.
- MARQ. Dueños de esa fuerza, la santa lógica, es urgente que nos preparemos para desbaratar los planes del enemigo. Primera determinación nuestra: (*A Electra*) que vuelvas á tu casa.... No te asustes. No irás sola.
- ELEC. ¡Ay! respiro.
- MARQ. Iremos contigo los dos profesores de lógica terrestre que estamos aquí.
- ELEC. (*Gozosa.*) ¡Dios mío, qué felicidad! Yo entre los dos, conducida por la pareja de la Guardia civil.
- MAXIMO (*Al Marqués.*) ¿No le parece á usted que debemos ir al día, para que se vea con qué arrogancia desafían estos criminales la plena luz?
- MARQ. ¡Oh, no! Opino que vayamos después de anochecido para que se vea que nuestra honradez no teme la obscuridad.
- MAXIMO ¡Excelente idea! De noche.
- ELEC. De noche.
- MAR. (*Asomándose a la puerta de la izquierda.*) ¡Señor, al blanco incipiente!
- ELEC. (*Con alegría infantil.*) ¡La fusión! (*Dice esto con alegría inconsciente.*)
- MAXIMO (*A Mariano.*) No puedo ahora. Avisame en el punto de blanco resplandeciente. (*Vase Mariano.*)
- MARQ. (*Con solemnidad, tomando una copa.*) Permitidme, amigos del alma, que brinde por la feliz unión, por el perfecto himeneo de esos benditos metales.
- MAXIMO (*Con entusiasmo, alzando la copa.*) Brindo por nuestro primer metalúrgico, el noble Marqués de Ronda.
- ELEC. (*Con emoción muy viva, brindando.*) ¡Por el grande y cariñoso amigo! (*Aparece Pantoja por la derecha, viniendo del jardín. Permanece en la puerta contemplando con fruición la escena.*)

ESCENA X

MÁXIMO, ELECTRA, el MARQUÉS, PANTOJA

MARQ. ¡El enemigo!

ELEC. (*Aterrada.*) ¡Don Salvador! ¡El Señor sea conmigo!

MAXIMO Adelante, señor de Pantoja. (*Pantoja avanza silencioso, con lentitud.*) ¿A que debo el honor...?

PANT. Anticipándome á mis buenos amigos, Urbano y Evarista, que pronto volverán á su casa, aqui estoy dispuesto á cumplir el deber de ellos y el mio.

MAXIMO ¡El deber de ellos... usted...!

MARQ. Viene á sorprendernos, con aires de polizonte.

MAXIMO En nosotros ve sin duda criminales empedernidos.

PANT. No veo nada; no quiero ver más que á Electra, por quien vengo; á Electra que no debe estar aqui, y que ahora se retirará conmigo, y conmigo llorará su error. (*Coge la mano de Electra que está como insensible, inmovilizada por el miedo.*) Ven.

MAXIMO Perdone usted. (*Sereno y grave se acerca á Pantoja.*) Con todo el respeto que á usted debo, señor de Pantoja, le suplico que deje en libertad esa mano. Antes de cogerla debió usted hablar conmigo, que soy el dueño de esta casa, y el responsable de todo lo que en ella ocurre, de lo que usted ve... de lo que no quiere ver.

PANT. (*Después de una corta vacilación, suelta la mano de Electra.*) Bien: por el momento suelto la mano de la pobre criatura descarriada, ó traída aqui con engaño, y hablo contigo... á quien sólo quisiera decir muy pocas palabras: «Vengo por Electra. Dame lo que no es tuyo, lo que jamás será tuyo».

MAXIMO Electra es libre: ni yo la he traído aqui contra su voluntad, ni contra su voluntad sé la llevará usted.

MARQ. Que nos indique siquiera en qué funda su autoridad.

PANT. Yo no necesito decir á ustedes el fundamento de mi autoridad. A qué tomarme ese trabajo, si estoy seguro de que ella, la niña graciosa... y ciega, no ha de negarme la obediencia que le pido? Electra, hija del alma, ¿no basta una palabra mia, una mirada, para separarte de estos hombres y traerte á los brazos de quien ha cifrado en tí los amores más puros, de quien no vive ni quiere vivir más que para tí? (*Rígida y mirando al suelo, Electra calla.*)

MAXIMO No basta, no, esa palabra de usted.

MARQ. No parece convencida, señor mío.

MAXIMO Permitame usted que la interrogue yo. Electra, adora  
niña, responde: ¿tu corazón y tu conciencia te dicen que  
entre todos los hombres que conoces, los que aquí ves  
otros que no están presentes, sólo á ese sujeto respetable  
debes obediencia y amor?

MARQ. Habla con tu corazón, hija; con tu conciencia.

MAXIMO Y si él te ordena que le sigas, y nosotros que permanezcamos  
aquí, ¿qué harás con libre voluntad?

ELEC. *(Después de una penosa lucha.)* Estar aquí.

MARQ. ¿Lo ve usted?

PANT. Está fascinada... No es dueña de sí.

MAXIMO No insistirá usted.

MARQ. Se declarará vencido.

PANT. *(Con fría tenacidad.)* Yo no me creo vencido. La razón  
siempre está victoriosa, y yo me estimaría indigno  
poseer la que Dios me ha dado y guardo aquí, si no  
pusiera continuamente por encima de todos los errores  
y de todos los extravíos. No, no cedo. Máximo, los metales  
que arden en tus hornos son menos duros que  
Tus máquinas potentes son artificios de caña si las comparas  
con mi voluntad. Electra me pertenece: basta que  
yo lo diga.

ELEC. *(Aparte.)* ¡Qué terror siento!

MAX. Si quiere usted asegurarse del poder de su voluntad  
pruébela contra la mía.

PANT. No necesito probarla ni contigo ni con nadie, sino hacer  
lo que debo.

MAX. El deber, esa es mi fuerza.

PANT. Un deber con móviles terrenos y fines accidentales. El  
deber mío se mueve por una conciencia tan fuerte  
dura como los ejes del Universo, y mis fines están tan  
altos que tú no los ves, ni podrás verlos nunca.

MAX. Súbase usted tan alto como quiera. A lo más alto iré  
para decirle que no le temo, ni Electra tampoco.

PANT. Caprichudo es el hombre.

MAX. Para que hable usted de metales duros.

MARQ. Electra volverá á su casa con nosotros...

MAX. Conmigo, y esto bastará para que sus tios le perdonen  
su travesura.

PANT. Sus tios no la perdonarán ni la recibirán mejor viéndola  
dola entrar contigo, porque sus tios no pueden renegar  
de sus sentimientos, de sus convicciones firmísimas  
*(Exaltándose.)* Yo estoy en el mundo para que Electra

se pierda, y no se perderá. Así lo quiere la divina voluntad, de la que es reflejo este querer mío, que os parece brutalidad caprichosa, porque no entendéis, no, de las grandes empresas del espíritu, pobres ciegos, pobres locos..

ELEG.

(*Consternada.*) Don Salvador, por la Virgen. no se enfade usted. Yo no soy mala... Máximo es bueno... Usted lo sabe... los tios lo saben... ¡Que no debí venir aquí sola!... Bueno... Volveré á casa. Máximo y el Marques irán conmigo, y los tios me perdonarán. (*A Máximo y al Marqués.*) ¿Verdad que me perdonará?... (*A Pantoja.*) ¿Por que quiere usted mal á Máximo, que no le ha hecho ningún daño? ¿Verdad que no? ¿Qué razón hay de esa ojeriza?...

MAX.

No es ojeriza: es odio recóndito, inextinguible.

PANT.

Odiarte no. Mis creencias me prohiben el odio. Cierto que entre nosotros, por causa de tus ideas insanas, hay cierta incompatibilidad... Además, tu padre, Lázaro Yuste, y yo, ¡ay dolor! tuvimos desavenencias profundas, de la que más vale no hablar ahora. Pero á ti no te aborrezco, Máximo... Mas bien te estimo. (*Cambiando el tono austero é iracundo por otro más suave y conciliador.*) Dejo á un lado la severidad con que al principio te hable, y forzando un tanto mi carácter... te suplico que permitas á Electra partir conmigo.

MAX.

(*Inflexible.*) No puedo acceder á su ruego.

PANT.

(*Violentándose más.*) Por segunda vez. Máximo, olvidando todo resentimiento, casi, casi deseando tu amistad, te lo suplico... Dejala.

MAX.

Imposible.

PANT.

(*Devorando su humillación.*) Bien, bien... Me lo has negado por segunda vez... No tengo mas que dos mejillas. Si tres tuviera para recibir de tu mano tres bofetadas, por tercera vez te lo pediria lo mismo. (*Con gravedad y rigidez, sin ninguna inflexión de ternura.*) Adiós, Electra... Máximo, Marqués, adiós.

ELEG.

(*En voz baja á Máximo.*) Por Dios, Máximo, transige un poco....

MAX.

(*Redondamente.*) No.

ELEG.

¿No dijisteis que me llevariais tú y el Marqués? Vámonos todos juntos. (*Esta frase es oída por Pantoja en su marcha lenta hacia la salida. Detiénese*)

MAX.

(*Con energía.*) No.... El ha de irse primero. Cuando á nosotros nos acomode, y sin la salvaguardia de nadie, iremos.

- PANT. (*Friamente, ya en la puerta*). ¿Y á qué vas tú? ¿A empeorar la situación de la pobre niña?
- MAX. Voy....á lo que voy.
- PANT. ¿No puedo saberlo?
- MAX. No es preciso.
- PANT. No he pretendido que me reveles tus intenciones. ¿Para qué, si las conozco? (*Da algunos pasos hacia el centro de la escena clavando la mirada en Maximo*). No me fio de la expresión de tus ojos. Penetro en el doble fondo de tu mente: allí veo lo que piensas....No te interrogué por saber tu intención, que ya sabía, sino por oírte las bonitas promesas con que la encubres .... En tí no mora la verdad; en tí no mora el bien, no....no....no (*Vase despacio repitiendo las últimas palabras*).

## ESCENA XI

ELECTRA, MÁXIMO, EL MARQUÉS, MARIANO

- ELEC. (*Aterrada*). Se fué... ¿Volverá?
- MARQ. ¡Qué hombre! (*Principia a obscurecer*).
- MAX. Más que hombre es una montaña que quiere desplomarse sobre nosotros y aplastarnos.
- MARQ. Pero no caerá....Es un monte imaginario, inofensivo.
- ELEC. (*Consternada, buscando refugio junto a Maximo*). Ampárame, Máximo. Quitame este terror.
- MAX. Nada temas. Ven á mi. (*Le coge las manos*).
- MARQ. Ya obscurece. Debemos irnos ya.
- ELEC. Vamos ... (*Incrédula y medrosa*). Pero de veras, ¿vov contigo?
- MAX. Unidos en este acto, como lo estaremos toda la vida....
- ELEC. ¿Contigo siempre? (*Aumenta la obscuridad*).
- MAR. (*En la puerta de la izquierda*). ¡Señor, el blanco deslumbrante!
- MARQ. (*A Mariano*). La fusión está hecha. Apaga los hornos.
- MAX. (*Con gran efusión, besándole las manos*). Alma luminosa, corazón grande, contigo siempre....Voy á decir á nuestros tíos que te reclamo, que te hago mía, que serás mi compañera y la madrecita de mis hijos.

- ELEC. (*Acongojada, como si la alegría la trastornase*). No me engañez ... ¿Viviré con tus niños, seré entre ellos la niña mayor....seré tu mujer?
- MAX. (*Con fuerte voz*). Si, si. (*Iluminada la sala del fondo, resplandece con viva claridad toda la escena*).
- MARQ. Vámonos....Ya viene la noche.
- ELEC. Es el día .... ¡Día eterno para mí!. (*Máximo la enlaza por la cintura y salen. El Marqués tras ellos*).

FIN DEL ACTO TERCERO



## ACTO CUARTO

---

Jardín del palacio de García Yuste. A la derecha la entrada al palacio, con escalera de pocos peldaños. A la izquierda, haciendo juego con la entrada, un cuerpo de arquitectura grutesca, decorado con bajo-relieves. Al pie de esta construcción un banco de piedra, en ángulo, de trazo elegante. Jarrones ó plantas exóticas en tibores decoran esta terraza con piso de mosaico, entre el edificio y el suelo enarenado del jardín. En segundo término y en el fondo, el jardín, con grandes árboles y macizos de flores. Del centro parten tres paseos en curvas. El de la izquierda conduce á la calle. Sillas de hierro. Es de día.

### ESCENA PRIMERA

ELECTRA, PATROS, con una cesta de flores que acaban de coger.

ELEC. (*Sacando del bolsillo una carta.*) Déjame aquí las flores y toma la carta.

PATROS (*Deja las flores.*) Y van tres hoy.

ELEC. (*Escogiendo las flores pequeñas, forma con ellas tres ramitos*) No caben en el tiempo las infinitas cosas que Máximo y yo tenemos que decirnos.

PATROS Bendito sea Dios, que de la noche á la mañana ha dado tanta felicidad á la señorita.

ELEC. Anoche pidió mi mano. Hoy decidirán mis tios la fecha de nuestra boda.

PATROS Y entre tanto, carta va, carta viene.

ELEC. En estas horas de impaciencia febril, Máximo y yo no podemos privarnos de la comunicación escrita. En mi carta de las ocho y quince le decia cosas muy serias; en la de las nueve y veinticinco le decia que no se descuide en dar á Lolín la cucharadita de jarabe cada dos horas, y en ésta que ahora llevas le advierto que mi tía está en misa, que aún tardará en venir. Tienen que hablar.... naturalmente....

PATROS Ya.... Hasta las once no volverá de misa la señora....

ELEC. Y á las once iré yo con el tío. (*Atando los tres ramitos.*) Ea, ya están. Este para él, y éstos para los nenes. A cada uno el suyo para que no se peleen.... (*Disponiéndose a componer el ramo grande.*) Ahora el ramo para la Virgen de los Dolores.... Vete y vuelve pronto para que me ayudes... Esperate por la contestación, que aunque sólo sea de dos palabras me colmará de alegría.

PATROS Voy volando. (*Vase corriendo por el foro.*)

ELEC. (*Elijiendo las flores mas bonitas para formar el ramo.*) Hoy, Virgen mia, mi ofrenda será mayor: debiera ser tanto grande que dejara sin una flor el jardín de mis tios; quisiera poner hoy ante tu imagen todas las cosas bonitas que hay en la Naturaleza, las rosas, las estrellas, los corazones que saben amar.... ¡Oh, Virgen santa, consuelo y esperanza nuestra, no me abandones, llévame al bien que te he pedido, al que me prometiste anoche, hablándome con la expresión de tus divinos ojos, cuando yo con mis lágrimas te decia mi ansiedad, mi gratitud...!

PATROS (*Presurosa por el fondo.*) no traigo carta; pero si un recadito que vale más.

ELEC. ¿Qué?... ¿Sale?

PATROS Ahora mismo, en cuanto se vayan unos señores que ya estaban despidiéndose.... Que le espere usted aqui, y hablarán un ratito.... Tiene que ir á una conferencia telefónica.

ELEC. (*Mirando al fondo.*) ¿Vendrá ya? (*Siente pasos.*) Me parece..

PATROS Ya viene.

ELEC. (*Dándole el ramo.*) Toma.... Para la Virgen.

PATROS Ya, ya.

ELEC. (*Deteniéndola.*) Pero no se lo pongas á la Virgen del oratorio.... Cuidado, Patros.... Á la del oratorio no, sino á la mia, á la que tengo en la cabecera de mi cama. Por Dios, no te equivoques.

PATROS ¡Ah, no..! ya sé... (*Entra corriendo en la casa.*)

ESCENA II

ELECTRA, MAXIMO; después el MARQUÉS

- MAX. (*A distancia, abriendo un poco los brazos.*) ¡Niñal  
ELEC. (*Lo mismo.*) ¡Maestro!  
MAX. Estamos avergonzándonos... No sabemos qué decirnos.  
ELEC. Avergonzadisimos. Empieza tú.  
MAX. Tú... para que se te quite la vergüenza, dime una gran mentira: que no me quieres.  
ELEC. Dime tú primero una gran verdad.  
MAX. Que te adoro. (*Se aproximan.*)  
ELEC. ¡Falso, traidor! Toma esta rosa que he cogido para ti. Es pequeña y modesta. Así quisiera ser siempre para ti tu chiquilla. (*Se la pone en el ojal.*)  
MAX. (*Con admiración.*) ¡Corazón grande, inteligencia superior!  
ELEC. Aumenta corazón y rebaja inteligencia.  
MAX. No rebajo nada.  
ELEC. ¿Sabes? Quisiera yo ser muy bruta, muy cerril, para llegar á ti en la mayor ignorancia, y que pudieras enseñarme las primeras ideas. No quiero tener nada que no sea tuyo.  
MAX. Ideas hermosas y sentimientos nobles te sobran. Dios te ha dotado generosamente colmándote de preciosidades, y ahora te pone en mis manos para que este obrero cachazudo te perfile, te remate, te pulimente.  
ELECT. Te vas á lucir, maestro: yo te digo que te lucirás.  
MAX. Haré una mujer buena, juiciosa, amante... ¡Vaya si me luciré! (*Mira su reloj.*)  
ELEC. No te detengas por mí. Miremos ante todo á las obligaciones. ¿Tardarás mucho?  
MAX. No creo... Estaré aquí cuando Evarista vuelva de misa.  
ELEC. ¿Y nuestro Marqués ha venido, como nos prometió?  
MAX. En casa le dejo, escribiendo una carta para su notario. ¡Incomparable amigo...! ¡Ah! ¿no sabes? Anoche, cuando volvimos á casa, le referi tu novela paterna... la novela de dos capítulos. Está el hombre indignado... pero como él va con nosotros, y como él nos defiende con su completa devoción, y con más alma y cariño nos defiende.  
ELEC. (*Sorprendida.*) ¿Pero necesitamos defensa todavía?

MAX. En lo esencial, claro es que no... ¿Pero quién te asegura que los rivales de nuestro amigo no nos molestarán con dificultades, con entorpecimientos de orden secundario?

ELEC. (*Tranquilizándose.*) De eso nos reiríamos.

MAX. Pero riéndonos... debemos prevenir..

MARQ. (*Presuroso por el foro.*) ¿Aqui todavía?

MAX. Marqués, en sus manos encomiendo mi alma.

MARQ. (*Riéndole cariñoso.*) ¡Que llegas tarde!

MAX. Ya me voy. Hasta muy luego.

ELEC. (*Viéndole salir.*) Corre... Ven pronto.

### ESCENA III

ELECTRA, el MARQUÉS.

MARQ. Bien por el galán científico... ¡Y qué admirable hallazgo para ti! Tu amor juvenil necesita un amor viudo, tu imaginación lozana una razón fría. Al lado de este hombre, será mi niña una gran mujer.

ELEC. Seré lo que él quiera hacer de mi. (*Con gran curiosidad.*) Dígame, Marqués, ¿trató usted, á la pobrecita mujer de Máximo? No extrañará usted mi curiosidad.... Es muy natural que desee conocer la vida anterior del hombre que amo.

MARQ. No la traté... la ví en compañía de Máximo una, dos veces. Era vascongada, desapacible, vulgar, poco inteligente; buena esposa, eso sí. Pero no debió de ser aquel matrimonio un modelo de felicidades.

ELEC. A los padres de Máximo si les conoció usted.

MARQ. A la madre no la ví nunca: era francesa, señora de gran merito. Mi mujer fué su amiga. A Lázaro Yuste si le traté, aunque no con intimidad, en España y en Francia, allá por el 68... Hombre muy inteligente y afortunado en el negocio de minas, y con no poca suerte también, según decían, en las campañas amorosas. Era hombre de historia.

ELEC. En eso no se parece á su hijo, que es la misma corrección.

MARQ. Bien puedes decir que te ha tocado el lote de marido más valioso y completo: cerebro de gigante, corazón de niño. Por tenerlo todo, hasta es poseedor de una buena fortuna: lo que le dejó su padre, y la reciente herencia ¡de sus tíos

- franceses. ¿Qué más quieres? Pide por esa boca, y verás como Dios te dice: «Niña, no hay más.»
- ELEC. (*Suspirando fuerte.*) ¡Ah!... Y ahora dígame, señor Marqués de mi alma. ¿puedo estar tranquila?
- MARQ. Absolutamente.
- ELEC. ¿Y nada debo temer de las dos personas que...? Ya sabe usted que se creen con autoridad...
- MARQ. Algo podrán molestarnos quizás... Pero ya les bajaremos los humos.
- ELEC. ¿El señor de Cuesta...?
- MARQ. Es el de menos cuidado. Hoy he hablado con él, y espero que acabe por apoyarnos resueltamente.
- ELEC. ¿El señor de Pantoja...?
- MARQ. Ese resongará, nos dará cuantas jaquecas pueda, si se las consentimos; tocará la trompa bíblica para meternos miedo; pero no le haga caso.
- ELEC. ¿De veras?
- MARQ. No puede nada, nada absolutamente.
- ELEC. Y si me lo encuentro por ahí, ¿no tengo por qué asustarme?
- MARQ. Como te asustaría un moscardón con su zumbido mareante, que va y viene, gira y torna...
- ELEC. ¡Oh, qué alivio para mi pobre espíritu! (*Con entusiasmo cariñoso.*) Señor Marqués de Ronda, Dios le bendiga
- MARQ. (*Muy afectuoso.*) ¡Pobre niña mía! Dios será contigo.

#### ESCENA IV

Los mismos; DON URBANO, que viene de la casa, con sombrero.

- D. URB. Marqués, Dios le guarde.
- MARQ. ¿Puedo hablar con usted, querido Urbano?
- D. URB. ¿Será lo mismo después de misa? (*A Electra.*) Pero, chiquilla, ¿estas con esa calma? Ya tocan.
- ELEC. No tengo más que ponerme el sombrero. Medio minuto, tío. (*Entra corriendo en la casa.*)
- MARQ. Fijaremos la fecha de la boda, y se extenderá en regla el acta de consentimiento.
- D. URB. Mejor será que trate usted ese asunto con Evarista.
- MARQ. Pero, amigo mío, ha llegado la ocasión de que usted haga frente á ciertas ingerencias que anulan la autoridad del jefe de la familia.

D. URB. Querido Marqués, pídamelo usted que altere, que trastorne todo el sistema planetario, que quite los astros de aquí para ponerlos allá; pero no me pida cosa contraria á los pareceres de mi mujer.

MARQ. Hombre, no tanta sumisión... Yo insisto en que debo tratar este asunto particularmente con usted, no con Evarista.

D. URB. Véngase usted con nosotros á misa y hablaremos.

MARQ. Si que iré.

### ESCENA V

Los mismos; ELECTRA, EVARISTA, PANTOJA

ELEC. (*Con sombrero, guantes, libro de misa.*) Ya estoy.

D. URB. Vamos. El Marqués nos acompaña.

EVAR. (*Por el fondo izquierda, seguida de Pantoja.*) Vayan pronto.

PANT. Pronto, si quieren alcanzarla.

EVAR. ¿Volverá usted, Marqués?

MARQ. ¡Oh! seguro, infalible.

EVAR. Hasta luego. (*Vanse Electra, el Marqués y Don Urbano por el fondo izquierda.*)

### ESCENA VI

EVARISTA, PANTOJA, que en actitud de gran consancio y desaliento se arroja en el banco de la izquierda, primer término.

EVAR. ¿Pasamos á casa?

PANT. No; dejeme usted que respire á mis anchas. En la Iglesia me ahogaba... El calor, el gentío...

EVAR. Haré que le traigan á usted un refresco... ¡Balbinat!

PANT. Gracias.

EVAR. Una taza de tila...

PANT. Tampoco. (*Sale Balbina. La señora le da la mantilla que acaba de quitarse y el libro de misa, y le manda que se retire.*)

EVAR. No hay motivo, amigo mio, para tan grande aflicción.

PANT. No es mi orgullo, como dicen: lo que se siente herido: es algo más delicado y profundo. Se me niega el consuelo, la gloria de dirigir á esa criatura y de llevarla

por el camino del bien. Y me aflige más, que usted, tan afecta á mis ideas; usted, en quien yo veía una fiel amiga y una ferviente aliada, me abandone en la hora crítica.

EVAR. Perdone usted, señor Don Salvador. Yo no abandono á usted. De acuerdo estábamos ya para custodiar, no digo encerrar, á esa loquilla en San José de la Penitencia, mirando á su disciplina y purificación... Pero ha surgido inopinadamente la increíble ventolera de Máximo, y yo no puedo, no puedo en modo alguno negar mi consentimiento... Ello será una locura: allá se les haya... ¿Pero de Máximo, como hombre de conducta, qué tiene usted que decir?

PANT. Nada. (*Corrigiéndose*) ¡Oh, sí! algo podría decir... Mas por el momento sólo digo que Electra no está preparada para el matrimonio, ni en disposición de elegir con acierto... No rechazo yo en absoluto su casamiento, siempre que sea con un hombre cuyas ideas no puedan serle dañosas... Pero eso vendrá después. Lo primero es que esa tierna criatura ingrese en el santo asilo, donde la probaremos, pulsaremos con exquisito tacto su carácter, sus gustos, sus afectos, y en vista de lo que observaremos se determinará... (*Con altanería*) ¿Qué tiene usted que decir?

EVAR. (*Acobardada*). Que para ese plan.... hermosísimo, lo reconozco.... no puedo ofrecer á usted mi cooperación.

PAN. (*Con arrogancia, paseándose*). De modo que según usted, mi señora Doña Evarista, si la niña quiere perderse, que se pierda; si ella se empeña en condenarse, condénese en buen hora.

EVAR. (*Con mayor timidez, sugestionada*). ¡Su perdición!.... ¿Y cómo evitarla?.... ¿Acaso está en mi mano?

PAN. (*Con energía*). Está.

EVAR. ¡Oh! no.... Me falta valor para intervenir.... ¿Y con qué derecho?... Imposible, Don Salvador, imposible...

PAN. (*Afirmándose más en su autoridad*). Sepa usted, amiga mía, que el acto de apartar á Electra de un mundo en que la cercan y amenazan innumerables bestias malignas, no es despotismo: es amor en la expresión más pura del cariño paternal, que comunmente lastima para curar. ¿Duda usted de que el fin grande de mi vida, hoy, es el bien de la pobre niña?

EVAR. (*Acobardándose más*). No lo dudo... no puedo dudarlo.

PAN. (*Con efusión y elocuencia*). Amo á Electra con amor tan intenso, que no aciertan á declararlo todas las sutilezas

de la palabra humana. Desde que la vieron mis ojos, la voz de la sangre clamó dentro de mí, diciéndome que esa criatura me pertenece... Quiero y debo tenerla bajo mi dominio santamente, paternalmente... Que ella me ame como aman los ángeles.... Que sea imagen mía en la conducta, espejo mío en las ideas. Que se reconozca obligada á padecer por los que le dieron la vida, y purificándose ella, nos ayude, á los que fuimos malos, á obtener el perdón.... Por Dios, ¿no comprende usted esto? (*Agobiada*). Sí, sí. ¡Cuánto admiro su inteligencia poderosa!

EVAR.

PAN. Menos admiración y más eficacia en favor mío.

EVAR. No puedo.... (*Se sienta llorosa y abatida*).

PAN. Naturalmente, á usted no puede inspirar Electra el inmenso interés que á mí me inspira. (*Empleando suaves resortes de persuasión*). Si por el pronto causara enojos á la niña su apartamiento de las alegrías mundanas, no tardará en hacerse á la paz, á la quietud venturosa.... Yo la dotaré ampliamente. Cuanto poseo será para ella, para esplendor de su santa casa.... Electra será nombrada Superiora, y bajo mi autoridad gobernará la Congregación.... (*Con profunda emoción*). ¡Qué feliz será, Dios mío, y yo qué feliz! (*Quédase como en éxtasis*).

EVAR.

Comprendo, sí, que al no acceder yo á lo que usted pretende de mí, privo á esa criatura de llegar al estado más perfecto en la condición humana... Bien conoce usted mis sentimientos. ¡Con cuánto gusto trocaría la opulencia en que vivo por la gloria de dirigir obscuramente una casa religiosa de mucho trabajo y humildad!.... Siempre admiré á usted por su protección á La Penitencia; le admiré más al saber que redoblaba usted sus auxilios cuando mi pobre Eleuteria, traspasada de dolor cual nueva Magdalena, buscaba en ese instituto la paz y el perdón. En el acto de usted vi la espiritualidad más pura.

PAN.

Sí: cuando su desgraciada prima de usted entró en aquella casa, mi protección no sólo fué más positiva, sino más espiritual. Nunca ví á Eleuteria después de convertida, pues de nadie, ni aun de mí mismo, se dejaba ver. Pero yo iba diariamente á la iglesia, y platicaba en espíritu con la penitente, considerándola regenerada, como lo estaba yo. Murió la infeliz, á los cuarenta y cinco años de su edad. Gestioné el permiso de sepultura en el interior del edificio, y desde entonces protegí más la Congregación, la hice enteramente mía, porque en ella reposaban

- los restos de la que amé. Nos había unido el delito, y ya nos unía el arrepentimiento, ella muerta, yo vivo...
- EVAR. Y ahora, el que bien podremos llamar fundador, todos los días, sin faltar uno, visita la santa casa y el cementerio humilde y poético donde reposan las Hermanas difuntas...
- PANT. (*Vivamente.*) ¿Lo sabe?
- EVAR. Lo sé... Y ronda el patio florido, á la sombra de cipreses y adelfas...
- PANT. Es verdad. ¿Y cómo sabe....?
- EVAR. Ronda y divaga el fundador, rezando por sí y por la pobre pecadora, implorando el descanso de ella, el descanso suyo.
- PANT. ¡Oh! sí... Allí reposarán también mis pobres huesos. (*Congran vehemencia.*) Quiero, además, que así como mi espíritu no se aparta de aquella casa, en ella resida también, por el tiempo que fuera menester, el espíritu de Electra... No la forzaré á la vida claustral; pero si probándola, tomase gusto á tan hermosa vida y en ella quisiese permanecer, creería yo que Dios me había concedido los favores más inefables. Allí las cenizas de la pecadora, redimida allí, mi hija, allí yo, pidiendo á Dios que á los tres nos dé la eterna paz. Y cuando llegue la muerte, los tres reposando en la misma tierra, todos mis amores conmigo, y los tres en Dios... ¡Oh, qué fin tan hermoso, que grandeza y qué alegría!
- EVAR. (*Con emoción muy viva.*) ¡Grandeza, sí, idealidad incomparable!
- PANT. ¿Duda usted todavía de que mis fines son elevados, de que no me mueve ninguna pasión insana?
- EVAR. ¿Cómo he de dudar eso?
- PANT. Pues si mi plan le parece hermoso, ¿por qué no me auxilia?
- EVAR. Porque no tengo poder para ello.
- PANT. ¿Ni aun asegurándole que la reclusión de la niña tendrá carácter de prueba?
- EVAR. Ni aun así.
- EVAR. No, Don Salvador, no cuente conmigo.... (*Luchando con su conciencia.*) Reconozco la elevación, la hermosura de sus ideas... Con ellas simpatizo.... Ecos y caricias de esas ideas siento yo en mi alma; pero algo debo también á la vida social, y en la vida social y de familia, es imposible lo que usted desea.
- PANT. (*Disimulando su enojo*) Está bien. Paciencia. (*Caviloso y sombrío, se pasea.*)

- EVAR. (*Después de una pausa.*) ¿Qué piensa usted... ¿Renuncia...?  
PONT. (*Con naturalidad y firmeza.*) No, señora...  
EVAR. ¿Y cómo...?  
PANT. No lo sé... No me faltará una idea... Yo veré... (*Resolviéndose.*) Evarista: me hará usted el favor de escribir una carta á la Superiora de la Penitencia.  
EVAR. Diciéndole....  
PANT. Que venga inmediatamente con dos Hermanas...  
EVAR. ¿Por que no le escribe usted?  
PANT. Porque tengo que acudir á otra parte.  
EVAR. ¿Y ello ha de ser pronto?  
PANT. Al instante....  
EVAR. Bien. (*Dirígese á la casa.*)  
PANT. Mande usted la carta sin pérdida de tiempo.  
EVAR. (*Mirando hacia el jardín.*) Parece que ya vienen....  
PANT. Pronto amiga mía.  
EVAR. Ya voy.... Dios nos inspire á todos. (*Entra en la casa.*)  
PANT. Seré con usted. (*Aparte.*) No quiero que me vean (*Se oculta tras el macizo de la derecha, junto á la escalinata.*)

## ESCENA VII

PANTOJA, oculto; ELECTRA, DON URBANO, el MARQUÉS, que vuelven de misa; PATROS, que sale de la casa.

- ELEC. (*Adelantándose coge á Patros al pie de la escalinata.*) ¿Ha venido?  
PATR. No, señorita. (*Oyese canto lejano de niños jugando al coro en el jardín.*)  
ELEC. Me muero de impaciencia. (*Se quita el sombrero y los guantes, y con el libro de misa los da á Patros.*) Esperaré jugando al corro con los chiquillos.... Antes recogeré flores. (*Coge florecitas en el macizo de la izquierda.*)  
D. URB. (*A Patros.*) ¿La señora?  
PATR. Dentro, señor.  
MARQ. Vamos allá.  
D. URB. Después de usted, Marqués. (*Entran en la casa. Tras ellos, Patros.*)  
ELEC. (*Admirando las flores que ha cojido.*) ¡Qué lindas, qué graciosas estas clemátides! (*Sale Pantoja: se asusta al verle.*) ¡Ay!

ESCENA VIII

ELECTRA, PANTOJA

- PANT. Hija mía, ¿te asustas de mi?
- ELEC. ¡Ay, sí!... no puedo evitarlo!... Y no debiera, no... Don Salvador; dispenseme... Me voy al corro.
- PANT. Aguarda un instante. ¿Vas á que los pequeñuelos te comuniquen su alegría?
- ELEC. No, señor: voy á comunicársela yo á ellos, que la tengo de sobra. (*Se aleja el canto del corro de niños*)
- PANT. Ya sé la causa de tu grande alegría, ya sé....
- ELEC. Pues si lo sabe, no hay nada que decir.. Hasta luego, Don Salvador.
- PANT. (*Deteniéndola.*) ¡Ingrata! Concédeme un ratito.
- ELECT. ¿Nada más que un ratito?
- PANT. Nada más.
- ELEC. Bueno (*Se sienta en el banco de piedra. Pone á un lado las flores, y las va cogiendo para adornarse con ellas clavándolas en el pelo.*)
- PANT. No sé á que guardas reservas conmigo, sabiendo lo que me interesa tu existencia, tu felicidad....
- ELEC. (*Sin mirarle, atenta á ponerse las florecillas*) Pues si le interesa mi felicidad, alégrese conmigo: soy muy dichosa.
- PANT. Dichosa hoy. ¿Y mañana?
- ELEC. Mañana más.... Y siempre más, siempre lo mismo.
- PANT. La alegría verdadera y constante, el gozo indestructible, no existen más que en el amor eterno, superior á las inquietudes y miserias humanas.
- ELEC. (*Adornado ya el cabello, se pone flores en el cuerpo y talle*) ¿Salimos otra vez con la tecla de que yo he de ser ángel....? ¡Soy muy terrete, Don Salvador. Dios me hizo mujer, pues no me puso en cielo, sino en la tierra.
- PANT. Angeles hay también en el mundo; ángeles son los que en medio de los desórdenes de la materia saben vivir la vida del espíritu.
- ELEC. (*Mostrando su cuello y talle adornados de florecillas Oyese más claro y próximo el corro de niños.*) ¿Qué tal? ¿Parece un ángel?
- PANT. Lo pareces siempre. Yo quiero que lo seas.
- ELEC. Así me adorno para divertir á los chiquillos. ¡Si vieras usted cómo se rien: (*Con una triste idea subita*) ¿Sabe usted lo que parezco ahora? Pues un niño muerto. Así adornan á los niños cuando los llevan á enterrar.

PANT. Para simbolizar la ideal belleza del Cielo á donde van.  
ELEC. (*Quitándose flores*) No, no quiero parecer niño muerto. Creería yo que me llevaba usted á la sepultura.

PANT. Yo no te entierro, no. Quisiera rodearte de luz. (*Se va apagando y cesa el canto de los niños*).

ELEC. Tambien ponen luces á los niños muertos.

PANT. Yo no quiero tu muerte, sino tu vida; no una vida inquieta y vulgar, sino dulce, libre, elevada, amorosa, con eterno y puro amor.

ELEC. (*Confusa*). ¿Y por qué desea usted para mi todo eso?

PANT. Porque te quiero con un amor de calidad más excelsa que todos los amores humanos. Te haré comprender mejor la grandeza de este cariño diciéndote que por evitarte un padecer leve, tomaría yo para mi los más espantosos que pudieran imaginarse.

ELEC. (*Atontada, sin entender bien*.) Abnegación es eso.

PANT. Considera cuánto padeceré ahora viendo que no puedo evitarte una penita, un sinsabor....

ELEC. ¡A mi!

PANT. A ti.

ELEC. ¡Una penita....!

PANT. Una pena.... que me aflige más por ser yo quien he de causartela.

ELEC. (*Rebelándose, se levanta*.) ¡Penas....! No, no las quiero. ¡Guárdesela usted!.... No me traiga más que alegrías.

PANT. (*Condolido*). Bien quisiera; pero no puede ser.

ELEC. ¡Oh! ya estoy aterrada. (*Con súbita idea que la tranquiliza*.) ¡Ah!.... ya entiendo.... ¡Pobre Don Salvador! Es que quiere decirme algo malo de Máximo; algo que usted juzga malo en su criterio, y que, según el mio, no lo es.... No se canse.... yo no he de creerlo.... (*Precipitándose en la emisión de la palabra, sin dar tiempo á que hable Pantoja*). Es Máximo el hombre mejor del mundo, el primero, y á todo el que me diga una palabra contraria á esta verdad, le detesto, le....

PANT. Por Dios, déjame hablar.... no seas tan viva.... Hija mía, yo no hablo mal de nadie, ni aun de los que me aborrecen. Máximo es bueno, trabajador, inteligentísimo.... ¿Qué más quieres?

ELEC. (*Gozosa*.) Así, así.

PANT. Digo más: te digo que puedes amarle, que es tu deber amarle....

ELEC. (*Con gran satisfacción*.) ¡Ah!....

PANT. Y amarle entrañablemente.... (*Pausa*.) Él no es culpable, no.

- ELEC. ¡Culpable! (*Alarmada otra vez.*) Vamos, ¿á que acabar usted por decir de él alguna picardía?
- PANT. ¿Pues de quién? (*Recordando.*) ¡Ah!.... Ya sé que el padre de Máximo y usted fueron terribles enemigos... También me han dicho que aquel buen señor, honradísimo en los negocios, fué un poquito calavera.... Y usted me entiende.... Pero eso á mi nada me afecta.
- PANT. Inocentísima criatura, no sabes lo que dices.
- ELEC. Digo que.... aquel excelente hombre....
- PANT. Lázaro Yuste, si.... Al nombrarle, tengo que asociar esta triste memoria á la de una persona que no existe... muy querida para ti....
- ELEC. (*Comprendiendo y no queriendo comprender.*) ¡Para mí!
- PANT. Persona que no existe, muy querida para ti. (*Pausa. Se miran.*)
- ELEC. (*Con terror, en voz apenas perceptibles.* ¡Mi madre! (*Pantoja hace signos afirmativos con la cabeza.*) ¡Mi madre! (*Atónita, deseando y temiendo la explicación.*)
- PANT. Han llegado los días del perdón. Perdonemos.
- ELEC. (*Indignada.*) ¡Mi madre, mi pobre madre! No la nombran más que para deshonrarla.... y la denigran los mismos que la envilecieron. (*Furiosa.*) Quisiera tenerlos en mi mano para deshacerlos, para destruirlos; y no dejar de ellos ni un pedacito así
- PANT. Tendrías que empézar tu destrucción por Lázaro Yuste
- ELEC. ¡El padre de Máximo!
- PANT. El primer corruptor de la desgraciada Eleuteria.
- ELEC. ¿Quién lo asegura?
- PANT. Quien lo sabe.
- ELEC. ¿Y....? (*Se miran. Pantoja no se atreve á explicar su idea.*)
- PANT. ¡Oh, triste de mí! ... No debí, no, no debí hablarte de esto. Diera yo por callarlo, por ocultártelo, los días que me quedan de vida. Ya comprenderás que no podía ser. Mi cariño me ordena que hable. (*Angustiada*) ¡Y tendré yo que oírlo!
- PANT. He dicho que Lázaro Yuste fué....
- ELEC. (*Tapándose los oídos.*) No quiero, no quiero oírlo.
- PANT. Tenía entonces tu madre la edad que tú tienes ahora diez y ocho años...
- ELEC. (*Airada, rebelándose.*) No creo... Nada creo.
- PANT. Era una joven encantadora; que sufrió con dignidad aquel grande oprobio...
- ELEC. (*Rebelándose con más energía*) ¡Cállese usted!... No creo nada, no creo...

- PAN. Aquel grande oprobio, el nacimiento de Máximo.  
 ELEC. (*Espantada, descompuesto el rostro, se retira hacia atrás mirando fijamente á Pantoja*) ¡Ah...!
- PAN. Procediendo con cierta nobleza. Lázaro cuidó de ocultar la afrenta de su víctima...recogió al pequeñuelo..llevóle consigo á Francia...
- ELEC. La madre de Máximo fué una francesa. Josefina Perret.  
 PAN. Su madre adoptiva... su madre adoptiva. (*Mayor espanto de Electra.*)
- ELEC. (*Oprimiéndose el cráneo con ambas manos*) ¡Horror! El cielo se cae sobre de mi. .
- PAN. (*Dolorido*) ¡Hija de mi alma, vuelve á Dios tus ojos!  
 ELEC. (*Trastornada*) Estoy soñando... Todo lo que veo es mentira, ilusión. (*Mirando aquí y allí con ojos espantados*) Mentira estos árboles, esta casa... ese cielo.. Mentira usted... usted... no existe .. es un monstruo de pesadilla... (*Golpeándose el cráneo.*) Despierta, mujer infeliz, despierta.  
 PAN. (*Tratando de sosegarla.*) ¡Electra, querida niña, alma inocente...!
- ELEC. (*Con grito de alma.*) ¡Madre, madre mía...! la verdad, dime la verdad. (*Fuera de sí recorre la escena.*) ¿Dónde estás, madre?... Quiero la muerte ó la verdad... Madre, ven á mi... ¡Madre, madre...! (*Sale disparada por el fondo, y se pierde en la espesura lejana. Suena próximo el canto de los niños jugando al corro.*)

ESCENA IX

PANTOJA; DON URBANO, el MARQUES por la casa, presurosos  
 Trae ellos BALBINA y PATROS

- D. URB. ¿Qué ocurre?  
 MARQ. Oímos gritar á Electra.  
 BALB. Y salió corriendo por el jardín.  
 PAT. Por aquí. (*Alarmadas las dos, corren y se internan en el jardín.*)
- MARQ. (*Mirando por entre la espesura.*) Allá... Corre... continúa gritando... ¡Oh, niña de mi alma! (*Corre al jardín.*)
- D. URB. ¿Qué es esto?  
 PAN. Ya os lo explicaré... Aguarde usted. Dispongamos ahora...  
 D. URB. ¿Qué?  
 PAN. (*Tratando de ordenar sus ideas.*) Deje usted que lo piense... Será preciso traerla á casa... Vaya usted.
- D. URB. (*Mirando hacia el jardín.*) Llega Máximo...  
 PAN. (*Contrariado.*) ¡Oh, qué inoportunamente!

- D. URB. Los niños corren hacia él.. Parece que le informa. Electra se dirige á la gruta. Máximo vá hacia la niña. Electra huye de él... Hablan el Marqués y mi sobrino acaloradamente.
- PAN. Vaya usted... Cuide de que Máximo no intervenga.
- D. URB. Voy. (*Se interna en el jardín.*)
- PAN. Temó alguna contrariedad. Si yo pudiera... (*Queriendo y sin atreverse.*)
- BALB. (*Volviendo presurosa del jardín.*) ¡Pobre niña...! Claman por su madre... Se ha sentado en la boca de la gruta rodeada de los niños... y no hay quien la mueva allí...
- PAN. ¿Y Máximo?
- BALB. Lleno de confusión, como todos nosotros, que no entendemos... Voy á dar parte á la señora...
- PAN. No, no. ¿Han venido la Superiora y las Hermanas?
- BALB. Ahi están.
- PAN. No diga usted nada á la señora. Entre en la casa y obedezca mis órdenes.
- BALB. Bien, señor.
- PAN. (*Indeciso y como asustado.*) Por primera vez en mi vida no acierto á tomar una resolución. Iré allá. (*Al fondo del jardín.*) No.... ¿Esperaré? Tampoco. (*Resolviéndose.*) Voy. (*A los pocos pasos le detiene Máximo, que muy colérico viene del jardín.*)

## ESCENA X

PANTOJA, MAXIMO.

- MAX. (*Con ardiente palabra en toda la escena.*) Alto... Me dice el Marqués que de aquí, después de una larga conversación con usted, salió Electra en ese terrible desvarío.
- PANT. (*Turbado.*) Aquí... cierto... hablamos... La niña...
- MAX. Mordida fué por el monstruo.
- PANT. Tal vez.. Pero el monstruo no soy yo. Es un monstruo terrible, que se alimenta de los hechos humanos. Se llama la Historia. (*Queriendo marcharse.*) Adiós.
- MAX. (*Le coge fuertemente por un brazo.*) ¡Quieto... Va usted á repetir, ahora mismo, ahora mismo, lo que ha dicho Electra ese monstruo de la Historia, para ponerla en la gran turbación...
- PANT. (*Sin saber qué decir.*) Yo.. ante todo, conviene asentarlo previamente que...
- MAX. No quiero preámbulos... La verdad, concreta, exacta, precisa... Usted ha ofendido á Electra, usted ha trastornado

su entendimiento... ¿Con qué palabras, con qué ideas? Necesito saberlo pronto, pronto. Se trata de la mujer que es todo para mi en el mundo.

Para mi es más: es los cielos y la tierra.

ANTA. Sepa yo al instante la maquinación que ha tramado usted contra esa pobre huérfana, contra mi, contra los dos, unidos ya eternamente por la efusión de nuestras almas; sepa yo qué veneno arrojó usted en el oído de la que puedo y debo llamar ya mi mujer. (*Pantoja hace signos dubitativos.*) ¿Qué dice? ¿Que no será mi mujer...? ¡Y se burla!

ANTA. No he dicho nada.

AX. (*Estallando en ira, con gran violencia le acomete.*) Pues por ese silencio, por esa burla, máscara de un egoísmo tan grande que no cabe en el mundo; por esa virtud verdadera ó falsa, no lo sé, que en la sombra y sin ruido lanza el rayo que nos aniquila (*Le agarra por el cuello, le arroja sobre el banco*); por esa dulzura que envenena, por esa suavidad que estrangula, confúndate Dios, hombre grande ó rastrero, águila, serpiente ó lo que seas.

ANTA. (*Recobrando el aliento.*) ¡Qué brutalidad!... ¡Infame, local! Si, lo soy. Usted á todos nos enloquece. (*Reponiéndose de su ira.*) ¿Quién sino usted ha tenido el poder diabólico de desvirtuar mi carácter, arrastrándome á estas cóleras terribles? Sin darme cuenta de ello, he atropellado á un sér débil y mezquino, incapaz de responder á la fuerza con la fuerza.

ANTA. (*Incorporándose.*) Con la fuerza respondo. (*Volviendo á su sér normal, se expresa con una calma sentenciosa.*) Tú eres la fuerza física, yo soy la fuerza espiritual. (*Máximo le mira atónito y confuso.*) Puedo yo más que tú, infinitamente más. ¿Lo dudas?

AX. ¿Qué puede más?

ANTA. La ira te sofoca, el orgullo te ciega. Yo, maltratado y escarnecido, recobro fácilmente la serenidad; tú no: tú tiembas, Máximo; tú, que eres la fuerza, tiembas.

AX. Es la ira que aún esta vibrando... No la provoque usted. ANTA. (*Cada vez más dueño de sí.*) Ni la prevoco, ni la temo... porque tú me maltratas y yo te perdono.

AX. Que me perdona!... ¡a mi! Se empeña usted en que yo sea homicida, y lo conseguirá.

ANTA. (*Con serena y fría gravedad, sin jactancia.*) Enfurécete, grita, golpea .... Aquí me tienes inconvencible.... No hay fuerza humana que me quebrante, no hay poder que me aparte de mis caminos. Injúriame, hiéreme,

- mátame no me defiendo. El martirio no me arre-  
Podrá la barbarie destruir mi pobre cuerpo, que  
vale; pero lo que hay aquí (*En su mente*), ¿quien lo  
truye? Mi voluntad, de Dios abajo, nadie la mueve,  
acaso mi voluntad quedase aniquilada por la muerte,  
idea que sustento, siempre quedará viva, triunfante.
- MAX. No veo, no puedo ver ideas grandes en quien no  
grandeza, en quien no tiene piedad, ni ternura, ni  
pasión.
- PANT. Mis fines son muy altos. Hacia ellos voy... por los  
minos posibles.
- MAX. (*Aterrado*) ¡Por los caminos posibles! Hacia Dios  
va más que por uno: el del bien. (*Con exaltación*).  
Dios! Tú no puedes permitir que á tu Reino se lleve  
por callejuelas oscuras, ni que á tu gloria se suba  
sando los corazones que te aman.... ¡No, Dios, no  
mitirás eso, no, no! Antes que ver tal absurdo, vea  
toda la Naturaleza en espantosa ruina, desquiciada y  
toda la máquina del universo.
- PANT. Sacrilego, ofendes á Dios con tus palabras.
- MAX. Más le ofende usted con sus hechos.
- PANT. Basta. No he de disputar contigo.... Nada más te  
que decirte.
- MAX. ¿Nada más? ¡Si falta todo! (*Le coge vigorosamente  
un brazo*). Ahora va usted conmigo en busca de Elea-  
y en presencia de ella, ó esclarece usted mis dudas y  
saca de esta ansiedad horrible, ó perece usted y pere-  
yo, y perecemos todos .... Lo juro por la memoria  
mi madre.
- PANT. (*Después de mirarle fijamente*). Vamos. (*Al dar los  
meros pasos sale Evarista de la casa*).

### ESCENA XI

Los mismos, EVARISTA; tras ella la SUPERIORA y dos  
HERMANAS de La Penitencia; después PATROS

- EVARIS. ¿Qué ocurre?, Máximo...? He sentido tu voz, airada.
- MAXIMO Este hombre... Venga usted, venga usted, tia. (*Aparece  
la Superiora y las Hermanas. Se alarma Máximo al  
verlas.*) ¡Oh!... ¡Esas mujeres!... (*Llega Patros del jardín  
surosa.*)
- PATROS (*Apenada, lloriqueando.*) Señora, la señorita ha per-  
la razón... Corre, huye, vuela, llamando á su madre  
á los que queremos consolarla, ni nos oye ni nos ve

R. (Avanzando hacia el jardín.) ¡Niña de mi alma!  
MAXIMO (Mirando al fondo.) Ya viene. (Suelta á Pantoja y corre al jardín.)

ROS El señor y el señor Marqués han logrado reducirla, y á casa la traen... (Aparece Electra, conducida por Don Urbano y el Marqués; junto á ellos Máximo. Al ver á los que están en escena, hace alguna resistencia Suave y cariñosamente la obligan á aproximarse. Trae el pelo y seno adornado con florecillas.)

## ESCENA XII

ELECTRA, MAXIMO, EVARISTA, PANTOJA, DON URBANO  
el MARQUES, PATROS, la SUPERIORA y HERMANAS

R. Hija mia, ¿qué delirio es ese?

MAXIMO (Acudiendo á ella cariñoso.) Alma mía, ven, escúchame.  
Mi cariño será tu razón.

(Se aparta de Máximo con movimiento pudoroso. Su desvario es sosegado, sin gritos ni carcajadas. Lo expresa con acentos de dolor resignado y melancólico.) No te acerques. Yo no soy tuya, no no.

¿Por qué huyes de mí? ¿A dónde vas sin mí?...  
(Que ha pasado á la derecha junto á Evarista.) A la verdad, á la eterna paz.

Busco á mi madre. ¿Sabéis dónde está mi madre?....  
La vi en el coro de los niños.... fué después hacia la mimosa que hay á la entrada de la gruta.... Yo tras ella sin alcanzarla.... Me miraba y huía.... (Oyese lejano el canto de niños en el corro).

¿Ves á Máximo? Será tu esposo....

(Con vivo afán.) Nadie se opone; no hay razón ni fuerza que lo impidan. Electra, vida mia.

(Imponiendo silencio.) Ya no hay esposos ni esposas.... ¡oh, qué triste está mi alma!.... Ya no hay más que padres y hermanos, muchos hermanos.... ¡Qué grande es el mundo, y que solo está, qué vacío! Por sobre el pasan unas nubes negras.... las ilusiones que fueron mías, y ahora son... de nadie.... no son ilusiones de nadie.... ¡Qué soledad! Todo se apaga, todo llora.... el mundo se acaba.... (Con arrebató de miedo.) Quiero huir, quiero esconderme. No quiero padres, no quiero hermanos.... Quiero ir con mi madre. ¿Dónde está su sepulcro? Allí, juntas las dos, juntas mi madre y yo,

- yo le contaré mis penas, y ella me dirá las verdades las verdades.
- PANT. (*Aparte á Evarista*). Es la ocasión. Aprovechémos.
- EVAR. Hija mía, te llevaremos á la paz, al descanso.
- MAX. No es esa la paz. El descanso y la razón están. Electra es mía... (*Evarista hace por llevársela*.) reclamo.
- ELEC. Máximo, adiós. No te pertenezco: pertenezco á mi madre. Mi madre me llama á su lado. (*Ansiosa, expresando atención intensísima*.) Oigo su voz....
- MAX. ¡Su voz!
- ELEC. Silencio... Me llama, me llama. (*Con alegría; delirando*.)
- EVAR. ¡Hija, vuelve en tí!
- ELEC. ¿Oís?... Voy, madre mía. (*Corre hacia las hermanas*.) mos. (*A Máximo que quiere seguirla*). Yo sola... Yo sola á mi sola. A ti no... A mi sola. ¿No oís la voz que dice ¡Eleeeectra!...? Voy á ti, madre querida. (*Las hermanas, Evarista y Pantoja la rodean*.)
- MAX. ¡Iniquidad! Para poder robármela le han quitado la vida. (*Quiere desprenderse de los brazos del Marqués Urbano*.)
- MARQ. No la pierdas tu también. (*Conteniéndole*.)
- D. URB. Calma.
- MARQ. Déjala ahora... Ya la recobramos.
- MAX. ¡Ah! (*Como asfixiándose*.) Devolvedme á la verdad, devolvedme á la ciencia. Este mundo incierto, mentado, no es para mí.

FIN DEL ACTO CUARTO.



## ACTO QUINTO

en corto. Sala locutorio en San José de la Penitencia. Puertas laterales; al fondo un ventanal, de donde se ve el patio.

### ESCENA PRIMERA

EVARISTA, SOR DOROTEA

(*Entrando con la monja*). ¿Don Salvador...?

Ha llegado hace un rato: en el despacho con la Superiora y la Hermana Contadora.

Allí le encontrará Urbano. Mientras ellos hablan allá, cuénteme usted, Hermana Dorotea, lo que hace, piensa y dice la niña. Ha sido muy feliz la elección de usted, tan dulce y simpática, para acompañarla de continuo y ser su amiga, su confidente en esta soledad.

Electra me distingue con su afecto, y no contribuyo poco, la verdad, á sosegar su alma turbada.

(*Señalando á la sien*). ¿Y cómo está de...?

Muy bien, señora. Su juicio ha recobrado la claridad, y ya estaría reparada totalmente de aquel trastorno si no conservara la idea fija de querer ver á su madre, de hablarle, y esperar de ella la solución de su ignorancia y de sus dudas. Todo el tiempo que le dejan libre sus obligaciones religiosas, y algo más que ella se toma, lo pasa embebecida en el patio donde tenemos nuestro campo-santo, y en la huerta cercana. Allí, como en nuestro dormitorio, la idea de su madre absorbe su espíritu.

Dígame otra cosa: ¿Se acuerda de Máximo? ¿Piensa en él?

Si, señora, pero en el rezo y en la meditación, su pensamiento cultiva la idea de quererle como hermano, y al fin, según hoy me ha dicho, espera conseguirlo.

¿Su pensamiento! Falta que el corazón responda á esa idea. Bien podría resultar todo conforme á su buen propósito, si la desgracia ocurrida anteayer no torciera los acontecimientos...

¡Desgracia!

- EVAR. Ha muerto nuestro grande amigo, Don Leonardo el agente de Bolsa.
- DOROT. No sabia...
- EVAR. ¡Qué lástima de hombre! Hace días se sentía mal. ¡Giaba su fin. Salió el lunes muy temprano, y perdió el conocimiento. Lleváronle á su casa, á las tres de la tarde.
- DOROT. ¡Pobre señor!
- EVAR. En su testamento, Leonardo instituye á Electra de la mitad de su fortuna...
- DOROT. ¡Ah!
- EVAR. Pero con la expresa condición de que la niña abandonar la vida religiosa. ¿Sabe usted si está de estas cosas Don Salvador?
- DOROT. Supongo que sí, porque él todo lo sabe, y lo que lo adivina.
- EVAR. Así es.
- DOROT. (*Viendo llegar á Don Urbano*). El señor Don Ur-

## ESCENA II

Las mismas; DON URBANO

- EVAR. ¿Le has visto?
- D. URB. Sí. Allí le dejo trabajando en el despacho, con una fijeza de atención que pasman. ¡Qué ca-
- EVAR. ¿Tiene noticia de la última voluntad del pobre?
- D. URB. Sí.
- EVAR. (*A Don Urbano*) ¿Encontraste á nuestro buen amigo contrariado?
- D. URB. Sí lo está, no se le conoce. Es tal su entereza en los casos más aflictivos deja salir al rostro lociones de su alma grande....
- EVAR. (*Con entusiasmo, interrumpiéndole*.) Sí que don- humanas flaquezas, y como un águila sube y va arriba de donde estallan las tempestades.
- D. URB. Preguntado por mí cerca de sus esperanzas de á Electra, ha respondido sencillamente, con más satisfacción que jactancia: «Confío en Dios»
- EVAR. ¡Qué grandeza de alma! ¿Y sabia que el Marqués no son los testamentarios....?
- D. URB. Sabia mas. Recibió al mediodía una carta de él diciéndole que esta tarde vendrán, acompañados de un notario, á requerir á la niña para que declare si ó rechazá la herencia.
- EVAR. ¿Y ante esa conminación....?
- D. URB. Nada: tan tranquilo el hombre, repitiendo la que le pinta de un solo trazo: «Confío en Dios»

ESCENA III

Yo mismos: Maximo, el Marqués; por la izquierda

Aquí aguardaremos.

(Viendo á Evarista) ¡Ay, quién está aquí! Tía (*La saluda con afecto*).

(Respondiendo al saludo del Marqués). Marqués... ¿Con que al fin hay esperanzas de ganar la batalla?

No lo sé... Luchamos con una fiera de muchísimo sentido.

¿Y tú Máximo, crees...?

Que el monstruo sabe mucho, y es maestro consumado en estas lides. Pero.... confío en Dios.

¿Tú también....?

Naturalmente: en Dios confía quien adora la verdad. Por la verdad combatimos. ¿Cómo hemos de suponer que Dios nos abandone? No puede ser, tía.

RB. Al pasar por estos patios, ¿has visto á Electra?

No.

OT. (*Asomada al ventanal*). Ahora pasa. Viene del cementerio. (*Corriendo al ventanal con Don Urbano*). ¡Ah, que triste que hermosa! La blancura de su hábito le da el aspecto de una aparición. (*Llamandola*). ¡Electra!

RB. Silencio.

No puedo contenerme. (*Vuelve á mirar*) ¿Pero vive...?

¿Es ella en su realidad primorosa, ó una imagen mística digna de los altares...? Ahora vuelve... Eleva sus miradas al cielo... Si la viera desvanecerse en los aires como una sombra, no me sorprendería... Baja los ojos... detiene el paso... ¿Qué pensará? (*Sigue contemplando á Electra*.)

(*Que ha permanecido en el proscenio con Evarista*.) Si, señora: falso de toda falsedad.

Mire usted lo que dice...

O el venerable D. Salvador se equivoca, ó ha dicho á sabiendas lo contrario de la verdad, movido de razones y fines á que no alcanzan nuestras limitadas inteligencias. Imposible, Marqués. ¡Un hombre tan justo, de tan pura conciencia, de ideas tan altas, faltar á la verdad...!

¿Y quién nos asegura, señora mía, que en el arcano de esas conciencias exaltadas no hay una ley moral cuyas sutilezas están muy lejos de nuestro alcance? Absurdos hay en la vida de espíritu como en la naturaleza, donde vemos mil fenómenos cuyas causas no son las que lo parecen.

¡Oh, no puede ser, y no y no! Casos hay en que la mentira allana los caminos del bien. ¿Pero hemos llegado á un caso de éstos? No, no.

- MARQ. Para que usted acabe de formar juicio, óigame voy á decirle. Virginia me asegura que de Josefín ret, sin que en ello pueda haber mixtificación ni ño... nació el hombre que ve usted ahí... Y lo lo demuestra como el problema más claro y sencillo más, yo he podido comprobar que Lázaro Yuste fu Madrid desde el 63 al 66.
- EVAR. Con todo, Marqués, no cabe en mi cabeza...
- MARQ. *(Viendo aparecer á Pantoja por la derecha.)* Aquí
- MAXIMO *(Volviendo al proscenio.)* Ya está aquí la fiera.
- DOR. Con permiso de los señores me retiro. *(Se va por quierda. Pantoja permanece un instante en la puer*

ESCENA IV

EVARISTA, MAXIMO, DON URBANO, el MARQUÉS  
PANTOJA

- PANT. *(Avanzando despacio)* Señores, permóneme si les he cho esperar.
- MAXIMO Enterado el señor de Pantoja del objeto que nos La Penitencia, no necesitaremos repetirlo.
- MARQ. *(Benigno.)* No lo repetimos por no mortificar á usted ya dará por perdida la batalla.
- PANT. *(Serenó, sin jactancia.)* Yo no pierdo nunca.
- MAXIMO Es mucho decir.
- PANT. Y aseguro que Electra, que sabe ya despreciar los nes terrenos, no aceptara la herencia.
- MAXIMO *(Conteniendo su ira.)* ¡Oh!...
- EVAR. Ya lo ves: este hombre no se rinde.
- PANT. No me rindo... nunca, nunca.
- MAXIMO Ya lo veo. *(Sin poder contenerse.)* Hay que matar
- PANT. Venga esa muerte.
- MARQ. No llegaremos á tanto.
- PANT. Lleguen ustedes á donde quieran, siempre me en traran en mi puesto, inconvivable.
- MARQ. Confiamos en la Ley.
- PANT. Confío en Dios.
- MAX. La ley es Dios.... ó debe serlo.
- PANT. ¡Ah! señores de la Ley, yo les digo que Electra, ad dose fácilmente á esta vida de pureza, encariñada p la oración, con la dulce paz religiosa, no desea, no, donar esta casa.
- MAX. *(Impaciente.)* ¿Podremos verla?
- PANT. Ahora precisamente no.
- MAX. *(Queriendo protestar airadamente.)* ¡Oh!
- PANT. Tenga usted calma.
- MAX. No puedo tenerla.

- me AR. Es la hora del coro. Quiere decir Don Salvador que des-  
señi NT. pués del rezo....  
1 ni NT. Justo.... Y para que se persuadan de que nada temo,  
lo p pueden traer, á más del notario, al señor delegado del  
cilil Gobierno. Mandaré abrir las puertas del edificio.... per-  
e fa mitiré á ustedes que hablen cuanto gusten con Electra, y  
si ella quiere salir, salga en buen hora....
- ARQ. ¿Lo hará usted como lo dice?  
ANT. ¿Cómo no, si confío en Dios? (*Se miran en silencio Pan-  
toja y Maximo.*)  
Yo también.  
Pues si confía, aqui le espero.  
Volveremos esta tarde, (*Coge á Máximo por el brazo.*)  
Y nosotros á la iglesia. (*Salen Don Urbano, Evarista y  
Pantoja.*)

ESCENA V

L MARQUES, MAXIMO, que recorre la escena muy agitado con inquietud impaciente y religiosa

- ARQ. ¿Qué dices á esto?  
os AX. Que ese hombre, de superior talento para fascinar á los débiles y burlar á los fuertes, nos volverá locos. Yo no soy para esto. En luchas de tal indole, voluntades contra voluntades, yo me siento arrastrado á la violencia.
- ARQ. ¿Qué harías, pues?  
os AX. Llevármela de grado ó por fuerza. Si no tengo poder bastante, buscarlo, adquirirlo, comprarlo; traer amigos, cómplices, un escuadrón, un ejército... (*Con creciente calor y brío.*) Renacen en mí los tiempos románticos y las ferocidades del feudalismo.
- ARQ. ¿Y eso piensa y dice un hombre de ciencia?  
tarl AX. Los extremos se tocan. (*Exaltandose más.*) A ese hombre, á ese monstruo.... hay que matarlo.
- ARQ. No tanto, hijo. Imitémosle, seamos como él astutos, insidiosos, perseverantes.  
e en AX. (*Con brío y elocuencia.*) Seamos como yo, sinceros, claros, valientes. Vayamos á cara descubierta contra el enemigo. Destruyémosle si podemos, ó dejémosnos destruir por él.... pero de una vez, en una sola acción, en una sola embestida, en un solo golpe... O él ó nosotros.
- ada ARQ. No, amigo mío. Tenemos que ir con pulso. Es forzoso que respetemos el orden social en que vivimos.  
a p  
o, a MAX. Y este orden social en que vivimos nos envolverá en una red de mentiras y de argucias, y en esa red pereceremos ahogados, sin defensa alguna... manos y cuello cogidos en las mallas de mil y mil leyes caprichosas, de mil y mil voluntades falaces, alevés, corrompidas.

- MARQ. Cálmate. Preparemos el ánimo para lo que esta te espera. Preveamos los obstáculos para pensar como en la manera de vencerlos.... ¿Qué sucederá si le digamos á Electra que tú y ella no nacisteis de la misma madre?
- MAX. ¿Qué ha de suceder? Que no nos creará.... que seguramente se ha petrificado el error y será imposible destruirlo. ¿Sabe usted lo que puede la sugestión como lo que puede el ambiente de esta casa sobre las ideas que en ella habitan?
- MARQ. Emplearemos, pues, medios eficaces....
- MAX. (Con mayor violencia.) Eficacísimo, si: pegar fuego á la casa, pegar fuego á Madrid....
- MARQ. No disparate.... En el caso de que la niña no quiera salir, nos la llevaremos á la fuerza.
- MAX. (Muy vivamente hasta el fin.) O la fuerza vencerá la desesperación vencida.... Moriré yo, morirá ella, morirán todos.
- MARQ. Morir no: vivamos muy despiertos. Preparémonos para el peor. Ya tengo las llaves para entrar por la calle de La Hermana Dorotea nos pertenece.... Chitón.
- MAX. ¡A la violencia!
- MARQ. ¡Astucia, caciquismo!
- MAX. ¡Por el camino derecho!
- MARQ. ¡Por el camino sesgado! (Cogiéndole del brazo.) Y nosotros, que nuestra presencia aquí puede infundir sospechas. (Llevándosele.)
- MAX. Vámonos, si.
- MARQ. Confía en mí.
- MAX. Confío en Dios.

### MUTACIÓN

Patio en San José de la Penitencia. A la derecha un costado de la casa con ventanales, por donde se trasluce la claridad interior. A la izquierda, portelón por donde se pasa á otro patio, que se supone comunicado con la calle. Al fondo, entre la iglesia y las construcciones de la izquierda, un gran arco rebajado, tras el cual se ve en último término el cementerio de la Congregación. Noche oscura.

### ESCENA VI

#### ELECTRA, SOR DOROTEA

- DOROT. Tan cierto como ésta es noche, dos caballeros han venido á la casa con propósitos de llevarte al mundo. ¿Lo crees?
- ELEC. ¿Dos caballeros? Antes que me digas sus nombres, mi corazón los adivina: Máximo y el marqués de Rosales. Si es verdad que quieren llevarme consigo, me por...

gran turbación. Desde que vine á esta santa casa, emprendí, como sabes, la gran batalla de mi espíritu. Trato, con la ayuda de Dios, de transformar en amor fraternal el amor de orden muy distinto que arrebató mi alma. Encendido en mí con tal violencia aquel fuego del sol, no es tarea fácil convertirlo en fría claridad de luna... Pero al fin el continuo meditar, el desmayo del corazón, y las ideas dulces que Dios me envía, me van dando fuerzas para vencer en la batalla.

ROT. Hermana mía, si en ti sientes la fortaleza del amor nuevo, ¿por qué temes ver á Máximo?

EC. Porque viéndole, pienso que todo el terreno ganado lo perderé en un solo instante.

ROT. (*Incrédula*). ¿Y estás segura de haber ganado algún terreno?

EC. ¡Oh! sí, alguno....no mucho todavía.

ROT. Entiendo, querida hermana, que el ver á la persona te servirá para probar si, en efecto, puedes....

EC. (*Vivamente*). ¡Oh! no me lo digas....Tal como hoy me encuentro, en los principios de la lucha, junto á él no tendría mi conciencia ni un instante de tranquilidad... ¡Jesús miol forcejeo con dos imposibles: no podré quererle como hermano, no podré quererle como esposo. (*Aterrada*). ¡Qué suplicio...! Al mundo no, no... Prefiero estar aquí, en esta soledad de muerte, en este laboratorio de mi alma, y junto á este crisol divino en el cual estoy fundiendo un vivir nuevo.

ROT. No esperes, Electra, que tus propias ideas te den la paz. Confía en Dios y en las personas que Dios te envía. (*Resolviéndose á mayor claridad*). Hermana mía, no tiembles ante el que crees tu hermano. Alguien quizás negará que lo sea.

EC. (*Muy excitada*). Calla, calla....En asunto tan delicado, toda palabra que no traiga la certidumbre, es palabra ociosa y cruel, que no calma, sino que enloquece.... Dios mío, dadme la muerte ó la verdad

ROT. Sosiégate.

ECT. (*Exaltándose más*). Todas las confusiones que al venir aquí me atormentaron, ahora renacen.... Angeles y demonios se atropellan en mi pensamiento... Déjame... Quiero huir de mí misma. (*Recorre la escena con grande agitación. Sor Dorotea va tras ella y trata de calmarla.*)

ROT. Cálmate, por Dios... Hermana querida, tus tormentos tocan á su fin. (*Mira con ansiedad hacia el portalón de la izquierda.*)

ECT. (*Creyendo oír una voz lejana*). Oye... Mi madre me llama.

DOROT. No delires... Otras voces, voces de personas vivas, marán...

ELECT. Es mi madre... ¡Silencio...! *(Oyendo. Entra Pantoja derecha.)*

ESCENA VII

ELECTRA, PANTOJA, DOROTEA.

PANT. Hija mía, ¿cómo saliste de la iglesia sin que yo te

DOROT. Salimos á respirar el aire puro. Electra se asfixia *(Aparte.)* La hora se acerca... Dios nos ayudará.

PANT. Hija mía, ¿te sientes mal?

ELECT. *(Con voz apagada y medrosa.)* Mi madre me llama.

PANT. *(Cariñosamente cojiéndola de la mano.)* La voz dulce de tu madre, hablándote en espíritu, te confortará, te dará con lazos de piedad y amor á esta santa casa. *(Oyendo el canto de la iglesia coro de novicias.)* Escucha, hija mía, esas voces de los ángeles, que te llaman desde el Cielo.

ELEC. *(Delirando.)* Es el canto de los niños jugando al patio. Entre esas voces tiernas suena la de mi madre llamándome á su sepulcro.

PANT. Estás alucinada. Es el coro de ángeles divinos.

ELEC. No hay ángeles, no, no... Oigo mi nombre, oigo el nombre de los niños, que remueve toda mi alma. Son los ojos del hombre, que alegran la vida. *(Continúa oyendo el canto más apagado el coro de novicias.)*

PANT. *(Inquieto),* Hermana Dorotea, diga usted á la Hermana Guardiana que vigile la puerta de la calle Nueva y de la Ronda. *(Izquierda y derecha.)*

DOR. Voy, señor.

PANTOJA No, no; yo iré... No me fío de nadie... Quiero vigilar los patios, todos los pasadizos y rincones del edificio. *(alarmado creyendo sentir ruido.)* Silencio... ¿No oye usted nada?

DOROT. ¿Qué?... Nada, señor... Es aprensión.

PANT. Creí sentir rumor de voces... golpes en alguna puerta lejana. *(Escucha.)*

DOROT. ¿Hacia qué parte? *(Mirando al foro derecha, detrás de la iglesia.)*

PANT. Hacia la enfermería. ¡Oh, no tengo tranquilidad! Quiero ir á ver por mi mismo... Electra, vuelve á la iglesia... Hermana, llévela usted... Espérenme allí... *(Dándoles prisa.)* Pronto. *(Las conduce á la puerta de la iglesia. Se va presuroso muy inquieto, por el foro derecha. Dorotea le ve alejarse, coge de la mano á Electra, y vivamente vuelve corriendo al centro de la escena. Electra, como sin voluntad, se levanta para ir á llevarla.)*

ESCENA VIII

ELECTRA, SOR DOROTEA

- DOROT. Ven... A la la iglesia no  
LEC. Aquí... Quiero respirar... Quiero vivir.  
DOROT. (*Aparte inquieta*) Ya es la hora fijada por el Marqués...  
Aprovechemos los minutos, los segundos, ó todo se per-  
derá. (*Mirando á la izquierda*) Voy á franquearles el paso  
á este patio... (*Alto*) Hermana, espérame aquí.  
LEC. (*Asustada*) ¿A dónde vas? (*La coge del brazo*).  
DOROT. (*Con decisión, defendiéndose*). A mirar por ti, á devol-  
verte la salud, la vida... Disponte á salir de esta sepultura  
y llévame contigo.  
LEC. (*Tremula.*) Hermana... no te alejes de mí.  
DOROT. Este instante decide de tu suerte. Volverás al mundo...  
verás á Máximo.  
LEC. ¿Cuándo?  
DOROT. Ahora... le verás entrar por allí... (*Señala á la izquier-  
da.*) ¡Silencio...! Valor!... No me detengas... No te  
muevas de aquí. (*Vase corriendo por la izquierda.*)  
LEC. ¡Jesús mío, Virgen santa! .. ¿Será cierto que...? Por aquí...  
por aquí vendrá... (*Cree ver a Máximo en la obscuridad*  
Ahl... él es... ¡Maximo (*Hablando como en sueños, se aparta  
como lo haría de un sér real*). Apártate de mí... dejame...  
No puedo quererte como hermano, no puedo... En el fuego  
está el crisol, donde quiero fundir un corazón nuevo...  
¿No ves que no puedo mirarte...? ¿A qué me miras tú...? No  
me llevarás al mundo... Aquí busco la verdad. Mi madre  
me llama. (*Con acento desesperado*). ¡Madre, madre! (*Vuél-  
vese de cara al fondo. Al sonar las últimas palabras de  
Electra aparece la Sombra de Eleuteria, hermosa figura  
vestida de monja. Electra, de espaldas al público, y con  
los brazos en cruz, la contempla*). ¡Oh! (*Larga pausa*).

ESCENA IX

ELECTRA, LA SOMBRA DE ELEUTERIA, que vagamente se destaca  
en la obscuridad del fondo. Electra avanza hacia ella. Quedan las  
figuras una frente á otra, á la menor distancia posible.

SOM. Tu madre soy, y á calmar vengo las ansias de tu co-  
razón amante. Mi voz devolverá la paz á tu conciencia.  
Ningún vinculo de naturaleza te une al hombre que te

eligió por esposa. Lo que oíste fué una ficción di-  
por el cariño para traerte á nuestra compañía y al so-  
de esta santa casa.

ELEC. ¡Oh, madre, qué consuelo me das!

LA SOM. Te doy la verdad, y con ella fortaleza y esperanza. A  
ta, hija mia, come prueba del temple de tu alma.  
reclusión transitoria, y no maldigas á quien te ha tra-  
á ella.... Si el amor conyugal y los gozes de la fa-  
solicitan tu alma, dejate llevar de esa dulce atra-  
v y no pretendas aqui una santidad que no alcan-  
Dios está en todas partes.... Yo no supe encont-  
fuera de aqui.... Búscales en el mundo por ser  
mejores que los míos, y.... *(La sombra calla y de-  
rece en el momento en que suena la voz de Máximo)*

### ESCENA ULTIMA

ELECTRA, MAXIMO, el MARQUES, SOR DOROTEA

MAX. *(En la puerta de la izquierda)* ¡Electra!  
ELEC. *(Corriendo hacia Máximo.)* ¡Ah!  
PANT. *(Por la derecha)* Hija mia, ¿dónde estás?  
MAR. Aqui, con nosotros.  
MAX. Es nuestra.  
PANT. ¿Huyes de mí?  
MAX. No huye, no..... Resucita.

FIN DEL DRAMA

i di  
al su

za.  
lma  
ha t  
la fa  
utrac  
anz  
cont  
sen  
y de  
imo

EA

SAT

ELIOTTA

SALA I

696